

L. TOLEDO HIDALGO

# El Estudiante Argentino



CURSO DE LECTURA  
PARA 4º GRADO :: ::

SEGUNDO LIBRO

:: :: SEXTA EDICIÓN CORREGIDA :: ::



1909



CÓRDOBA

PABLO AUBINEL & Cia. — EDITORES

"LA MARAVILLA LITERARIA"

LL  
1909  
TOL

Biblioteca Nacional de Maestros

A  
A 9  
22



00023529

EL ESTUDIANTE ARGENTINO

---

EL ESTUDIANTE ARGENTINO

EL ESTUDIANTE ARGENTINO



22074

O. R.  
C. N. de E.

**CURSO DE LECTURA**

# **EL ESTUDIANTE ARGENTINO**

PARA CUARTO GRADO

**SEGUNDO LIBRO**

CON VERSOS PARA DECLAMACIÓN

ARREGLADO POR EL PROFESOR

**L. TOLEDO HIDALGO**

Vocal del Consejo P. de Educación  
Catedrático del C. Nacional y de la E. N. de Niñas  
de Córdoba

SEXTA EDICIÓN



127X190

CÓRDOBA

PABLO AUBINEL y Cía. - EDITORES  
"LA MARAVILLA LITERARIA"  
1909

Biblioteca Nacional de Maestros

EL ESTUDIANTE ARGENTINO

PARA CUARTO GRADO

SEGUNDO LIBRO

CON VERSOS PARA DECLAMACION

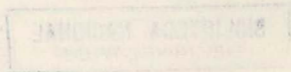
Escritos por el autor

D. TOLDO HIDALGO

Vista del Consejo N.º de Educacion  
de Buenos Aires

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

SEXTA EDICION





## PREFACIO

---

*La falta absoluta de textos de lectura que puedan adaptarse con entera propiedad á los grados medios y superiores de la escuela, me ha inducido, después de una larga y prolija experimentación, á dar á luz un curso gradual de tres libros dispuestos para esa enseñanza, correspondiendo el 1° al tercer grado, el 2° al cuarto y el 3° al quinto, y conteniendo, cada cual, una parte de versos para la lectura, ó la declamación, á fin de prevenir también los afanes porque pasan los alumnos y aun los mismos maestros, para procurarse una poesía que satisfaga este último propósito.*

*El tercer libro, que puede aplicarse lo mismo á quinto grado de la escuela común, que á primer año del colegio nacional, ya que á su sencillez literaria y claridad de exposición de los asuntos reúne lo selecto de sus lecturas, lleva además una tercera parte de autógrafos, los que, si bien podrían suplirse por otra clase de manuscritos y encarecerán algo*

*el costo del libro, no dejarán de ofrecer ventajas, por su lectura escogida y mejor ejercicio, aparte de que siempre será doblemente oneroso para el alumno la adquisición, por separado, de mosaicos ó polígrafos.*

*Por lo demás, si la fidelidad ha respondido bien á mi empeño, cada libro se amoldará por su carácter general propio, forma de exposición de las lecturas, espíritu y alcance de la enseñanza, á la medida de la capacidad de los alumnos del grado que se le señala, dejando fluír de la diversidad de estilos, novedad y variedad posible de los asuntos el gusto y el interés necesarios á su índole y propósitos.*

L. TOLEDO HIDALGO.

---



## PARTE PRIMERA

---

### PATRIA.

---

Es el día de la Patria; amanece la ciudad coronada de banderas movedizas, de celeste y blanco, matizadas por los colores de las extranjeras asociadas al regocijo; y todas juntas flamean con gracia sobre los altos edificios y al borde de las avenidas, como si se hubieran libertado millares de pájaros tropicales para revolotear encima de los techos cual mensajeros de nuevas felices.

De distintos puntos llegan, ya los estampidos de las salvas al sol naciente, ya los agudos ecos del clarín que va á congregar las fuerzas militares, ya los redobles de los tambores tocando á formación; y todas las almas se bañan de alegría y los corazones laten de júbilo. Movimiento inusitado en las casas; hay que salir pronto á la calle, correr á la plaza histórica de Mayo, por donde va á pasar el desfile de las tropas.

Las calles convergentes parecen ríos que derraman corrientes humanas á un lago; las mujeres, los viejos y los niños se apresuran en pintores-

cos tumultos, todos vestidos de lo mejor, á ocupar lugar preferente. No hay techos ni azoteas, ni balcones ni veredas que no estén bordados de gente ávida, conmovida, anhelante. Es el día de la Patria, y todos han olvidado tristezas, preocupaciones, recelos y temores para ir á presenciar el paso de las armas lucidas que sostienen el nombre argentino en el continente.

Día es éste, para los soldados, de recibir aplausos y miradas cariñosas de todo el pueblo, que confía en ellos el tesoro de su paz y de su trabajo, de su nombre y de su gloria; por eso quedan bien las relucientes plumas en las cabezas de los jefes y los galones y entorchados que suelen ofender en los días ordinarios; por eso se ven con simpatía las bayonetas bruñidas de los infantes, los sables de los caballeros y los cañones que ruedan con sordo estrépito sobre el pavimento. Todo es bello en ese día y pertenece á las armas todo el esplendor de las fiestas.

Reminiscencias de tiempos heroicos acuden á la mente y la nublan con indefinible tristeza, dejan humedecer aunque levemente las pupilas y se sienten las fibras conmovirse de una manera extraña cual si se aproximase un combate. También las bandas militares, con cierta hermosa confusión, contribuyen en mucho á este fenómeno psicológico de la contemplación apasionada del pasado. El Himno argentino con sus acordes gigantescos sacude las fibras; la marcha de Ituzaingó, recuerda la primera victoria de la nación flamante, y los coros vibradores, agudos, solemnes, quejumbrosos, de los clarines, marchan lentamente como las procesiones triunfales de los héroes antiguos, resuenan con la majestad de

cantos sagrados y repercuten en lo alto como los de las legiones invisibles de Milton, mientras á corta distancia les responde el potente redoble de la línea de tambores. Este espectáculo se presenta en distintos puntos de la gran columna del desfile marcial, y esa armonía grandiosa del conjunto se va alejando más solemne, semejante al rumor de una catarata que se despeñase á lo lejos entre las profundidades de una montaña; todo eso contemplado con interés patriótico y con sentimiento de artista, constituye un cuadro digno de la grandeza histórica del pasado y del rango de la República en el presente.

Cada una de esas banderas rotas y descoloridas que van á la cabeza de los cuerpos es una página de gloria, y muchos de esos soldados de tez morena y aspecto grave han sido los actores en grandes batallas y en campañas penosas; y marchan confundidos sin que nadie conozca sus nombres y sin que nadie pueda arrojarles una corona. Pero no importa: son los héroes ignorados, son la sangre del pueblo argentino ofrecida en holocausto á la bandera, son los que guardan y representan el honor del cuerpo, el orgullo de sus jefes y la más firme esperanza de la Patria.

JOAQUÍN V. GONZALEZ.

---

### **Por que es preciso respirar por la nariz.**

---

Es verdad que se puede respirar por la boca y es verdad, asimismo, que son muchas las personas que se sirven de esta cavidad para llenar y vaciar sus pulmones; pero no es menos cierto que los que tal hacen proceden mal.

La boca no se ha hecho para respirar, sino que es la nariz la que debe desempeñar tan imprescindible función, y preciso es decir que la desempeña mucho mejor que la boca. Efectivamente, la nariz está dispuesta y formada de manera que pueda realizar estos trabajos importantes, merced á la abundancia de sus repliegues y á su estructura.

En primer lugar, la nariz calienta el aire que se dirige al pulmón, cosa en extremo conveniente para impedir que el pulmón se llene continuamente de aire frío que puede impresionarlo de una manera desfavorable y provocar en él congestiones, cuando menos inútiles.

Además carga este aire de humedad, pues siendo como es, húmeda, puede ceder y cede realmente al aire inspirado, cuando éste es seco, cierta proporción de vapor de agua. También ésto es de mucha conveniencia, porque si el pulmón recibe el aire seco, éste tomará de él la humedad que no habría tomado de la nariz, en cuyo caso el pulmón se secaría ó produciría un exceso de humedad, cosas nocivas ambas.

Finalmente desempeña la nariz un papel importante deteniendo los microbios y gérmenes diversos que contiene el aire, el cual, obligado á pasar por entre los pliegues interiores de aquella y á tocar la mucosa en diferentes puntos, se purifica; los gérmenes son detenidos por la humedad de las paredes nasales y no pasan de allí, desapareciendo luego cuando el individuo se suena.

Además es evidente que su presencia en las fosas nasales no ofrece los mismos inconvenien-

tes que su presencia en el pulmón, porque la nariz es mucho más robusta que éste; así los casos de tuberculosis nasal, por ejemplo, son infinitamente raros en comparación de los casos de tuberculosis pulmonar no obstante recibir y retener la nariz muchísimos más bacilos que el pulmón.

De modo que la nariz filtra el aire, reteniendo los microbios y tal vez matando muchos de ellos.

Tenemos, pues, que la nariz calienta el aire inspirado, lo humedece y lo purifica, funciones que la boca desempeña muy imperfectamente, y, por tanto, por la nariz es preciso respirar. Y los que no lo hacen naturalmente, deben practicar un estudio y aun apelar á medios indirectos para conseguirlo.

T. Z.

---

## LOS ÁRBOLES Y LA TIERRA.

---

En la economía general de la tierra, desempeñan los árboles un fin de altísima significación é importancia.

Las plantas todas, pero más especialmente las que, agrupadas en masas más ó menos compactas, constituyen los *bosques*, tienen influencia decisiva en las condiciones climatológicas é higiénicas de una localidad.

Las plantas, efectivamente, por medio de las funciones de la respiración, descomponiendo el ácido carbónico, retienen el carbono y desprenden el oxígeno puro, que es el elemento vivificador por excelencia, y el destructor natural de los miasmas y organismos patógenos.

El aire cargado de vapores miasmáticos, al pasar por los bosques, se purifica; las fiebres, la malaria y otras enfermedades palúdicas, han desaparecido en muchos países, después de realizadas grandes plantaciones de árboles, y á los mismos deben otras regiones sus condiciones salubérrimas.

La temperatura está siempre más equilibrada en lugares poblados de plantas, que en los desnudos, y las transiciones son menos repentinas, porque estos últimos, expuestos al calor del sol, se calientan y se enfrían con mayor facilidad y rapidez, lo que no sucede, sin embargo, sino muy lentamente en los primeros.

Los bosques impiden la acción violenta de los vientos, oponiendo la valla de su espeso follaje y de sus tupidos tallos elevados, regularizando así las estaciones, y haciendo posibles los cultivos en donde antes no se encontraban condiciones favorables.

La atmósfera de las regiones pobladas de bosques, por la transformación de las plantas, resulta siempre más húmeda que en las despobladas. Este estado higrométrico influye, pues, en la formación de las lluvias; los vapores acuosos se condensan con mayor facilidad, formando nubes que se resuelven en lluvias frecuentes, abundantes y regulares.

El desmonte irracional que en muchas partes de Europa y Norte América se ha efectuado en los últimos años del siglo pasado, ha determinado el desequilibrio más completo entre los elementos meteóricos de esas regiones: de lo que resultaron lluvias raras y torrenciales, y los ríos desbordándose de sus cauces, inundaron vastas zo-

nas agrícolas, con perjuicio gravísimo de sus pobladores.

Y entre nosotros también vemos que, mientras las pampas desnudas están sujetas á sequías prolongadas, los terrenos cubiertos de bosques tienen lluvias más periódicas.

La acción misma de éstas sobre el terreno, es más beneficiosa en los lugares provistos de bosques, porque el follaje y las ramas subdividen y acompañan el agua hasta el terreno, de un modo menos violento y más uniforme.

Los granizos se hacen también más raros por efecto de los bosques, puesto que las puntas de los árboles modifican el estado eléctrico de la atmósfera, condición indispensable para la formación de este meteoro.

Los bosques concurren, en fin, de un modo eficaz á aumentar la fertilidad del suelo, porque con sus despojos lo hacen más poroso, y más fértil por la gran cantidad de *humus* que de su descomposición resulta.

---

## EL HOMBRE.

( CUENTO Á R A B E )

---

Profesaba la leona un odio implacable hacia el hombre que había dado muerte á su esposo.

Pensando siempre vengarse, crió á su hijo en el rincón más escondido del bosque, inspirándole sin cesar el fuego de su venganza.

El león creció y se hizo fuerte. Cuando se consideró en disposición, separóse de su madre, no

sin prometerle antes que no descansaría un momento hasta conseguir dar de beber á la tierra la sangre de su enemigo.

Marchó y viajó por espacio de largos días buscando incesantemente el objeto de su odio y de su cólera.

Una mañana distinguió en el desierto un enorme animal. Su cuello de cisne ondulaba guarnecido de grandes mechones de pelo. Dos gibas velludas cubrían su lomo. El león que con tanta frecuencia había oído hablar á su madre de la fuerza y aspecto terrible del hombre, creyó encontrarse delante de su enemigo.

Avanzó con aire resuelto y exclamó dando un rugido:

— Tú debes ser el hombre ¿no es verdad?

El camello volvió lentamente la cabeza y con tono melancólico contestó:

— El hombre, Sidi, es bien diferente á mí.

Tú me encuentras fuerte y lo soy sin duda.

Nadie como yo soporta el hambre y la sed; cuando mi pie pisa la arena abrasadora del desierto, pocos son capaces de seguirme. Pues, bien, soy el esclavo del hombre. Ante él me arrodillo, pone á contribución todas mis facultades, y como única recompensa apenas si me permite comer. No, Sidi, yo no soy el hombre.

El león, descorazonado, se alejó. Más allá vió tumbado sobre la pradera un animal extraño. Dos cuernos largos y acerados salían de su frente. Al ver aproximarse al león, levantóse fieramente y esperó hiriendo con furia el suelo.

— Este es el hombre — pensó desde luego el león, pero para mayor seguridad dirigióle la misma pregunta.



— ¿Yo el hombre? — contestó aquél. Tu error es grande. Yo no soy más que un instrumento de ese dueño del mundo. Sobre mi frente hace pasar un yugo, y aun me pone un compañero no considerándome bastante.

Después de mi muerte come mi carne y hace de mi piel sandalias con que proteger sus débiles pies.

El león abandonó la pradera y continuó sus exploraciones.

De repente oyó estremecerse el suelo en la llanura y vió avanzar rápidamente, como un relámpago, un animal de soberbia elegancia y fiereza. Una larga crin pendía de su cuello, agitada graciosamente por el viento.

¿Eres tú el hombre? — rugió el león.

El caballo se detuvo, las fosas humeantes y con aire triste:

— ¡Ah! respondió. — No soy más que su esclavo.

— ¿Tú? ¿Con tu aspecto de fiereza?

— ¡Sí! ¡Cuando estoy solo! — Pero en presencia del hombre, Sidi, mi fiereza desaparece. En mi boca, para guiarme pone una barra de hierro. Salta sobre mi lomo y presto á su lentitud la ligereza de mis pies. El hombre, Sidi, es grande y poderoso. A su lado yo nada soy.

El león desalentado se retiró á una selva.

De pronto escuchó ruidos regulares que parecían darse contra un árbol. Se acercó cautelosamente. Un ser pequeño y débil, y humilde en apariencia, esgrimía una lámina acerada sujeta á un mango de madera y trataba con ella de cortar una encina.

El león le preguntó si conocía al hombre.

— ¿Buscas al hombre? preguntó el desconocido. ¿Para qué? ¿Qué tratas de hacer?

— Ha dado muerte á mi padre y quiero vengarle.

— ¡Alah bendice á los buenos hijos y este deseo te honra!

Animado por este recibimiento benévolo, el león le refirió su historia y preguntó á su compañero si en algo podía servirle.

— ¡Oh! sí — contestó aquél. — Tú eres fuerte — yo en cambio débil. — Ayúdame á derribar este árbol.

— Con muy buena voluntad, respondió el león deseoso de desplegar su fuerza.

E introdujo sus patas delanteras en la hendidura ya formada.

De repente un golpe de hacha hizo saltar aquellas, cortadas por completo.

Ante esta inesperada agresión el rey del desierto lanzó un rugido de dolor y volvió la cabeza para implorar socorro.

— ¿Y bien, señor león, le dijo el hombre, — sabéis ahora quién es el hijo de la mujer?

Y un segundo golpe partió la cabeza del león, ante quien todo tiembla en el desierto.

LAMAYADE.

## EL IGUAZÚ.

### REGIÓN DE LAS CASCADAS

Al llegar á unos 300 ó 400 metros del salto, se siente un fuerte ruido, como de lejanos truenos, que acusa la proximidad de la cascada. De

pronto la picada ó sendero dobla hacia la izquierda, en línea recta, y desde ese punto queda libre la vista hacia la derecha. Allí se ve, muy por debajo de nuestros pies, á unos cincuenta metros, el río blanco de espuma, que acaba de caer de una terraza de piedra de considerable altura, encima de la cual hay otra más lejana. Estas son las caídas próximas á la margen opuesta, la argentina.

Más allá buscamos un lugar mejor para dominar el paisaje. Fuimos hasta una roca saliente y desnuda de vegetación, que es á propósito para abarcar todo el espectáculo. Esta se ha desprendido de la barranca brasilera y permanece parada como un monolito que quisiera brindar su cabeza para colocar la máquina fotográfica. Desde este punto peligroso se mira todo el salto, y allí mismo usé el aparato. Lástima que el sol no había disipado aún totalmente la niebla de la mañana, para haberlo admirado en toda su nitidez; pero no podía detenerme á esperar ésto, porque el vapor me aguardaba en el puerto de San Juan. Se veían varios arco-iris, algunos incompletos.

La distancia que abarca el salto, formando varias cascadas, alcanza casi una legua, pues el mullón de piedra desde el cual se precipita el agua, no corta la corriente del río normalmente, sino con una inclinación de unos 45 grados y formando una curva, lo que viene á darle una extensión mayor que si la atravesara diametralmente. Las aguas del centro del salto, hacia el lado argentino, se desploman de un paredón de piedra de unos 20 á 25 metros, cortado perpendicularmente. Al caer, bañan una explanada extensa, donde se reúnen para volver á despeñarse de otros 20 ó 30 metros al fondo del abismo formando el río

Iguazú de nuevo. Al chocar en las piedras del fondo, levantan grandes nubes de finísimas gotas que el menor viento mueve, pero con preferencia en el sentido de la corriente, ocultando por instantes los detalles menores, como ser cascadas parciales y chorros formados por peñascos que, saliendo de los bordes de las caídas, parecen quererlas retener.

Varias otras cascadas se suceden hacia el lado del Brasil, unas más pequeñas que otras, cayendo todas de una terraza superior, donde el río, unido en un solo cauce, se precipita sobre una intermedia y luego sobre el fondo, sin que todas las superiores correspondan á la otra inferior, pues las aguas, al reunirse sobre la segunda grada, encuentran á veces salidas desviadas de su primera dirección.

La más próxima á la costa brasilera es la catarata propiamente, que lleva el mayor caudal de agua y cae de un solo salto de 60 metros, es decir desde el nivel superior del río, hasta el fondo del precipicio, donde se forma otra vez el Iguazú. Allí las brumas y nieblas eran mayores y sólo á intervalos se la veía.

Los intersticios rocallosos que quedan entre las diferentes caídas, están cubiertas de una vigorosa vegetación, lo mismo que las dos márgenes, que envuelven con un marco de follaje el grandioso espectáculo de esta escena de la naturaleza.

CARLOS BURMEISTER.

## INFUSORIOS.

---

Si al fin del verano se toma un manojo de musgo del que en los tejados ó azoteas seca el sol, y se le echa en agua, no se tarda, mirando con vidrios de aumento, y aun á simple vista, en distinguir multitud de animalitos que corren, van, vienen, se dan grandes batallas y se devoran unos á otros. En una gota de agua hay millares de ellos. Si se evapora el líquido, todo queda tranquilo y como muerto; más apenas vuelve el agua á bañarlos, se animan, resucitan, y se lanzan en busca de alimento. Son los infusorios, son los infinitamente pequeños del mundo animal, son los microbios. Secos, ó en estado de huevos, no se les percibe; el agua da vida á los no nacidos aun y despierta á los que duermen.

Esos infusorios son, por su número infinito, los agentes de la destrucción, y tal vez de la vida en la naturaleza. Los hay muy peligrosos: el cólera y la rabia, la tisis, el carbunco; la mayor parte de las enfermedades contagiosas, y probablemente todas, son causadas por esos infinitamente pequeños. Ellos han recibido encargo de devorar los cadáveres; ellos son los que engendran la putrefacción.

La inteligencia del hombre queda confundida ante maravillas semejantes. Cuando se ve donde se alberga la vida; cuando se observa que animales tan pequeños como las hormigas viven en sociedades, más perfectas en muchos casos que las constituídas por él mismo, no se puede menos que

inclinarse la frente y adorar la grandeza de Aquél que ha convertido el grano de arena más insignificante, en objetos tan admirables como los más esplendorosos astros.

---

## EL ESCUDO NACIONAL.

---

El primitivo escudo argentino existe en el museo histórico donde ha sido estudiado y descripto por el distinguido historiador don José Juan Biedma, en los términos siguientes:

“Ha sido pintado sobre una planchada de hierro de forma elíptica, en proyección perpendicular, y cuyo eje mayor mide cincuenta y cinco centímetros, y cuarenta y cinco el menor, encajado en un marco ó bordura labrada del mismo metal, de cinco centímetros de ancho, fijada aquella con remaches por su cara posterior.

“El marco color gris, desteñado por la acción del tiempo, resalta sobre un fondo de siena quemada que ostenta en el centro el emblema nacional dentro de un óvalo de treinta y tres centímetros de alto por veinticinco de ancho, partido horizontalmente en dos bandas, azul celeste la superior y blanca la inferior, colores de la bandera patria. Dos manos con brazos desnudos, entrelazadas en señal de unión, levantan la pica que sostiene el gorro frigio de la libertad, dibujado en el eje del escudo, orlado por dos gajos de laurel conmemorativos de los recogidos en los campos de Salta y Tucumán; lo corona un sol naciente, el de los Incas, cuyos rayos, uno ondu-

lado y otro radiante, tocan casi á la bordura por el extremo superior. En el exergo la fecha 1813.

“En derredor de este escudo están pintadas con color negro las letras A. G. C. D. L. P. U. D. R. D. L. P., abreviatura de Asamblea general constituyente de las provincias unidas del Río de la Plata.”

El presidente Sarmiento al inaugurar la estatua del porta estandarte de la revolución, el 24 de Septiembre de 1872, describe nuestras armas así:

“Las naciones hijas de la guerra, levantaron por insignias, para anunciarse á los otros pueblos, lobos y águilas carniceras, leones, grifos y leopardos.

“Pero en los de nuestro escudo, ni hipogrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados pretenden amedrentar al extranjero. El sol de la civilización que alboreaba para fundar la vida nueva; la libertad con el gorro frigio, sostenido por manos fraternales como objeto y fin de nuestra vida; una oliva para los hombres de buena voluntad; un laurel para las nobles virtudes”.

---

## EL TÉ Y EL CAFÉ.

---

### DIÁLOGO

La flor del café quiso ir un día á la China á visitar á su hermana, la flor del té. Esta la recibió con esa benevolencia en la cual se deja ver un ligero sentimiento de superioridad.

En efecto, para la flor del té, el café no era sino una flor bárbara, con la cual se dignaba entrar en relaciones, á pesar de la distancia que separa á

en que los niños no deben fumar; que no es bueno ni para su salud ni para su bolsillo; que es necesario apartarlos de ese vicio, impedirselo. Tal es la misión que se realiza en la escuela con más ó menos éxito; ello depende, sin duda, de los maestros, pero también de las familias, de todo el mundo, como va á verse.

En todas partes se pregona contra el abuso y aun contra el uso que del tabaco hacen los niños y también los hombres; en algunos países, en Francia, por ejemplo, existen sociedades fundadas con ese propósito moral: más de un educador forma parte de ellas, y cada año, no pocos niños de las escuelas obtienen alguna de las recompensas que dichas sociedades disciernen; pero los fumadores no prestan su apoyo á ese propósito y á esas sociedades; deberían, al parecer, contentarse con fumar ellos, y sin embargo no todos se conforman con eso; al contrario, tienen todavía para con los noveles fumadores imperdonables complacencias.

He aquí una pequeña escena de la que he sido testigo; ella es instructiva y asaz amena.

Un hombre de cierta edad se paseaba de un lado para otro fumando gravemente un cigarro. Llega un... cómo debe llamársele? Digamos un pillete, que tendría unos diez ó doce años. Llevaba entre los dedos un cigarrillo consumido hasta la mitad, pero apagado.

Durante largo rato yo lo vi dar vueltas alrededor del paseante, al que miraba á hurtadillas, sin duda para adivinar su carácter y presentir la acogida que podía esperar de él. El paseante no tenía aspecto muy atrayente; no obstante, después de algunas vacilaciones, nuestro pequeño fumador intentó el abordaje.



Señor, dijo, no sin desconfianza, quiere Vd. darme fuego?.

El señor se detuvo miró al niño fijamente y díjole con tranquilidad: — No, mi amigo, á tu edad no se fuma!

El *amigo* bajó la cabeza, y se alejó un tanto confuso. Yo lo seguí con la vista; á pocos pasos de allí cruzó otro paseante que también llevaba el cigarro en los labios. Nuestro pillete, al que un primer descalabro no había desanimado, renovó su pedido. ¡Oh sorpresa! el señor se detuvo, y lo más cumplidamente, con la mayor cortesía del mundo, se inclinó, pues era de alta talla, hacia su joven émulo, y le alcanzó un cigarro encendido.

La historia no ha terminado aún, y el final vale todavía más que el principio, porque en él está la moral de este hecho.

Apenas encendido su cigarro, nuestro pillete vuelve sobre sus pasos y burlándose del primer paseante, va en derechura á pasar junto mismo á él, arrojándole á la cara una bocanada de humo, acompañada de una atrevida mirada. El pacífico paseante habría podido aplicarle una bofetada, que el pillete bien la hubiera merecido; en cambio, se limitó á encoger los hombros, mientras que el insolente fumador se alejaba triunfante.

Y entretanto, señores educacionistas, continuad predicando contra el uso prematuro del tabaco; pero no contéis más que con vosotros mismos y con las asociaciones de que forméis parte y que os premian; no contéis demasiado con *la otra* sociedad, la sociedad de todo el mundo; tenéis en ella por lo menos tantos enemigos como auxiliares.

A. VESSIOT.

## NOBLEZA Y CIVISMO.

### UN RASGO DEL GENERAL PAZ

Con los triunfos de La Tablada (22 de Junio de 1829) y de Oncativo (25 de Febrero de 1830), el general don José María Paz, jefe supremo de la Liga del Norte y director de la guerra, según la investidura que había recibido en Córdoba de los representantes de las provincias signatarias del tratado, afirmaba su supremacía sobre el poder del caudillaje que conservaba el litoral como escenario de su poderío.

Rozas, ya entronizado en el gobierno de Buenos Aires, formó, para resistir el enemigo que le venía del interior, la Liga del Litoral, en la que entrasen los cuatro estados de esta región.

Los dos bandos, igualmente poderosos, se aprestaron inmediatamente para la lucha; al del litoral, lleno de recursos dada la riqueza de sus componentes, le fué fácil quedar listo para entrar en acción en muy poco tiempo, pero no le sucedió lo mismo al del interior, que tenía que improvisarlo todo, desde los soldados hasta el armamento, y que carecía de recursos pecuniarios, porque el tesoro público había sido arrasado por el depuesto gobernador Bustos. Principiaron las requisas, los préstamos privados, las donaciones; y el director supremo de la guerra tiró un bando por el cual toda persona radicada en la provincia ó simplemente de tránsito, que tuviera cabalgaduras, quedaba obligada á ponerlas á disposición del gobierno, "quien le permitiría disponer únicamente de las absolutamente necesarias para llenar necesidades apremiantes."

Así textualmente, rezaba el bando.

Dos días antes de aparecer el edicto se había detenido en Córdoba, de paso para Catamarca, doña Rosalía Zeballos; iba á cumplir una promesa que hiciera á la Virgen del Valle, que acababa de devolverle la salud del hijo único que la consolara en su viudez. Al salir de Santa Fé, su cuna, vendió cuanto tenía para comprar diez mulas que le servirían para realizar el viaje y de las que pensaba disponer en el lugar de su destino, con el objeto de cubrir el costo de 10.000 ladrillos que había ofrecido al templo de la patrona.

Como es natural, la primera patrulla de pesquisa con que se encontró, arrió con las mulas de la santafecina; y allá fué ella á quejarse y á llorar á los pies del general Paz. Este oyó con aire bondadoso todas las cuitas de la pobre devota, y para terminar la audiencia, la dijo:

—Venga Vd. dentro de dos horas y le contestaré.

Exacta, como reloj exacto, anduvo la buena mujer, y el general Paz al saber su presencia, mandó que la hicieran entrar en su despacho, recibéndola de pie y apoyado en la sencilla mesa que le servía de escritorio.

— Vea señora — dijo el general, así que entró la señora Zeballos con su cara de desesperación — como general en jefe he dado una orden que reputo justa por su necesidad, y la haré cumplir por todos sin distinción; pero como ciudadano quiero tener la honra de ser yo quien regale las mulas á la patria, y no usted. En esta chuspa encontrará usted diez y ocho onzas que creo el precio equitativo de nueve de sus animales; puede usted elegir uno, el que más le plazca, para seguir camino. Puede retirarse.

El general Paz había conseguido ese dinero vendiendo á vil precio un hermoso solar que poseía en el centro de la ciudad.

Coincidencias del destino: el soldado del capitán Acosta, que el 10 de Mayo de 1831 boleó el caballo del general Paz, y lo hizo prisionero, fué un santafecino Zeballos, acaso el hijo de aquella socorrida del año anterior.

---

## DOMINGO F. SARMIENTO.

---

11 DE SEPTIEMBRE DE 1888

---

“Es la humanidad una tierra dura é ingrata que rompe las manos que la cultivan y cuyo fruto viene tarde, muy tarde, cuando el que esparció la semilla ha desaparecido.”—SARMIENTO.

Dediquemos un recuerdo al *viejo luchador* en el aniversario de su muerte: es la recompensa que la posteridad tributa á los grandes.

Sarmiento es uno de los hombres que más honran la América.

Pensador genial y atrevido, se adelantó á su época y á su siglo, y por eso la lucha, en la cual su alma adquiría mayor temple y energía, fué más tenaz y desapiadada.

Aquel cráneo soberano era un volcán, en el cual las ideas, empujadas por la fuerza irresistible de la voluntad, se desbordaban como una lava sobre sus contemporáneos que, asustados de aquella acción atropellada de querer meter

lo porvenir en el presente, lo fustigaban en la prensa y en el parlamento y donde quiera, con el epíteto de loco.

Pero él, con la clarovidencia de su misión, antes que amilanar su espíritu la resistencia en nombre de las conveniencias sociales, de las fórmulas literarias, de las preocupaciones de la época, en una palabra, del *sentido común del siglo*, — se erguía con varonil entereza abriéndose paso á empujones y dejando tras de sí el tendal de adversarios, estropeados sin contemplaciones por las frases aceradas de su dialéctica contundente.

---

Milicia fué su vida en el concepto bíblico y abrió hondo surco en la inmensa heredad inculta que el destino le legara por patria, en el cual echó la simiente de la civilización, base estable en que se asientan las grandezas de los pueblos.

*Hombre de estado americano*, según la feliz expresión de Horacio Mann, fué el Horacio Mann sud-americano, que gastó energías de guerrero en su misión civilizadora, y de concordia.

Hizo suyo el pensamiento de Rivadavia, y durante cincuenta años en Norte América, en el Perú, en Chile ó en su patria, se escuchó la voz persuasiva y autoritaria de este Pedro el Ermitaño de la educación popular, arengando á la muchedumbre para la conquista de la Palestina ideal, donde corre el Jordan, cuyas aguas purifican á los pueblos que se bañan en él.

Para él, fundar una escuela era fundar un baluarte en el cual se estrellan las huestes montoneras que encabezan la ignorancia y la barbarie, y hacer avanzar un centinela del progreso que esgrime la espada del pensamiento.

Y tenía razón: la escuela es la fragua donde se forja el yugo del hombre libre.

.....

JOSÉ BIANCO.

---

### EL CISNE.

---

Cuando esta ave flota gentilmente sobre las aguas, ofrece á nuestros ojos una de las más bellas obras de la naturaleza. No podemos cansarnos de admirar la elegancia de sus contornos y la gracia que demuestra en los movimientos. Nada con mucha más ligereza que un hombre cuando anda. El plumaje del cisne doméstico es enteramente blanco, y su pico es rojo, excepto la mitad superior que es negra. El cisne doméstico, mayor que el silvestre, pesa ordinariamente veinte libras. Es la más silenciosa de todas las aves, y no hace más que dar un silvido cuando se le provoca. En cuanto á esto es muy diferente del cisne silvestre. El macho y la hembra construyen su nido unas veces sobre un montón de yerbas secas en un ribazo, y otras sobre cañas flotantes. Ponen huevos un día sí y otro nó hasta el número de seis ó siete. Los pichones al nacer están cubiertos de una plumilla parda ó amarillenta que conservan por muchos meses. Cuando el padre y la madre están rodeados de su familia, es bastante peligroso acercarse á ellos; sea por temor sea por orgullo se alarman inmediatamente, y cuando creen que sus pichones están en peligro, se los llevan sobre las alas. La carne de cisnes viejos es dura y de mal gusto; pero la de los nuevos es bastante buena.

Según Pitágoras, el alma de los poetas pasaba al cuerpo de los cisnes, y conservaba el poder de melodía que aquellos habían poseído durante su vida. El vulgo tomó por realidad lo que no era sino una alegoría ingeniosa. El mismo filósofo decía que el canto del cisne moribundo era un himno de gozo, por el cual dicha ave se felicitaba de pasar á mejor vida. Por ésto es que las últimas producciones de los escritores, los últimos discursos de un orador y las palabras postreras de todo hombre distinguido, antes de abandonar este mundo, se llaman "el canto del cisne".

Se dice que el cisne vive trescientos años; pero sea exacto ó sea exagerado este número, la verdad es que goza de larguísima existencia.

---

## LA ÚLTIMA DIANA.

---

En la noche del 24 de Mayo de 1866, el silencio que sigue á las grandes tempestades, reinaba en los campos de Tuyutí.

Durante el día no había cesado de bramar el cañón; se combatió fieramente por ambos bandos, y tanto aliados como paraguayos, en tal acción guerrera, dieron muestra de que la bizarría y el valor eran inherentes cualidades de sus férreos ánimos, como lo demostraban los miles de cuerpos que yacían, ya alcanzados por las mortíferas balas, ya atravesados por las agudas puntas de las bayonetas.

Entre aquéllos, mortalmente herido, encontrábase el viejo Gómez, trompa del 6 de línea.

De esa no se salvaba... Esto era lo que pensaba el veterano, notando que apenas le permitía respirar la bala que en el pecho se alojara en momentos de marchar al frente de sus camaradas tocando al ataque.

Apoyado sobre un codo, vagaba su desfalleciente mirada en torno suyo... Buscaba el clarín que de la mano se le desprendiera al caer; nada logró entrever, en la obscuridad de la noche.

Tanteó sus costados sin dar con el codiciado objeto, arrastróse después penosamente hacia un punto que á varios pasos de distancia brillaba con metálicos reflejos; más un grito ahogado le interrumpió, al encontrar lo que tanto ansiaba no perder.

— ¿Quién es el animal que me ha golpeado la cabeza?... — murmuró luego una lastimera voz.  
— Casualmente donde recibí la bala.

— Perdóname, fué sin querer. Buscaba mi corneta — le contestó Gómez cayendo nuevamente desfallecido por el esfuerzo, mas besando entonces la amada compañera de su ruda vida, trozo de metal, sin mayor valía que cualquier otro, pero para él inapreciable reliquia como antes lo fuera para su padre.

Era su única familia en el mundo, y mientras continuaba besándola cariñosamente, recordaba cuan ilimitado respeto la profesaba en su niñez, cuando el autor de sus días ejecutaba en ella marciales aires militares, y cómo más tarde al ser heredada por él, prosiguiendo la tradición en el hogar de los Gómez, la convertía en su más mimada joya, engalanándola con los lujosos cordones de seda que tanta envidia causaban en sus compañeros de la banda lisa.



La voz del herido á quien había molestado le sacó de las meditaciones en que estaba embebido.

— ¿De qué regimiento sos?

— Del 6 de línea...

— Entonces semos del mismo...? Hemos de ser amigos y... p'cha con la balita...! No me deja hablar...

— Soy el corneta Gómez...

— ¡No digo...! Pero, quien t'iba á conocer con esa voz de cabrito recién nacido! Yo soy el tambor Garrido... hasta dentro de un rato, aunque no tardaré en cantar pa'l carnero...

— Crés Garrido que falta mucho para amanecer? — le preguntó el trompa al reconocerlo y sin atender lo que decía. — ¡Si pudiéramos, aunque sea un momento ver el sol del 25!

— Che hermano, me parece que no! Ya nos han tocao silencio...

— ¡Suerte perra! ¡Si al menos fuera 26!...

Calló el bravo milico y apesadumbrado con la idea de morir sin haber contemplado una vez más, siquiera, el sol de la fecha que tan amorosamente recuerda todo argentino, masculló entre dientes una enérgica interjección criolla.

Pasaban las horas.

De pronto Gómez abrió desmesuradamente los ojos queriendo imprimir doble intensidad visual á su mortecina mirada. Pensó primeramente sufrir una ilusión, pero pronto no le cupo duda... ¡Vislumbraba la sonrosada luz de la aurora!..

Sacudió á Garrido que permanecía inmóvil con el brazo sobre la cara y le señaló lleno de emoción, con su extendida diestra, la rojiza mancha.

— ¡Ya clarea! — murmuró al oído de su amigo.

— ¡Gracias á Dios! ¡Andamos con suerte!

Lanzaron un suspiro de gratitud—con infantil alegría, olvidando sus dolores, vieron aparecer la aurora del 25 de Mayo.

¡Si pudiéramos saludarlo con la diana de otros años!... ¿Qué te parece?... Prepará el tambor...

— Aquí lo tengo al lao, pero no sé si podré mover las manos.... En fin, vamos á ver.... Sentémonos....

Y el sol iluminó de lleno el rostro de aquellos bravos, que rindieron la vida entonando la última diana....

MIGUEL JAUN SARÁS.

---

## EL TUPUNGATO.

---

(FRAGMENTO)

Mientras se atan los caballos á los carruajes que han de conducirnos á las *Cuevas*, aprovechamos el tiempo para ir á contemplar una maravilla que desde muy cerca se divisa.

A la derecha se abre un valle, el valle del *Tupungato*, y allá en el fondo ese gigante andino se eleva imponente con la cabeza blanca.

Como un titán altivo en sus 6.700 metros de elevación, el *Tupungato* lucha desde tiempo inmemorial con los elementos del cielo.

Impelidas por el frígido viento de las cumbres, las nubes, al tropezar en él, descárganle con rabia sus helados copos blancos entre el tórrido fulgor del rayo y el formidable estampido del trueno.

La nieve se acumula ante el escarnio de las nubes, que, ya libres, suben, giran y danzan, rozando con sus albos tules la soberbia faz del coloso, que á despecho de ellas y desafiando al cielo, se yergue con severa majestad, sin agobiarse bajo su inmenso peso.

Pero el sol, ese aliado de los grandes, á su vez indignado del ultraje, enviando desde su olímpica morada la cálida caricia de sus rayos, liberta al agua de su faz de hielo, que en tenues hilos por sus flancos baja.

Hilos que se engrosan en su marcha, jugando entre las grietas de las faldas, y se entrecruzan, se juntan, se confunden y se unen, transformando el murmullo del descenso con el rugir veloz de la carrera.

En su camino, como por misteriosa fuerza, otro y otros más se incorporan, se coronan de espumas, y como entonando un himno á su libertad braman sonoros mientras se precipitan entre las rocas y se abren paso con su terrible fuerza.

Así nacen los ríos; así nace el *Mendoza*.

JUAN B. AMBROSETTI.

## BATALLA DEL SAUCE Ó DEL BOQUERÓN.

LA DIVISIÓN DOMÍNGUEZ TOMA LA TRINCHERA

(EPISODIOS)

Los cañones habían enmudecido al quedar los artilleros fuera de combate, y únicamente la in-

fantería paraguaya estorbaba el paso como una muralla de hierro: como á los rusos de Napoleón, era necesario darles muerte y empujarlos para que cayeran.

El valiente Ivanowsky, con una mano hecha pedazos, esforzaba á sus soldados, en ese idioma que sólo á él se le comprendía en la batalla. Giuffra, chorreando sangre, continuaba al frente de su tropa. El comandante Cabot acababa de rodar por el suelo con tres heridas. El mayor Palacios también caía, y valientemente otros oficiales tomaban la dirección de su cuerpo. Una bala de cañón lleva las dos piernas al teniente Lemos: casi exánime, lanza un grito de dolor comprimido, y aprovecha sus últimas fuerzas para sacar su revólver, y dándole al capitán Villanueva, le pide que lo despene, agregando en seguida: *Muerto contento porque asisto á nuestro triunfo y he cumplido mi deber.* Un momento después espiraba aquel noble ciudadano. Otra bala lanza por el suelo al abanderado del batallón Mendoza-San Luis, y un sargento 2º del mismo, Pedro Coria, le arranca el estandarte y haciéndolo flaquear, grita: ¡*Viva la patria!* y salta sobre el foso. Próximo á él, Vidal Linares, otro sargento, increpa á sus camaradas con esa voz que impone en el peligro: *No miren á los que caen, que hemos venido á pelear y vencer.* Por otra parte, el soldado Raimundo Carreras, trabaja con su bayoneta escalones para trepar al parapeto.

La resistencia se hace tenaz. El guerrador oriental está en su elemento. Domínguez apostrofa á sus sanjuaninos porque no son más valientes que él. Caraza y Mayorga hacen esfuerzos para salvar la valla fatal.

Fué entonces que el coronel Domínguez solicitó del general Flores una compañía de zapadores.

Ochenta brasileros, á las órdenes del teniente Carvalho avanzan con sus palas y sus picos, pero antes que se pusieran á la obra, las tropas argentinas escalaron la posición, quedando por orden expresa el batallón Florida de reserva, formando en batalla sobre un lado del camino, el cual aunque completamente diezmado era el único apoyo con que se contaba en caso de un revés. Era, pues, la llave de nuestra victoria.

La división se precipitó como una avalancha sobre la trinchera, y se vió flamear allí con gloria, casi simultaneamente, las banderas agujereadas de los batallones Córdoba y San Juan.

El primero que escaló la disputada trinchera fué el capitán del San Juan, Lisandro Sánchez, seguido del soldado Santiago Esquivel; y animada por el ejemplo su brava compañía, sin trepidar subió al asalto: un momento después caía el gallardo capitán, quien no por estar herido deja de proclamar á sus soldados. Como compañero de gloria tuvo á su colega Pedro Sosa, del regimiento Córdoba, que al saltar sobre el terraplén de la batería se desploma inerte: una bala le cortó el aliento de la vida para arrojarlo á la posteridad. Muerde el polvo el abanderado del 2 del Entre Ríos, y el sargento Máximo Eguren se precipita violento, toma la bandera, la levanta en alto y escala la batería, gritando á sus camaradas en el idioma varonil del pueblo: *¡Siganme si son hombres!* y otro soldado le contesta altanero: *Le hemos de seguir, sargentito, ¿acaso usted no más es argentino?*

incansables, y cuyas aspiraciones todas, tienden tan sólo á la conquista del *dios dollar*.

Y, en presencia de esta fuente inagotable de trabajo fecundo, ocurre preguntar: ¿es el petróleo un producto mineral, vegetal ó animal? Cuestión muy discutida es ésta. Los mantenedores de la primera hipótesis lo consideran como el producto de la descomposición de ciertos agentes del agua — carbono é hidrógeno, — puede existir en todas partes y formarse incesantemente; los geólogos se han decidido por la segunda, no obstante la falta de carbón vegetal en las cercanías de los pozos de petróleo; los químicos creen en el origen animal de este líquido, lo cual han tratado de comprobar produciendo la destilación, á cierta presión, de las grasas; del aceite de ballena principalmente, aceite que tiene todos los caracteres del petróleo: color obscuro, transparente en poca cantidad, florescencia verde, composición y densidad análogas. Además los pozos de petróleo tienen á veces agua salada.

Si el petróleo es producto de animales marinos, cetáceos ó anfibios de los tiempos geológicos, ¡qué enorme cantidad de cadáveres se habrá amontonado para producir los millones de toneladas que se explotan! Y, ¡qué admirable disposición providencial, también, supone esta reserva de la animalidad primitiva, sirviendo, como el carbón vegetal, á las necesidades de la vida del hombre moderno!

## EL PINO.

---

El pino es indudablemente uno de los árboles más útiles al hombre. Sus numerosas especies crecen en las regiones templadas y frías del hemisferio Norte, desde la zona litoral hasta los límites más elevados de la vegetación; una de ellas, el pino marítimo, prospera en los terrenos más ingratos, sobre calizas, granitos, cuarcitos, areniscas grises y serpentinas; y en algunos territorios, como en las Landas francesas, ha sido un elemento poderoso de saneamiento, pues gracias á las grandes plantaciones que de él se han hecho, han desaparecido las fiebres que eran consecuencias de la estancación y evaporación de las aguas, y además ha dado fijeza á las colinas de arena movibles, que antes avanzaban de 20 á 25 metros cada año.

La madera del pino marítimo se utiliza especialmente para construcciones navales; su corteza se emplea como curtiente en varios países; sus hojas sirven de pasto al ganado en los inviernos de mucha nieve; de sus tacones se sacan excelentes teas, y en algunos puntos se aprovechan sus piñones como alimento para las aves.

Pero la principal riqueza de que este árbol se extrae son los productos resinosos. Cuando el pino ha alcanzado cierta altura, se corta, á partir de algunos centímetros del suelo y en los árboles apropiados, una banda de corteza de 12 centímetros de anchura por 30 de altura próximamente abriendo en la parte descubierta una incisión de algunos milímetros de profundidad, y colocando

debajo de ella una vasija cualquiera, destinada á recoger el producto exudado. Esta operación que se designa con el nombre de sangrar los pinos, se practica en la primavera, y la recolección del producto continúa durante todo el verano, hasta bien entrado el otoño, época en que cesa de fluir la trementina. Cuando de las incisiones hechas en un principio deja de fluír la materia semilíquida, se repite el sangrado un poco más arriba del tronco y se continúa de este modo hasta llegar á una altura de cinco metros, próximamente.

La trementina bruta, procedente de reunir la contenida en las diversas vasijas, es siempre bastante impura, pues va mezclada con fragmentos de leño y de corteza y con las hojas que el viento arranca. Para privarla de estas impurezas se la expone al sol, ó se la calienta mediante el vapor de agua, para decantar luego la parte fundida, ó sea la líquida, en grandes calderos, y se la filtra por filtros de paja; en este último caso los filtros inútiles quedan impregnados de trementina, que se aprovechan quemándolos en hoyos practicados en el suelo, con objeto de que el calor desprendido en la combustión incompleta funda la resina que, reuniéndose en la parte inferior, constituye lo que en el comercio se conoce con el nombre de pez negra.

Siguiendo este método, se calcula que un pino, cuya vida es por término medio de sesenta y cinco años, produce anualmente unos cuatro kilogramos de trementina pura.

Asimismo, quemando en hornos los troncos de pino partidos en pedazos, se obtiene alquitrán y carbón.



De él se saca también el aceite piroliginoso ó vinagre de madera.

Véase, pues, con cuanta razón hemos dicho al principio, que el pino es uno de los árboles más útiles al hombre, lo cual justifica estas líneas que le dedicamos.

AL'LER WILL.

## LA IMPULSIÓN IRRESISTIBLE.

(DESPACHO DE UN JUEZ — ENTRA EL MÉDICO FORENSE)

El doctor — Y, mi querido señor juez ¿ha leído Vd. mi informe sobre Lougarou?

El juez — ¿El asesino de tres pastores y de dos labriegos?

El doctor — Perdón. Para Vd., según su vocabulario, es un asesino: para mí, según el mío no es más que un impulsivo.

El juez — Un impulsivo bastante peligroso...

El doctor — Peligroso, convengo en ello. Pero como lo digo en mi informe...

El juez — Lo he leído con mucho detenimiento, y le confieso que su lectura me ha trastornado.

El doctor, triunfante — ¿Sí?...

El juez — Expone Vd. con tanta lógica su teoría de la impulsión irresistible...

El doctor — ¡Pardiez! Es la verdad descarnada. Las tres cuartas partes de los delincuentes son, como Lougarou, enfermos que una fuerza imperiosa constriñe al crimen. ¿Se atrevería Vd. en tales condiciones, á echarse encima la responsabilidad de castigarlos?

El juez — Evidentemente, evidentemente...

El doctor, animándose — ¡Bah! Puesto que se trata de enfermos, tiene Vd. un deber que cumplir para con ellos: curarlos.

El juez — Justamente lo que he hecho con respecto á Lougarou.

El doctor — ¿Eh?...

El juez — Sí. Después de haberme penetrado de todos los argumentos de su hermoso informe me he sentido sin derecho para enviar á este irresponsable ante la Corte de Assises....

El doctor — ¡Ah! ¡Ah!

El juez — Y lo he puesto en libertad.

El doctor — ¿Sin mandarlo á un hospicio?

El juez — ¡Un hospicio! He hecho algo mejor que eso: lo he puesto en libertad con la condición que inmediatamente se presente á Vd.

El doctor — ¡A mí!

El juez — Puesto que sólo se trata de enfermedad. ¿qué médico mejor que Vd. podrá curarlo de un mal que conoce Vd. tan á fondo?

El doctor — Ciertamente, pero...

(Se oyen golpes en la puerta. Después de un cuchicheo un ujier introduce á la criada del médico.)

La criada — ¡Ah! señor doctor, qué desgracia!

El juez y el doctor — ¿Qué ocurre?

La criada — ¡Casi han asesinado á la Señora!

El doctor — ¿Quién? ¿Adonde?

La criada — ¡En casa! ¡Ese horrible Lougarou!

La criada — ¡Cómo dejan que puedan escaparse semejantes bandidos! Lougarou fué en busca de Vd. La señora al verle se asustó y se puso á gritar. Entonces de un brinco se arrojó sobre ella, y no sé por qué milagro no la estranguló.

El doctor — ¡Es espantoso! ¿Por lo menos ha sido detenido ese infame asesino?

La criada — ¡Ya! ¡ya! Si ha seguido corriendo, muy lejos ha de estar á estas horas.

El doctor — ¿Y la policía? ¿Qué hace la policía? ¡Oh! pero ahora.. ahora es mi turno! Y esta vez (haciendo ademán de dar un corte) pfruit.. Ya no se tentará más.

El juez — ¡Cómo! ¿Vd. querría?...

El doctor — ¡Que lo guillotinen! ¡No una, dos veces!

P. SOULAINÉ.

---

## LA MONARQUÍA TEMPERADA.

---

### LA PROTESTA DEL FRAILE SANTA MARÍA DE ORO

En la sesión del 12 de Julio del Congreso de Tucumán, el diputado por Catamarca, doctor Manuel Antonio Acevedo, inició la discusión sobre la forma de gobierno “expresando, por su parte, que ésta fuese la monarquía temperada en la dinastía de los Incas y sus legítimos sucesores, designándose desde que las circunstancias lo permitiesen, para sede del gobierno, la misma ciudad del Cuzco, que había sido antiguamente su corte”.

La sesión terminó después de algunas discusiones. El 15 de Julio volvió á reunirse el Congreso, y después de recibir la queja de un ciudadano que había sido gravemente maltratado por un oficial del ejército, el diputado por Charcas, don José Severo Malabia, hizo moción de preferencia para el asunto de la monarquía.

capitán de artillería, el que salvó al niño del ómnibus, y que ahora anda con muletas. Franti se echó á reír de un soldado que cojeaba. Pero de pronto sintió una mano sobre el hombro; se volvió: era el Director.—Óyeme, le dijo al punto: — burlarse de un soldado cuando está en las filas, cuando no puede vengarse ni responder, es como insultar á un hombre atado; es una villanía. — Franti desapareció. — Los soldados pasaban de cuatro en cuatro, sudando y cubiertos de polvo; las puntas de las bayonetas resplandecían con el sol. El Director dijo: Debéis querer mucho á los soldados. Son nuestros defensores; ellos irían á hacerse matar por nosotros si mañana un ejército extranjero amenazase nuestro país. Son también muchachos, pues tienen pocos más años que vosotros, y también van á la escuela; hay entre ellos pobres y ricos, como entre nosotros sucede, y vienen también de todas partes de Italia. Vedlos, casi se les puede reconocer por la cara: pasan sicilianos, sardos, napolitanos, lombardos. Este es un regimiento veterano, de los que han combatido en 1848. Los soldados no son ya aquellos, pero la bandera es siempre la misma. ¡Cuántos habrán muerto por la patria alrededor de esa bandera veterana, antes que naciérais vosotros! — Ahí viene — dijo Garrón. Y en efecto se veía ya cerca la bandera, que sobresalía por cima de las cabezas de los soldados. — Haced una cosa, hijos — dijo el Director: — saludad con respeto la bandera tricolor. La bandera, llevada por un oficial, pasó delante de nosotros, rota y descolorida, con sus corbatas sobre el asta. Todos á un tiempo llevamos la mano á las gorras. El oficial nos miró sonriendo y nos devolvió el saludo con la mano —

Bueno, muchachos — dijo uno detrás de nosotros. Nos volvimos á verle: era un anciano que llevaba en el ojal de la levita la cinta azul de la campaña de Crimea, un oficial retirado, — ¡Bravo! — dijo: — habéis hecho una cosa que os enaltece. — Entretanto, la banda del regimiento volvía por el fondo de la plaza, rodeada de una turba de chiquillos y cien gritos alegres acompañaban los sonidos de las trompetas, como un canto de guerra. — ¡Bravo! — repitió el veterano oficial mirándonos. El que de pequeño respeta la bandera, sabrá defenderla cuando sea mayor.

E. DE AMICIS — (*Corazón.*)

## BATALLA DEL SAUCE Ó DEL BOQUERÓN.

RETIRADA DE LA DIVISIÓN DOMÍNGUEZ

(EPISODIOS)

En aquella retirada aun hubo actos de valor que demostraron la serenidad del movimiento y la cantidad de los ejecutantes. Giufra es herido nuevamente y es salvado por el soldado Ignacio Acuña. Otro soldado, Nicolás Acosta, que se arrastraba herido, da muerte á puñaladas á un oficial paraguayo y le toma la espada como trofeo, y así, por un corto espacio, continúa con los últimos eslabones de la retaguardia el combate en retroceso.

Algún tiempo después, ya no fueron incomodadas aquellas bravas tropas, y pudieron ejecutar sin peligro alguno la marcha retrógrada.

Un silencio de muerte dominaba con la melancolía de la derrota aquel grupo taciturno: los uniformes despedazados y ensangrentados; los rostros sombríos, sucios, ennegrecidos por el polvo, la pólvora y el sudor que se deslizaba en oscuros surcos, mezclado alguna vez á gotas de sangre; el cansancio, manifiesto por un paso pesado é indiferente, imprimiendo una actitud imperturbable en aquellos hombres de bronce; la gerarquía militar confundida en la desgracia, fundiendo en un grandioso sentimiento todos los latidos; los tintes lúgubres del silencioso paisaje, esparcidos con el arte sublime de la creación en aquel desfile fatal, sombreado por altos y oscuros árboles que salpicaban por los intersticios de su espeso y rojo ramaje caprichosas manchas de sol, moviéndose inquietas en la ardiente arena ensangrentada; el lejano rumor, casi imperceptible, de los lamentos de los infortunados heridos abandonados en aquel terrible desamparo, conducido por una brisa tibia, indiferente como el último dolor indescriptible de la más horrible de las separaciones; todo, todo ese conjunto, armonioso en sus dolorosos detalles, constituía el trágico final, de la escena viva de la primera parte de una epopeya inmortal.

.....

Cuando salieron nuestras tropas del Boquerón, se encontraba allí el general Emilio Mitre, presenciando aquel desfile sangriento. Al pasar el mayor Mayorga con los restos de su batallón, le dice el general:

— ¡Mayor! ¿Y lo demás de su cuerpo, dónde está?

Se detiene Mayorga, toma la posición militar, saluda; lanza la mirada entristecida al rumbo de la liza, y extendiendo el brazo con la espada torcida, en esa dirección, contesta con una voz quebrada, no por la batalla, sino por el infortunio: — ¡General, han muerto por la patria!

Al pronunciar esta frase se enturbiaron los ojos del valiente oficial, y continuó en silencio su camino.

El general sintió que el corazón golpeaba violento; aquella apoteosis en una frase le había conmovido: inclinó la cabeza, quiso hablar, y no pudo.

Alguna vez, en la desventura de los combates, los generales no son generales... son camaradas

J. I. GARMENDIA.

---

## EL PROTECTOR DE NELLE

---

También Nelle, el pobre jorobadito, miraba ayer á los militares, pero de un modo así como pensando: — ¡Yo no podré nunca ser soldado! Es bueno y estudia; pero está demacrado y pálido y le cuesta trabajo respirar. Lleva siempre un largo delantal de tela negra lustrosa. Su madre es una señora pequeña y rubia, vestida de negro, que viene siempre á recogerle á la salida, para que no salga en tropel con los demás, y le acaricia mucho. En los primeros días, porque tiene la desgracia de ser jorobado, muchos niños se burlaban de él y le pegaban en la espalda con las carteras;

pero él nunca se enfadaba ni decía nada á su madre, por no darle el disgusto de que supiera que su hijo era juguete de sus compañeros; se mofaban de él y él lloraba y callaba, apoyando la frente sobre el banco. Pero una mañana se levantó Garrón y dijo: — ¡Al primero que toque á Nelle, le doy un testarazo que le hago dar tres vueltas! — Franti no hizo caso, y recibió el testarazo y dió las tres vueltas; y desde entonces ninguno tocó más á Nelle. El maestro le puso cerca de Garrón, en el mismo banco. Así se hicieron muy amigos, y Nelle ha tomado mucho cariño á Garrón. Apenas entra en la escuela, busca en seguida por donde anda, y no se va nunca sin decir: — Adiós, Garrón. — Y lo mismo hace Garrón con él. Cuando á Nelle se le cae la pluma ó un libro debajo del banco, en seguida, para que no tenga el trabajo de agacharse, Garrón se inclina y le recoge el libro ó la pluma, y después le ayuda á arreglar el traje y á ponerse el abrigo. Por eso Nelle le quiere mucho, le está siempre mirando, y cuando el maestro lo celebra, se pone tan contento como si lo celebrase á él. Nelle, al fin, tuvo que decírselo todo á su madre: las burlas de los primeros días, lo que le hacían sufrir, y después, el compañero que le defendió y á quien tomó tanto cariño; y debe habérselo dicho por lo que sucedió esta mañana. El maestro me mandó llevar al Director el programa de la lección, media hora antes de la salida, y yo estaba en su despacho cuando entró una señora rubia, vestida de negro, la mamá de Nelle, la cual dijo: — Señor Director, ¿hay en la clase de mi hijo un niño que se llama Garrón? — Si hay, respondió el Director. — ¿Quiere usted tener la bondad de hacerlo venir aquí un momen-



to?, por que tengo que decirle algunas palabras. — El Director llamó al bedel y lo mandó al aula; y un minuto después llegó muy asombrado, á la puerta, Garrón, con su cabeza grande y rapada. Apenas le vió la señora, corrió á su encuentro, le echó los brazos al cuello, y le dió muchos besos en la cabeza, diciendo: — Tú eres Garrón, el amigo de mi hijo, el protector de mi pobre niño; eres tú, querido, tú, hermoso?.. Después buscó precipitadamente en sus bolsillos, y no encontrando nada en ellos, se arrancó del cuello una cadena con una crucecita, y la colgó del de Garrón, por bajo de la corbata, y añadió: — ¡Tómala, llévala en recuerdo mío, querido niño, en recuerdo de la madre de Nelle, que te dá millones de gracias y que te bendice!

E. DE AMICIS (*Corazón*).

---

## GIGANTES DE LA VEGETACIÓN.

---

No se crea que los gigantes de la vegetación son sólo los grandes árboles. Algunas plantas rudimentarias, rastreras, que viven extendidas sobre la tierra, arrollándose más ó menos alrededor de si mismas, alcanzan crecimientos extraordinarios.

Así, por ejemplo, los ramos de la vid pueden extenderse por espacios considerables. Los rotangs, que en la India trepan á lo largo de los troncos seculares, pasando de un árbol al otro y descendiendo á veces hasta la tierra para volver á trepar, llegan á medir más de 150 metros de largo. Cierta autor habla de una convulvalácea

existente en el jardín botánico, que en poco tiempo llegó á tener *seis mil* pies de largo, (12 cuabras) creciendo por término medio un pie por hora.

Sin embargo, no obstante lo asombroso de tales hechos, la imaginación popular no experimenta en su presencia sorpresa análoga á la que le causan los padres del bosque.

Plinio habla de un plátano del Líbano, que vivía en Licia en tiempo del famoso naturalista romano, en cuyo tronco se veía una vasta gruta de ochenta y un pies de circunferencia. En Normandía se conserva una encina donde se ha establecido un altar, y en la que se ha practicado una pequeña celda donde mora un ermitaño. El tronco de ese gigante mide treinta pies de circunferencia.

Los baobabs de la orilla del Níger suelen alcanzar, en el punto bajo de su tronco, hasta cien pies de circunferencia, y cuando se resquebrajan por la acción del tiempo, sirven de alojamiento á los negros. En Sicilia se conserva el llamado costañero de los cien caballos, debajo de cuya abundante copa se guareció Juana de Aragón con todo su séquito, una vez que, al ir de España á Nápoles, tocó en Sicilia y subió á visitar el Etna.

Por lo que toca á la altura de los vegetales, Pouchet, á quien seguimos en este relato, recuerda que la encina eleva su cúpulo de hojas hasta cien pies del suelo, los cedros del Líbano se alzan hasta ciento cincuenta pies sobre la montaña á que sirven de corona; la palma de cera de los Andes sube hasta más de docientos pies; el cedro gigantesco de California ha producido ejemplares de ciento cincuenta metros de altura; los eucaliptos australianos suben hasta quinientos pies, y podrían

cubrir con su sombra la pirámide mayor de Egipto, que sólo mide 480.

El hombre se siente confundido ante proporciones tales. Parece que nuestra especie no es nada ante esos colosos. Sin embargo, no lo creáis; el hombre lleva en la frente la luz que le hace tender en tierra los cedros cuando así le conviene, convirtiéndoles en materiales para su industria.

---

### SINITE PARVULOS - DEJAD Á LOS NIÑOS

---

Junto á la verja del Ministerio de la Guerra pide limosna un ciego, sentado en una silla de tijera, flaco de miembros, roto de traje, enjuto la cara, con un violín desafinado entre los brazos y una bandeja de latón sobre las rodillas. Que llueva ó hiele, que el calor le sofoque ó le entumezca el frío, allí está ese proscrito de la luz, rascando antiartísticamente las cuerdas desfilachadas de su instrumento, desbaratando melodías, poniendo música á su miseria, oyendo sonar las horas en el reloj del Banco, y circular personas y coches por la anchurosa vía, esperando que una moneda de cobre caiga en la bandeja, para meterse la mano en el bolsillo del pantalón, y retirándose á la madrugada con el violín debajo del brazo y la silla de tijera en la mano, para dormir sabe Dios cómo y no importa dónde.

Debe ser muy triste la existencia del pobre ciego; la fortuna le ha privado de cuantas comodidades hacen soportable la vida; la naturaleza,

de aquellos placeres que no se pagan con dinero, porque no habría dinero con que pagarlo. ¿Con qué pagar el espectáculo de un cielo azul, de una agrupación de nubes coloreadas por el sol, de un horizonte negro, que á veces se ilumina y se rasga para dibujar en su fondo ángulos rojizos y zig-zags cárdenos? ¿Con qué pagar el espectáculo de una primavera llena de flores, de un otoño salpicado de frutos, de un invierno cubierto de nieve, de un estío plé-tórico de luz? ¿Con qué el ir y venir de una multitud que por nuestro lado pasa y ondula, destacándose aquí la cabeza de un niño, allá el cuerpo esbelto de una mujer, más lejos las salientes tonadillas de un grupo bullicioso y alegre?

Esto, que no podría pagarse con nada, lo disfrutamos gratis, y de ello carece el infeliz ciego, ese mendigo que siempre está solo, que acaso no tiene familia, que tal vez no es esperado por nadie cuando sube á tientas los escalones de su casa.

En fin, bien ó mal, desdichado ó dichoso, el hombre vive, recoge lo suficiente para no morir de hambre, y pide limosna todas las noches junto á la verja del Ministerio de la Guerra y enfrente de la puerta del Banco de España.

Una noche del último invierno estaba yo parado en la calle de Alcalá, delante del ciego del violín. Debía ser algo que me interesase mucho, lo que aguardaba, cuando resistía á pie firme los alfilerazos del frío y los papirotazos de la lluvia.

Rascaba el ciego su instrumento y yo seguía esperando, esperando sin reparar en él, ni en un

chiquillo de cuatro ó cinco años que pasaba y repasaba por delante de mí con los pies y las piernas descalzos, mal cubierto el cuerpo con una blusilla hecha jirones y amoratado el rostro por el frío.

El chico lloraba, metiéndose los puños en los ojos, hipiando su pena, procurando contener los sollozos que subían á su garganta; uno de aquéllos tuvo más fuerza que su voluntad; convirtiéndose en grito y me sacó de mi distracción é hizo interrumpir al ciego su música.

— ¿Qué tienes muchacho? — preguntó el ciego al niño, que se encontraba á dos pasos de él.

— ¡Ay, Dios mío, Dios mío....! sollozó el chico, acercándose al ciego.

— ¿Qué te pasa? — dijo éste — ¿Por qué lloras así? — añadió cogiendo al muchacho de la blusa y volviéndole la cara hacia él, ni más ni menos que si pudiera verle.

— Lloro — exclamó el muchacho — porque tengo hambre, frío y miedo.

— ¿No has recogido nada?

— No.

— ¿No tienes padres?

— No.

— ¿No, has comido?

— No.

— ¿Con quién vives?

— Con nadie... la vieja con quien vivía y con quien pedía limosna, se ha puesto mala esta mañana, se ha ido al hospital y me ha dejado solo.

¡Pobre chico! — murmuró el ciego atrayendo hacia sí á la desdichada criatura, y palpando con

sus manos temblorosas aquella cabecita desnuda, sobre la que se pegaban chorreando agua los cabellos rubios; aquel cuerpo anguloso, que se descubría entre los girones de su traje; aquellas piernas blancas y aquellos pies descalzos. — ¡Pobre chico!... ¡Tan pequeño, y con hambre y con frío y sin casa...!

Los ojos del ciego parpadearon como si quisieran recoger una lágrima que bordeaba las cuencas vacías; dejó el violín á un lado, cogió una bufanda deshilachada que tenía sobre las piernas, rodeó con ella el cuerpo del niño, metióse las manos en el bolsillo del pantalón, sacó un real, acaso toda su fortuna, se lo dió al pequeño y le dijo:

— Abrígate y come. Yo no puedo hacer más por ti.

Después estrechó al chico entre sus brazos. El chico le miró con ojos azules y llenos de luz, balbuceó algunas palabras y se echó á llorar.

Y yo también.

JOAQUÍN DICENTA.

---

## LOS PICOS Ó CARPINTEROS.

---

Los picidae ó picos se encuentran en casi todas las partes del mundo, con excepción de Australia. En la América neotropical, existen más de 120 especies de las cuales viven 13 en la república. Como en los demás trepadores, el dedo exterior está dirigido hacia atrás, de manera que tienen dos dedos delante y dos atrás.

Esto les permite asirse tenazmente de las ramas y troncos de los árboles, y trepar fácilmente sobre una superficie perpendicular.

La cola también le sirve de apoyo, siendo rígida y aguda, compuesta de plumas vigorosas terminadas en puntas afiladas. El pico tiene forma de uña; es sumamente duro y robusto, cortado en su extremidad á manera de cincel, asemejándose mucho á este instrumento en la manera de usarlo.

Los picos devoran los insectos que pillan en la corteza interna de los árboles, con ayuda de su larga lengua que sacan á una distancia considerable. Esa lengua, es larga, semejante á una lombriz de tierra, en el extremo aguda y aflechada. El armazón que la sostiene es muy delicado y la guarda arrollándola alrededor de la cabeza, debajo de la piel. A medida que saca la lengua se le humedece con una secreción glutinosa procedente de una doble glándula cuyos conductos se abren al frente de la boca. Andahón ha descrito su manera de proceder, con mucha exactitud. "Todos los picos son sumamente expertos para descubrir á los insectos en sus escondrijos. Apenas se lanzan sobre el árbol, permanecen inmóviles por unos momentos, escuchando. Si no sienten ningún movimiento debajo de la corteza, da el pájaro un agudo golpe con el pico, torciendo el pescuezo, coloca la cabeza contra el árbol y al descubrir el rastro de algún insecto, remueve en seguida la corteza y continúa la excavación hasta encontrar su presa. Este modo de obtener su alimento se observa particularmente en el invierno, en cuyo tiempo son escasas las frutas de los montes; — los du-

raznos, peras, manzanas, higos y moras, forman una parte considerable de su alimento. También chupan los huevos de los pájaros pequeños". Se cree generalmente que los picos destruyen árboles valiosos y sanos, minándolos y permitiendo así que la lluvia los penetre. Esto no es exacto. El árbol está siempre viejo y carcomido cuando el pico empieza su trabajo, aunque los insectos que lo han minado no sean visibles exteriormente. En todos estos casos la madera es blanda y cede fácilmente á la perforación del pájaro. El pico no hace nido dentro de la excavación; pone los huevos en el aserrín suelto que deja en el fondo de la cavidad que ha hecho.

Son hermosos pájaros, de un pie ó menos de largo, comunes en las riberas del Paraná y Uruguay, así como en las provincias del norte, y de Córdoba. Su plumaje varía según las especies: los hay negros con la cresta y cuello escarlata, listados de blanco en fondo negro en la parte superior y de negro sobre blanco en la región inferior, con el cuello de un rosado subido y adornado con manchas muy finas amarillentas. Y ofreciendo el más bello ejemplar, el llamado rojo encrestado: negro por encima, con rayas blancas; la nuca del macho es escarlata y el vientre de color blanco, tirando á rojo en el pescuezo.

---

### ALCIÓN Ó MARTÍN PESCADOR.

---

El martín pescador forma una familia que se distingue por su pico largo, recto, delgado y anguloso, cola corta, pies igualmente cortos y



desnudos hasta la rodilla; tiene cuatro dedos dispuestos tres adelante y uno atrás. Las tres especies argentinas pertenecen al género *Ceryle*. Los miembros de esta especie se encuentran siempre en los arroyos y lagunas, posados solitariamente en una rama pendiente sobre el agua. Su facultad de vista es muy penetrante. Apenas descubren en el agua algún pececillo se lanzan sobre él con acierto infalible y fatal, para engullírselo inmediatamente. Hacen su nido en la extremidad de una galería larga, abierta en la orilla de los ríos ó arroyos, á profundidad de varios pies, terminada en una cavidad más ancha, cuyo fondo se halla cubierto de espinas de pescado, etc., y de las partes de alimento mal digerido que arrojan algunos pájaros por la boca, como los buhos y halcones. Sobre esto depositan los huevos en número de cinco ó seis.

La especie más común es el martín pescador anillado: es un pájaro de 10 1/2 pulgadas de longitud, de un color gris azulado, con listas angostas, negras, aflechadas, y pequeñas manchas blancas redondas. Las alas son negras, marcadas de blanco. La cola es negra con fajas transversales, blancas.

La parte superior de un castaño rojizo; la hembra tiene en el pecho una faja gris azulada.

El martín pescador del Amazonas se encuentra en Córdoba, Buenos Aires, Entre Ríos, etc.; es verde oscuro por encima y blanco por debajo, con una faja blanca en el cuello. El macho ostenta en el pecho una faja color castaño; en la hembra es verde oscuro.

Longitud: diez pulgadas. Pájaro mucho más pequeño es el martín pescador enano distribuido

generalmente en gran abundancia en la desembocadura del Río Paraná. Tiene solamente siete pulgadas de longitud, pero es un pájaro muy bonito. Su plumaje es verde bronceado en la parte superior, con una línea blanca á los costados de la cabeza; y el cuello, la garganta y el vientre blancos. La cola es de color verde por encima y negruzca debajo. El macho tiene en el pecho una faja color castaño y la hembra verde.

---

## INDUSTRIA DE LA YERBA.

---

La industria de la yerba se viene practicando desde el año 1870 en Misiones, y no es de extrañar entonces que casi todo el territorio haya sido atravesado en busca de yerbales, conociendo sobre todo su reducida extensión. Para estas exploraciones se reúnen algunos hombres habituados á la vida del bosque y van marchando, á pie, en un rumbo que ellos mismos eligen al azar, considerando que pueden encontrar un yerbal. Las provisiones que llevan para su manutención son reducidísimas y las forman algunos kilos de porotos, maíz, carne seca (charqui) sal y yerba preparada. Estos viajes se prolongan á veces por varias semanas y aun meses enteros, en que se concluyen sus víveres y ropas. Entonces se alimentan de la caza, de las frutas y raíces del monte. Sus abrigos y vestidos quedan hechos jirones y las continuas lluvias y fatigas los debilitan y enferman, al punto de que muchos no regresan á sus hogares. Empero, dada la espesura

de los bosques, tan completamente tupida en todas partes, y la especialidad de los yerbales, limitados á pocas cuadras de extensión en la mayoría de los casos, cuando no se trata de un yerbal grande, y aun sí, estando éstos mezclados con los demás árboles del bosque, puede muy bien suceder que la comitiva ó descubierta, como se llama al grupo de hombres que emprenden estas exploraciones en busca de yerbales, pase á corta distancia de un manchón ó sitio en que haya una cantidad crecida de árboles sin verla ni siquiera sospecharla.

La preparación de la yerba se hace de una manera muy sencilla y primitiva. Los peones llamados "tariferos" se trepan á los árboles y con un machete cortan los gajos y el follaje, hasta dejar sólo el tronco, sus principales ramas y la yema principal, denominada "banderola". Descienden luego del árbol y se recogen aquellos gajos que tienen muchas hojas. Prenden un fuego con leña seca, que hallan por doquier, y pasan la yerba por esta llama, sin quemarla, ejecutando así lo que llaman "sapecar".

Después reúnen varios manojos sapecados y se los cargan á la espalda, acomodándolos en un aparatito como cesto, llamado *rairo*, hecho de cañas finas, con el cual marchan al campamento, donde entregan su carga á un escribiente, que les anota su yerba al peso.

Una vez que se ha reunido la suficiente cantidad de yerba sapecada en el campamento, se procede á la torrefacción de la misma en una construcción de ramas entrelazadas, llamada *barbacuá*, que cubre en forma de media naranja un agujero practicado en el suelo y cuyo barba-

cuá á su vez está techado con una ramada de tacuaras y hojas de palmera. El agujero mencionado es la boca de un conducto que se hace por debajo de tierra, á cierta distancia del barbacuá y en cuyo extremo opuesto se mantiene un fuego constante, que transmite el calor necesario para tostar las hojas de yerba que se han colocado sobre el enrejado del barbacuá.

Un hombre llamado *urú* vigila esta operación removiendo con un palo la yerba que se va secando, y cuando considera terminada la torrefacción, después de 14 ó 16 horas, retira los fuegos del conducto y en seguida la arroja al suelo, á la cancha, que es un espacio de suelo, limpio de vegetación y cubierto de barro alisado, para formar un piso conveniente. Sobre este piso que á veces se cubre también de lonas, la yerba es tratada á golpes con grandes machetones de madera, con los que los peones la trituran, llamándola entonces "canchada". La yerba así preparada se deposita en una ramada bien cubierta, y con un piso de tacuarembó, que se llama "noque". Ahí queda al abrigo de la humedad hasta ser transportada, pues este noque se hace sobre estacas elevadas medio metro sobre el suelo y perfectamente cerrado, y con paredes de ramas embarradas para evitar que el rocío nocturno y las lluvias la ataquen.

CARLOS BURMEISTER.

## EL NIÑO DALMACIO.

---

### ANÉCDOTA DEL DOCTOR VÉLEZ SÁRSFIELD

Cuéntase del doctor Vélez Sársfield, que desde muy temprana edad manifestó una especial inclinación á estudiar los altos problemas sociales y jurídicos, que teniendo apenas doce años de edad, fué un día á pasear al establecimiento de un cosechero amigo de su familia. Trabajaba éste en un campo arrendado y allí se dirigió el niño Dalmacio.

El cuadro que en este momento ofrecían los diferentes grupos de trabajadores, era á propósito para provocar serias reflexiones en un espíritu elevado. Por ahí cuatro peones dirigiendo dos yuntas de bueyes, rompían el suelo con el arado, mientras otros dos les seguían con paso lento, derramando la semilla en el surco que dejaba la reja. Un poco más allá, otro grupo de peones armados de palas y azadas, distribuía y hacía correr en diferentes direcciones el agua para regar un extenso alfalfar. Aquí formaban otro grupo más numeroso los segadores que, inclinados sobre el suelo y con la hoz en la mano, segaban la madura espiga agrupándola en pequeños haces. Los carros, las parvas, los instrumentos de trabajo diseminados aquí y allá, completaban aquel cuadro de animación y actividad, en que el fenómeno de la producción, debida al trabajo humano, se presentaba en todas sus faces.

El niño Dalmacio abarcó aquella perspectiva de una sola mirada; detuvo el paso un momento, y como si quisiera estar con comodidad para

observar mejor, abandonó la dirección en que marchaba, para ir á sentarse bajo la sombra y junto al grueso tronco de un árbol, desde donde dominaba por completo el panorama que se desenvolvía á su vista.

La mirada del niño, intensa é inconstante á la vez, durante un momento, poco á poco fué amortiguándose y perdiendo su movilidad, hasta que, descansando el brazo sobre la rodilla, y apoyando la cara en la palma de la mano, quedó como distraído, mirando vagamente el horizonte.

El cosechero que, aunque tenía muchas vacas, bastantes caballos, majadas y no poco dinero, y dirigía un crecido número de trabajadores, no por eso dejaba de ser un patán, andaba por ahí y bien pronto descubrió á la distancia al pequeño pensador y fué hacia él.

— ¿En qué estás pensando, Dalmacito?

— Pensaba en quien es el dueño del trigo que se está segando allá.

El patrón abrió desmesuradamente los ojos y queriendo cerciorarse mejor de lo que oía, preguntó:

— ¿Cuál trigo?

— Ese que se está segando en su chacra.

— Pero, hombre, ¿no sabes, y lo dices, que la chacra es mía?

— Sí, pero el trigo...

— Es claro que si la chacra es mía, el trigo es mío.

— Ahí está lo que no es tan claro, dijo el niño incorporándose.....

— Pero ¿qué estás diciendo, Dalmacito? ¿Estás loco?

— No, señor: hay otros que no son usted, que aran la tierra, otros que ponen la semilla, otros

que riegan la planta y otros que siegan la espiga y recogen el grano. La médula alimenticia de ese grano está formada por el sudor que gota á gota ha caído de la frente de todos ellos; luego el grano es de ellos.

El patán que escuchaba con la boca abierta y como sorprendido, contestó después de un momento.

— Sí, pero yo les pago á todos ellos su trabajo.

— ¿Con qué se los paga? Con lo que usted saca de los mismos frutos ¿no es verdad? Luego eso mismo le prueba que los frutos les pertenecen, en parte, cuando menos.

— Pero si el campo me pertenece á mí.

— Ni eso siquiera; usted arrienda el campo y paga el arrendamiento con lo que le producen los granos que los otros siembran, cultivan y cosechan.

— ¿Y el trabajo que á mi me cuesta hacerlos trabajar? Vos no sabéis lo que son los peones: perezosos, arreados, inútiles; no sirven para nada.

— No servirán para nada, pero con su sudor hacen el grano y es también de ellos.

— No digas esos disparates, Dalmacito, y no lo digas sobre todo á los peones: á éstos es necesario hacerles creer que no hacen nada, de lo contrario se considerarán con más derecho y exigirán más salario.

— No se lo diré á los peones, contestó el niño; pero es bueno que usted sepa que el grano no es suyo exclusivamente, que pertenece á todos, que el salario no depende de su capricho y que en justicia cada uno debe tener de los frutos la parte que le corresponde; de lo contrario usted procede mal.

Poco después, el niño volvió á su casa, y el cosechero, que aunque de pocas luces, era sin embargo hombre de conciencia, meditó sobre lo que había oído y fué en adelante más justo con los labradores.

TRISTÁN ACHÁVAL RODRÍGUEZ.

## EL CUADRO DE LA MUERTE.

EPISODIO DE LA GUERRA DEL PARAGUAY

.....  
Empezó la muerte sin un gemido. El *tacatán* del tambor ahogaba el estertor sordo de la agonía y recordaba á cada uno su deber: esa heroica consigna de la vida militar que nos recuerda á toda hora que debemos estar prontos á morir por la patria.

Rosetti, con su figura marcial en el centro de aquel infortunado cuadro, de pie, impaciente, esfuerzo sin descanso á su brava tropa, y está en todos los puntos ordenando la unión de las hileras y el refuerzo de los ángulos.

La vieja bandera, agujereada, ondula al viento sus gloriosos pliegues, mantenida con dignidad en las robustas manos de un mocetón descendiente de vascos, y á su sombra caen los héroes de su causa. El subteniente Uriarte, de pie sobre un tacarú, flamea con valor sereno, de un lado al otro del cuadro, la sagrada enseña.

Cada cohetazo abre una brecha con estruendo, ó con el ruido seco de un golpe tremendo hien- de los cráneos ó fractura los huesos con una



fuerza gigante; en el interior de aquel reducto humano se hacían los heridos y los muertos.

Uno de estos proyectiles rompe una hilera y sin explotar, vibrante, cae en el centro del cuadro; todos se apartan veloces esperando la explosión mortífera con visible ansiedad; encendido, vomitando una llama azulada anuncia el peligro. En ese momento, entre el ruido de las detonaciones, reina un silencio íntimo.

Entonces el mayor Echegaray, aquel oficial modesto, de tipo beduino, sin pensar que va á dejar su nombre indeleble en la historia, se aproxima rápido, imperturbable á su suerte despiadada; su noble abnegación se sobrepone á todo, no trepida un solo instante; con una mano da un empujón al abanderado Uriarte para salvarlo del cohete que ha caído á sus pies, y con la otra aprisiona firme la vara del proyectil fatal, que le advierte el peligro inminente con su mecha humeante y amenazadora; y arriesgando su vida por la de sus camaradas, va á lanzarlo lejos de allí, con la frente serena y despejada de temor...

Un estruendo y una nube de humo envolvieron el cuerpo del valiente oficial; aun permaneció un momento de pie, como si su corazón hubiera querido increpar á la muerte su cobardía, y en seguida desplomóse inerte sobre una mancha roja.

El teniente Solier acudió en su auxilio y recibió, como un recuerdo imborrable, una bocanada de sangre espesa, negra y tibia, que inundó su pecho. Aquel héroe caído en tan glorioso episodio, no tuvo última palabra, sino último heroísmo en esa rápida transición del ardor de la existencia á la nada. Bastó un segundo para que dejara

de latir en la vida el alma de ese león del pueblo; y para que no faltara un detalle sublime á la grandiosa escena, el abanderado, al ser lanzado de la altura donde estaba, pierde el equilibrio y cae á su lado: la bandera oprimida entre sus brazos, se inclina conmovida sobre el cadáver del mayor Echegaray; un golpe de viento hace azotar con el paño sagrado la lívida faz del infortunado veterano, como el abrazo desesperado de la madre al hijo que no verá más, como el adios de la patria entristecida, al que le dió inmarcesible gloria con tan brillante hazaña.

.....

.....

---

### LA RETIRADA DEL CUADRO.

---

Varias veces se reitera la orden de retirada, y el bizarro batallón obedece al fin, siguiendo el movimiento del San Nicolás, que iniciaba en ese momento el avance sobre el flanco izquierdo enemigo.

El cuadro, disminuído notablemente, da principio á esta difícil maniobra, al son de sus tambores, con la cadencia de un paso marcial que impone al peligro; pero al poco andar se desordena y marcha en tumulto.

Sus heridos quedan tendidos en aquel campo de llamas.

Los paraguayos lanzan un alarido de triunfo, y avanzan osadamente siguiendo el rastro sangriento del heróico batallón: llegan adonde están los infortunados heridos y los ultiman á bayoneta-

zos; trasponen esa línea y siguen el cuadro como hambrientas aves de rapiña.

En este momento el sargento 2º de la 3ª compañía José María Abrego, que yacía herido, levantó el rifle con las últimas fuerzas que le quedaban y gritó con lastimoso acento: *Será posible compañeros que nos dejen asesinar; vengan no nos abandonen!* Otras voces se dejan sentir entre la tropa increpando la retirada. Rosetti, fuera de sí, luchando entre los deberes de la disciplina y el fuego de su noble corazón exclama: *¡Es la primera vez que el 1º de línea se retira frente al enemigo!* El ayudante Smith agrega: *Si nos retiramos es porque nos mandan.*

Un murmullo sombrío, como el rugido feroz y entrecortado de una fiera encadenada, estremece las desordenadas filas del bravo batallón. La rabia comprimida vomita destellos de una insubordinación sublime; los paraguayos están ya sobre él; de repente se oye la voz de los sargentos Martínez y Dubroca incitando á sus compañeros á tomar venganza; un eco salvaje y estertóreo, el estallido de un sentimiento unánime, conmueve el estruendo del combate: *¡Viva el 1º de línea!...*

El Capitán Morel que ve el espíritu de la tropa y el peligro de la retirada sino se contiene al enemigo, y una afrenda en aquel movimiento ordenado, grita á sus soldados: *Media vuelta, á la bayoneta, no dar cuartel!..* Nunca se obedeció una voz de mando con más rapidez: esos hombres enardecidos mandados por Morel, Mendez, Smith, Solier y otros oficiales, se volvieron como tigres hambrientos de carne humana, sobre los paraguayos, que retrocedieron sorprendidos; una parte

del batallón siguió el movimiento con furor, y fué necesaria la intervención de Rosetti para mantener el orden, porque viéndose libres esos viejos campeones, se lanzaron desordenadamente á vengar á sus desventurados compañeros. Alcanzaron algunos paraguayos que ávidos de merodeo se entretenían en desnudar á las víctimas de su crueldad, y los hicieron materialmente pedazos, tal era la rabia de darles muerte, la que era instantánea por la fiereza de sus golpes.

.....

J. I. GARMENDIA.

---

## EL UNIVERSO.

---

### EDAD PRIMERA (LAS PLANTAS)

Inmensos y poco profundos mares, de los que emergen algunos islotes, de cuyos flancos pendan algas viscosas, ó por los que suben, arras-trándose, seres informes: tal es en las primeras edades del mundo la fisonomía de la Tierra. La atmósfera tórrida está cargada de vapores pesados, que cual las densas nieblas de hoy, nunca llegan á penetrar los rayos del sol. ¡Noche completa!

El Océano sin límites recubre casi en absoluto lo que es antiguo y nuevo mundo. Un pobre crustáceo, el *trilobite*, de forma bastante parecida á nuestra cochinilla y que puede enroscarse en bola como ella, vive en esta silenciosa inmensidad, con algunos peces, cuyo extraño cuerpo encuéntrase revestido por un carapacho.

Aun cuando la temperatura sigue siendo intensa, va descendiendo siempre y poco á poco. La atmósfera es menos densa y el sol llega por fin á penetrar con algunos rayos pálidos é indecisos este triste cuadro. Crece entonces una vegetación formidable. La tierra queda bien pronto revestida de una exuberante frondosidad, análoga por todas partes á la que ahora admiramos en algunas regiones del centro de Africa.

Es una floresta, una selva virgen, colosal y no interrumpida, desde los Polos al Ecuador.

Sobre los terrenos pantanosos de aguas tibias aún, elévanse gigantescos helechales, cuyos individuos alcanzan mayores alturas que los abetos de nuestras montañas. Los copos de los *sigilarios* se balancean á 30 metros sobre el suelo. Ni una flor alegre esta sábana de imponente tristeza. Ningún canto, ningún ruido humano rompe la monotonía de este silencio abrumador. Algunos raros insectos comienzan á aparecer revoloteando sobre las aguas estancadas.

Un reptil, el *arqueogosauro*, cuando sale á respirar á la superficie, es el solo espectador de esta naturaleza formidable y desolada, enterrada hoy en las capas profundas de nuestras exploraciones carboníferas.

---

#### EDAD SECUNDARIA (LOS MÓNSTRUOS-LOS REPTILES)

A medida que los siglos pasan, la temperatura ardiente hácese tibia. Las lluvias dejan de caer en cataratas implacables. La vegetación, no obstante el esplendor que aun conserva, no invade ya todo el globo. Los helechos arbóreos de la

época hullera cimbrean siempre sus graciosos penachos; pero cerca de ellos crecen los coníferos bastante semejantes á nuestros cipreses, y en la copa de las pendáneas, numerosos ramos de anchas hojas sostienen enormes frutos de forma global.

Las planicies llénanse de palmeras. En los bosques brotan los hojaranzos ó abedules, los alisos, los arces y los nogales.

En este período, el mundo pertenece á los reptiles. La tortuga aparece y con ella los monstruosos saurios; el *ictiosauro* y el *plesiosauro*, de 10 metros de longitud, surcan los mares. Un animal fantástico, el *terodactilo*, nada como un pez y vuela como un murciélago. El aspecto de la tierra es, en esta época de su existencia, á un tiempo pavoroso y singular. Sobre la superficie de los mares, deslízanse como cigüeñas gigantes, los terribles plesiosauros á caza de los *amonites* que, confiados, déjense conducir por las olas. A veces los mónstruos se encuentran, originándose entonces luchas horrosas. Sobre las aguas revolotean las libélulas, generalmente conocidas hoy por *caballitos del diablo*. Los políperos edifican sus murallas de coral. Multitud de grandes peces pueblan los mares.

---

#### EDAD TERCIARIA - (LOS MAMÍFEROS)

Finalmente la costra del Globo aumenta su espesor, oponiéndose á la influencia tórrida del calor central. Las lluvias se han regularizado y el sol vivifica la flora y la fauna.

Grandes ríos han excavado su lecho, y la faz de la tierra cubierta antes de nubes y vapores se muestra ya sin velos que la oculten.

Arboles de copas redondeados, como nuestras encinas y abedules, pueblan los campos, donde chopos de colosal longitud parecen escalar los cielos.

Las praderas son verdaderos tapices de flores, sobre los que revolotean los insectos de múltiples y brillantes colores. Las aves cruzan el aire cantando. Los mares dan asilo á numerosos moluscos y conchas.

La tierra, que hasta entonces sólo había sido habitada por seres inferiores ó por mónstruos, ataviada con suntuosas galas, ve nacer la gran familia de los mamíferos.

Los monos animan los bosques con sus saltos y gritos.

Los rebaños de bueyes pacen en los prados, de lo que más tarde constituirá más del tercio de la Península Ibérica, cuyas fértiles y hermosas praderas atraviesan ya retozando, numerosas yeguas.

Formidables animales viven en paz en medio de esta esplendorosa naturaleza: *mastodontes*, de formas macizas; el espantoso *megaterio*, de enormes patas armadas de garras; un caballo con nariz de tapiro, el *paloterio*; un asno con cola de longitud desmesurada, el *anoploterio*, y un ciervo de astas formidables, que tenía la talla de un elefante de nuestros días.

Esta es la edad de los grandes paquidermos. Un panorama ideal de la tierra en la época terciaria, aseméjase á cualquier paisaje de los que se admiran hoy en nuestras zonas tropicales.

En las praderas pacen ó descansan uno junto al otro, el elefante, el hipopótamo, el ciervo y el caballo.

El bosque que reviste las montañas les ofrece un abrigo para la noche.

El hombre no apareció aún: la Tierra no está preparada para él.

---

#### EDAD CUATERNARIA (AURORA DEL MUNDO MODERNO)

He aquí la última fase del desarrollo de la Tierra. Todos los animales que viven cerca de nosotros han aparecido en ella. La distribución de los continentes es la que se presenta á nuestros ojos.

Los paquidermos de formas monstruosas y apacibles costumbres, viven en las verdes, planicies, donde pacen también rebaños de elefantes, de ciervos y caballos. En las selvas ó en las cavernas embóscanse los tigres, las hienas y los osos.

Las aves de presa anidan en las rocas.

El mundo cuaternario — aurora del mundo actual — asemejaríase en todos puntos al nuestro, si algunos de los animales que lo han poblado, hoy desaparecidos, no afectasen aun entonces formas colosales. El *elephas* cuaternario, el *mammut*, de 5 á 6 metros de alto, poseía defensas encorvadas de 4 metros de longitud; su dorso estaba revestido de un espeso vellón. El *rinoceros* gigante, el *oso de las cavernas*, el ciervo de gigantescas astas, han desaparecido de la superficie del Globo. Las aves gigantescas, el *dinormis* y el *epiornis*, sólo existen ya en estado fósil.

La época cuaternaria ha presentado otro aspecto menos risueño que el que acabamos de bosquejar. Todo el norte de Europa, los Alpes, los



Pirineos y los Vosgos, fueron en cierto período y bajo la influencia de causas aun misteriosas recubiertos por un colosal manto de hielo, del cual nuestros más imponentes glaciares sólo dan una muy débil idea. Quizás á la aparición de este *período glacial* débese atribuir la desaparición de las especies extinguidas. Ciertos glaciares ó heleiros de la Siberia nos han entregado verdaderos osarios de mamut.

Después de la retirada ó desaparición de los grandes glaciares cuaternarios, la Tierra ha adquirido la forma exterior que nos presenta hoy. Su temperatura es la que nosotros observamos. Sus climas son los nuestros. Sus animales son los que viven cerca de nosotros. Sus flores son las que nos dan hoy sus perfumes. El hombre, recién venido en la creación, atravesará también bastantes vicisitudes antes de ver brillar á su alrededor la civilización de que hoy tan justamente se gloria.

B. DE B.

---

## EL CORONEL OLMEDO.

---

EN LOMAS VALENTINAS

Fué la última batalla, la última carnicería, que debía dejar sellada la redención del Paraguay.

El puesto más difícil, más peligroso, más erizado de escollos le había sido señalado á Olmedo que tomó posesión tranquila de él y esperó el momento de entrar en acción. Cabalgaba ese día en fogoso corcel y se notaba en su rostro una

febril impaciencia, algo de ese *no se qué* precursor de las acciones supremas de la vida.

La batalla empezó!.... Las legiones argentinas á pecho descubierto se presentaron delante de los baluartes del enemigo, no reparando en el fuego y plomo de los cañones, ni en la metralla que barría el campo sembrándolo de cadáveres. Sólo se oía el sordo tronar de la artillería, el silbido de las balas, el relincho de las cabalgaduras, el toque del clarín, los redobles de las cajas de guerra, las voces de mando, el ¡ay! de los heridos, los gritos desgarradores de los moribundos, á que se mezclaba el estridente alarido de las seides del déspota... El paraguayo se defendía con vertiginosa desesperación, diezmaba horriblemente las filas aliadas, hacía prodigios de valor titánico, digno de mejor causa, cargaba y disparaba sus armas con la celeridad del rayo, y sus fuerzas, en vez de disminuir, aumentaban. Los jefes de las Divisiones triplicaban su actividad, comunicaban valor y coraje, arengaban á los soldados, y éstos, electrizados, embriagados con el olor de la pólvora, avanzaban resueltos, hacían pie firme, y cerraban los claros que dejaba el plomo homicida; y cuando todo esfuerzo humano era impotente, se detenían, cobraban nuevos alientos y seguían avanzando....

El combate sostenido durante largas horas tocaba á su término, y entonces hubo un instante en que, del choque de fuerzas igualmente indomables, igualmente viriles, la ventaja se inclinaba en favor de los que peleaban atrincherados y teniendo un arroyo de por medio. El regimiento de Córdoba iba á la cabeza del ataque, ocupaba el punto más prominente, y por consiguiente,

llevaba el honor y nombre del ejército y la consigna del triunfo!... Pero los soldados empiezan á caer exánimes, sofocados por el calor, por el cansancio y por la sed. Olmedo con su vista de águila, con su sagacidad penetrante, se da cuenta de lo crítico del momento, pues el triunfo iba á convertirse en derrota, entonces recuerda su patriótico propósito de cambiar el mote de oprobio dado á su suelo natal, por otro de admiración, y, olvidando la severa disciplina y cargando él con toda la responsabilidad, manda á su regimiento que avance á *paso de vencedores*: él lo guía, él lo conduce y así llega á los baluartes enemigos, los toma, rinde á sus defensores azorados ante empuje tan irresistible como inesperado que no les permite hacer defensa alguna, y corona la victoria más brillante y más audaz!....

¿Quién ha sido el imprudente, el temerario que se ha lanzado á la muerte y al desastre, sin orden superior? — ¿Quién? — ¡Agustín A. Olmedo! Ved flameando majestuoso en la cima de los baluartes el glorioso pabellón redentor de un pueblo esclavizado! Oid las dianas y las marchas triunfales ejecutadas por las bandas! Oid el alborozo del ejército! Mirad como corren presurosos, generales y coroneles, hacia donde se halla el arrogante vencedor! Una eminencia brasilera, estrechándole la mano, le dice: ¡SOIS UN HÉROE! Otro agrega: ¡SOIS UN LEÓN! éste: ¡SOIS INVENCIBLE! — aquél: ¡PARA VOS NO HAY BALUARTE INEXPUGNABLE! — Olmedo recibe y agradece las felicitaciones, y á cada frase, á cada salutación, vuelve su rostro á donde sus soldados y su mirada se confunde con las miradas de todos ellos, que también se veían asediados por sus compañeros

de armas y estrechados en el más afectuoso abrazo de la fraternidad humana!

ALBERTO ORTIZ.

## PRODUCCIONES DEL MAR.

### LA VIDA EN EL OCÉANO

El Océano, no sólo contiene el agua, origen de las nubes y de las lluvias, y la sal común de que el hombre hace tanto uso; la vida orgánica se desarrolla en él con la mayor exuberancia.

Innumerables vegetales, de muy sencilla organización, pero ricos de formas y colores: los conferves, los fucus, las algas, de las cuales algunas especies alcanzan 25 metros de longitud, cubren la superficie; sin fijeza en el suelo, se dejan ir á merced del mar, ó bien quedan retenidas en un lugar fijo por las corrientes que las circunscriben.

El *mar de Sargasos*, que toma este nombre de una especie de alga, está situado en el Atlántico, entre las Azores y las Antillas; tiene mayor extensión que Francia; pero, según las más recientes exploraciones, las hierbas no son tan espesas que obstruyan la marcha de los navíos (circunstancia que, según nos cuentan, alarmó á los compañeros de Colón). En ellas hormiguean infinidad de animales marinos. Otros mares análogos existen al Norte del Pacífico y al Sur del Atlántico y del Océano Indico.

Animales de todas las especies y de todos los tamaños, desde el infusorio á la ballena, pululan

en las aguas del mar con más asombrosa abundancia que en los continentes, y no solamente en la superficie, sino en profundidades de 5.000 metros y más.

Ciertas especies pertenecen á todos los climas, mientras que otras se reducen á los hielos polares ó á las regiones calientes y templadas. Los infusorios, ese mundo de los infinitamente pequeños, los pólipos y los moluscos, han desempeñado una misión importantísima en la formación de las rocas, que constituyen la formación de la tierra; y continúan su obra en los depósitos de limo actuales, y en la creación de las islas madreporicas de los mares cálidos.

Las especies mayores, sobre todo los peces y los cetáceos enormes, suministran al hombre abundantes productos alimenticios é industriales de primera utilidad.

---

## GRANADEROS DE SAN MARTIN.

---

La formación de este glorioso cuerpo de caballería, tiene en la historia militar puesto prominente por su insuperable heroicidad. El escenario de sus triunfos es tan vasto que abarca en su extensión toda la epopeya de nuestra revolución emancipadora. Desde el Paraná, cuna de su gloria, hasta el Chimborazo, pasaron aquellos inmortales guerreros la sagrada bandera de la libertad, laureándola en cien victoriosas batallas.

En él se formaron los héroes que despedazaron las huestes de la esclavitud. La mayor parte de

nuestros guerreros, han pasado por sus filas, conquistando los primeros laureles de su corona: San Martín, Alvear, Zapiola, Marcial, Necochea, Lavalle, Suárez, Rufino, Guido, Bogao, los Escalada, Melián y otros muchos.

“Granaderos á caballo” no recibe sino mucho después el nombre del Regimiento. Este cuerpo se forma paulatinamente por escuadrones. Las plazas se reclutan en distintos puntos de la república, pero los mayores contingentes son sacados de Buenos Aires, Córdoba y Yapeyú. De este último punto, como consta de documento oficial, se reclutaron muchos soldados por la especial confianza que San Martín tenía en sus condepartamentales, y es á su pedido que el gobierno accede que el futuro regimiento tenga en su organismo un gran número de naturales de aquella región misionera.

El 12 de Marzo de 1812 se expiden los despachos de teniente coronel, sargento mayor y capitán, á los señores José de San Martín, Carlos M. de Alvear y José Matías Zapiola, respectivamente, recomendándose al primero de éstos la formación del escuadrón, de acuerdo con el decreto de su creación, con la base de diez ó doce hombres veteranos del “Regimiento Dragones de la Patria” y con los sargentos y cabos sobrantes de este mismo cuerpo. Este escuadrón, según se ordena, debe ser disciplinado bajo los principios y maniobras de la nueva táctica de la caballería francesa.

Se componía de dos compañías; para la primera se nombró á los siguientes oficiales: teniente don Justo Bermúdez y subteniente don Hipólito Buchard; y para la segunda al capitán

Pedro Zoilo de Vergara, teniente don Agustín Muri-  
llo y subteniente don Mariano Necochea. Porta-  
estandarte fué nombrado don Manuel Hidalgo.

El gobierno, al crear el primer escuadrón del  
regimiento, ordenó al comisario de guerra, don  
Victorino de la Fuente, entregase el vestuario  
y accesorios correspondientes en la forma si-  
guiente: frac, forro, pantalón, capote, maleta,  
chaqueta de cuartel, gorra ídem color azul;  
cuello, vueltas y vivos carmesí y botones de  
cabeza de turco blancos. Cascos con carrilleras  
ó gorra, y bota alta con espuela de firme. La  
clase de monturas eran las llamadas *sillas* ingle-  
sas. Las cabalgaduras fueron, en su mayoría,  
donadas particularmente.

Formados los escuadrones que componían  
el regimiento, San Martín recibe con fecha 7 de  
Diciembre de 1812, los despachos de coronel  
del mismo, acompañados con estas palabras:

*“La superioridad espera que V. E. con el mismo  
celo y dedicación que hasta aquí, presentará á la  
Patria, un cuerpo capaz por sí solo de asegurar  
la libertad de sus conciudadanos”*

Al anhelo del gobierno patriota, respondieron  
tan cumplidamente los “Granaderos”, que su  
huella heroica quedó perdurablemente grabada,  
con resplandores inextinguibles de gloria militar  
en la extensión de toda la América del Sur, desde  
la línea de fuego del Ecuador á las frías regiones  
meridionales de Chile; desde las orillas del Plata  
caudaloso, á las costas escarpadas del mar Pa-  
cífico . . . . .

De aquel regimiento de bravos regresaron á  
Buenos Aires después de once años de campaña,

los siguientes: coronel José Félix Bogao; capitanes José Félix Correa, José Cirilo Lucero, Francisco Olmos y José Rodríguez; alférez Eusebio Costain, porta-estandarte Matías Vera y Eustaquio Frías!!

V. V.

---

## EL CIELO Y LOS ASTROS.

---

El cielo es el espacio indefinido, inconmensurable, que por todas partes nos rodea y en el cual existen y se mueven innumerables astros, entre los cuales es nuestra tierra uno de los más modestos.

Aparece el cielo á nuestros ojos como una inmensa bóveda semi-esférica que, durante el día ofrece el color llamado azul celeste, producido por el aire y el vapor de agua, y por la noche toma un tinte obscuro sobre el que mejor resaltan los astros luminosos.

El número de astros es incalculable. Cuéntanse, á simple vista, 6.000 estrellas aproximadamente; pero el telescopio ha descubierto hasta 80 millones; y calculando que cada estrella posee, lo mismo que nuestro Sol, su cohorte de planetas y satélites, el número de astros que existen en el campo de nuestros medios actuales de inspección, puede contarse por centenares de miles de millones. La distancia de esos astros á nuestro globo trapasa los límites de nuestra imaginación. Del Sol á la Tierra es aproximadamente de unos 150 millones de kilómetros; 200.000 veces mayor la



de la estrella más cercana y 1.930.000 veces la de la *estrella polar*. ¡Cuál no será la distancia que nos separa de esas estrellas que descubre el telescopio más allá de donde alcanza la simple vista, si un rayo luminoso recorre 300.000 kilómetros por segundo y la luz del Sol tarda en llegarnos 8' 16", y la de la estrella Polar unos 30 años! Y hay estrellas, tan lejanas, que su luz llegaría á nosotros millares de años después que ellas se extinguieran.

Los astros todos se mantienen en mutua dependencia sometida á las leyes naturales formuladas por Newton, según el cual los unos obran sobre los otros por medio de la atracción, *en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias*.

Esta *atracción universal*, está contrarrestada por una *fuerza centrífuga*, debida al propio movimiento ó por una fuerza de repulsión originada por el calor; tal es la causa de los *movimientos* que verifican los astros, ya sobre si mismos, ya alrededor unos de los otros, con una armonía que bien á las claras manifiesta la acción permanente de una Providencia continuadora de la obra de la Creación.

LAPLACE

## Á LA SOMBRA DEL OMBÚ

LA HAZAÑA DE UN TROMPA  
(EPISODIO HISTÓRICO)

.....  
.... Y mi madre nos contaba, á la sombra del ombú, mientras hervía el agua para el mate, las historias que antes le refirió mi padre; antes,

cuando volvía recién de la Guerra Grande. Y fué así como nos contó mi madre que el trompa Rodríguez salvó 30 hombres.

“Los víveres escaseaban en el campamento aliado y la inercia se prolongaba. De tiempo en tiempo, abandonando las carpas, los soldados en pequeños grupos se acercaban á las aldeas y ranchos husmeando caña y tabaco, los elementos indígenas tan abundantes en el campo enemigo, como faltos entre los aliados.

En vísperas del célebre ataque á Curupaytí, salió del campamento uno de aquellos pelotones para explorar las avanzadas enemigas y traer tabaco y caña para el ejército. Se había confiado el mando de la expedición al teniente Ramírez, un bravo estudiante porteño, yendo como guía, al frente de los treinta hombres, el trompa Gómez entrerriano, con fama de diablo, que conocía bien el camino de un establecimiento cercano, “El Carmen”, donde solía ir en unión de otros compañeros.

— ¿Y cómo descubriste vos que había provisiones?

— Soy soldado viejo, mi teniente. Tenía el garguero reseco y unas ganas de pitar endiabladas. Me largué á la ventura y aunque unos brasileros me aseguraron que no había ni yesca, topamos con la casucha y nos convidaron.

— Lo malo sería, pensaba el teniente, que se nos hubiera adelantado otro destacamento y el viaje fuera inútil.

Las cinco de la tarde serían cuando hicieron alto delante de “El Carmen,” sudorosos y rendidos.

En medio de aquella calma chicha, una voz varonil llena de ira reconcentrada, rompió el

silencio con el grito de ¡A ellos! ¡Fuego á discreción!

Una lluvia de proyectiles cruzaron en todas direcciones, mientras en la columna sorprendida reinaba el pánico, que los dejó petrificados.

— ¡Maldición! fué el grito contenido en todos los labios.

— ¿Qué hacemos, trompa Gómez?

— Todo el mundo boca abajo, mi teniente.

— No, lucharemos como buenos.

— Es una locura inútil. Los enemigos son más de doscientos, mi teniente, y con nosotros ni pá empezar tendrán si nos toman de vanguardia y flanco.

— Esto es una emboscada cobarde, exclamó Ramirez.

— Si yo mandara les iba á dar un julepe — mascullaba el trompa.

— Lo que importa es salvarnos del cuchillo: frente á frente no temo á la muerte.

— Pase la orden, mi teniente, y respondo con mi cuero que nos salvamos.

El movimiento era envolvente, pues la segunda descarga, sonó á la vanguardia.

— ¡Silencio! y boca abajo!... La maniobra quedó ejecutada á tiempo para malograr un nutrido fuego del flanco izquierdo.

El trompa Gómez, con los ojos brillantes de malicia y una sonrisa socarrona en los labios, acercó el cornetín á ellos y cual si estuviera en maniobras, lanzó al aire las notas de "atención, batallón".

Sorprendidos con la treta, los paraguayos replegaron sus fuerzas apresuradamente. Esperaban en su cuartel general el ataque á Cu-

rupaytí y aquellas fuerzas que no veían, podían ser cabeza de una columna encargada de la sorpresa.

Cuando todos, completamente sanos, salvaron el monte, el trompa con ese aire de confianza criolla decía:

— ¿Qué tal mi teniente? Vió como doña Malicia es maestra en cosas é guerra?

Al día siguiente, Ramírez ascendido á capitán era felicitado por salvar la vida de treinta hombres, y como premio se le mandó á Buenos Aires, mientras Gómez, el verdadero salvador de la patria, siguió tocando alegres dianas en toda la campaña.

LORENZO FERNÁNDEZ DUQUE.

---

## LOS VOLCANES.

---

Nadie se niega á un sentimiento de admiración ante una de esas montañas aisladas en su majestad, notables á veces por la regularidad de su forma cónica, como el Etna (Sicilia), el pico de Orizaba (Méjico), el Cotopaxi (Ecuador). La nobleza de su estructura piramidal las designaría á la mirada, si no las señalara el penacho de vapor que suele coronar su cresta, escapándose del *cráter*, boca del tubo interior que pone en comunicación la superficie del hogar de rocas en fusión, ó *lavas* incandescentes que se encuentra á profundidad desconocida en el seno de la montaña. El agua, infiltrándose por las grietas del suelo, se reduce á vapor al contacto del hogar

subterráneo; levanta á intervalos las masas en fusión, y las arroja al aire en virtud de la misma fuerza que mueve los émbolos y pistones de nuestras locomotoras. La ciencia actual atribuye, pues, las erupciones volcánicas á la acción de vapor del agua; y esto con tanta más verosimilitud, cuanto que todos los volcanes activos están á la orilla del mar.

Distínguense comunmente tres fases en una erupción volcánica.

1.<sup>a</sup> *Los síntomas preliminares.* — El vapor que siempre se escapa del cráter se hace más intenso y adquiere un tinte sombrío. Sacudidas y temblores de tierra conmueven las cercanías; sordos ruidos se escuchan.

2.<sup>a</sup> *Proyección de gases, vapores y cenizas.* — De pronto, después de unos días, el fondo del cráter se rompe. Los despojos que lo cubren son levantados, y una sombría columna de humo brota con la rapidez del rayo, y se esparce lentamente. Elévase á veces á más de 1.000 metros. Plinio el joven, testigo de la famosa erupción del Vesubio del año 79 de nuestra era, la compara á un gigantesco quitasol. En cuanto la columna aparece en el aire, empieza una lluvia menuda de cenizas en los alrededores de la montaña. Poco después, fragmentos mayores de lavas, escorias comparables á los despojos de nuestros altos hornos, se mezclan á la lluvia de cenizas. Llevadas por el viento estas partículas, caen á veces á muchas leguas del sitio de la erupción, pero en general se amontonan sobre el volcán.

A veces, enfriándose, á medida que sube la columna de vapor, sufre un efecto de condensación. Estalla entonces una tempestad. El ruido del true-

no se une al del volcán. Vivos relámpagos atraviesan la obscuridad reinante en torno de la montaña; se levanta un viento formidable; la lluvia cae á torrentes.

El cuadro toma de noche otro aspecto. La columna de humo aparece roja por el reflejo de las lavas incandescentes, serena, magnífica, inmóvil sobre la montaña.

3.<sup>a</sup> *Emisión de las lavas.* — Ultimo acto de la erupción. La lava se desborda, al fin, del cráter, ó á veces rompe con su presión los flancos de la montaña. Abrense de pronto grietas, y brotan corrientes de lava como cordones de fuego. En 1878 una explosión del Vesubio costó la vida á muchos curiosos.

Las corrientes de lava tienen á su salida color negro ú obscuro, bajo el cual se percibe la materia incandescente. El movimiento de la masa, muy rápido al principio, se hace más lento poco á poco, de tal modo que en una hora abarca apenas algunos metros. La emisión de lavas anuncia generalmente el fin de la erupción. Los fenómenos se atenúan, y el volcán vuelve por grados á su estado de reposo ó media actividad en que antes de la catástrofe se encontraba.

La montaña volcánica ó el cono que forma no es sino el montón de las cenizas y lavas que ella misma emite. El volcán es, pues, el arquitecto de sí mismo, y se levanta por erupciones sucesivas hasta formar el monumento gigante, que á veces alcanza la altura de 5.000 metros sobre una base de diez y veinte leguas de diámetro.

DE FUSCHS Y VIDAL LABRACHE.

## LA PLAGA DEL MAGDALENA.

### LOS CAIMANES

Pasábamos el día guerreando á muerte con los caimanes. No he hablado aún de esos huéspedes característicos del Magdalena, porque, durante mi inolvidable permanencia en el Antioquía, creo no haberles dispensado una mirada. Es el aligator, el cocodrillo del Nilo y de algunos ríos de la India, el yacaré de los nuestros, pero de dimensiones colosales. Parecíame una exageración la longitud de cinco á seis metros que asigna á algunos un viajero francés, M. André; pero, después de haber observado millares de caimanes, puedo asegurar que, en realidad, hay no pocos que alcanzan á ese enorme tamaño. He visto á algunos cruzar lentamente las aguas del río: vienen precedidos de una nube constante de pescados saltando, fuera del agua como en el mar, á la aproximación de un tiburón ó de una tintorera.

Pero en general sólo se les ve en las playas arenosas que deja el río en descubierto cuando desciende.

Están tendidos en gran número: he contado hasta sesenta en un pedazo de playa que no tendría más de unos cien metros cuadrados. Inmóviles como si se hubieran desprendido de la cornisa de un templo egipcio, mantienen la boca abierta, cuan grande es, hacia arriba. Los he visto permanecer así durante horas enteras; el olor nauseabundo de su aliento atrae los mosquitos que se aglomeran por millones sobre la lengua; cuando una *fournée* está completa, el caimán cierra las

fauces con rapidez, absorve los inocentes visitantes, y de nuevo presenta al espacio el temible é inmundo ángulo.

El caimán es la plaga del Magdalena. Cuando algún desgraciado boga, bañándose ó cayendo de su canoa, ha permitido á uno de esos mónstruos probar el perfume de la carne humana, la comarca entera tiembla ante el caimán cebado; anfibio como es, salta á la playa, se desliza por las arenas con las que se confunde su piel escamosa y pasa horas enteras acechando á un niño ó á una mujer. ¡Cuántas historias terribles me contaban en el Magdalena de las luchas feroces contra el caimán, del valor salvaje de los *bogas* que, semejantes á nuestros indios correntinos, se arrojan al río con un puñal, y cuerpo á cuerpo lo vencen! A su vez el caimán suele ser sorprendido en sus siestas de la playa por los tigres y pumas de los bosques vecinos. Entonces se traba una lucha admirable, como aquellas que los romanos, los hombres que han gozado más sobre la tierra, contemplaban en sus circos.

El caimán es generalmente vencedor, pues su piel paquidérmica lo hace invulnerable á la garra y al diente del agresor. Pero lo que un tigre no puede, lo consigue una vaca ó un novillo: cuando éstos atraviesan á nado el río, si el caimán los ataca, levantan un poco la parte anterior del cuerpo y hacen llover sobre el agresor una lluvia de "puñetazos" con sus córneas pezuñas, que lo detiene, lo atonta y acaba por ponerlo en fuga...

Se ha hecho el cálculo que, si todos los huevos de bacalao que anualmente ponen las hembras de esos antipáticos animales, se consiguieran, la



sección entera del Atlántico comprendida entre la América del Norte y la Europa, se convertiría en una masa sólida. Otro tanto podría suceder en el Magdalena con los caimanes.

El caimán es ovíparo; la hembra pone una inmensa cantidad de huevos, grandes y duros como piedra, que entierra entre la arena. Llegada la época conveniente, la sensible madre se coloca con la enorme boca abierta al lado del sitio, que empieza á escarbar; los pequeñuelos, que ya han abandonado la cáscara, saltan á medida que se despeja la arena que los cubría. Unos dan el brinco directamente al río; otros, perjeños, ignorantes de las costumbres de su raza, saltan del lado de la enorme boca materna, que los recibe y engulle en un segundo. Se calcula que la caimana se come la mitad de sus hijos. Luego, la piedad maternal la invade, y semejante á la Nio-be antigua, deja caer dos lágrimas por sus hijos prematuramente muertos. ¡Una vez en el agua, reúne la prole salvada y no hay madre más cariñosa!

¡Qué odio por el caimán! ¡Con qué alegría los bogas marineros, descubriendo con su mirada avizada una turba de cocodrilos, sobre un arenal lejano, nos daban el grito de alerta! Cada uno toma su fusil, elige su blanco y á un tiempo se hace fuego; las armas que se emplean son carabinas Remington, Spencer, Wíchester, etc. Nada resiste á la bala: el caimán herido, abre la boca más grande aun, si es posible, que cuando se ocupa de cazar mosquitos, levanta la cabeza, la sacude frenético y se arrastra muchas veces moribundo y cubierto de heridas — pues la lentitud de sus movimientos permite hacerle fuego repetidas ve-

ces, — para ir á morir en el seno de las aguas ó en su cueva misteriosa.

MIGUEL CANÉ.

---

## FASES DE UN CARÁCTER.

---

### DOS ANÉCDOTAS DE SARMIENTO

Sarmiento, siendo presidente, tenía por apoderado de sus cortos intereses á su respetable amigo el señor don Manuel Ocampo: la acreditada casa de este hombre era la depositaria de los sueldos, de las economías y de los escasísimos ahorros que Sarmiento pudiera realizar, en su eterno desapego por las cosas y por la fortuna. El cajero de aquel carácter desordenado y pródigo, lo indujo un día á que le permitiera comprarle una casa habitación para concluir en ella su ancianidad. La casa se compró por don Manuel, y una vez escriturada, llevó á ella á su propietario para hacérsela conocer y para que determinara sobre los arreglos ó la disposición del edificio.

Sarmiento nunca había sido propietario, ni volvió á serlo después de aquella adquisición, de manera que miraba el edificio por dentro y por fuera, preguntándole á su amigo Ocampo con aire de duda y asombro: ¿Pero esta casa es mía? Penetraron á un patio flanqueado de columnas y aplicando á una de ellas la palma de la mano volvía á exclamar: ¿Pero esta casa es de mi propiedad? Don Manuel Ocampo se sonreía observan-

do aquel carácter depurado de toda codicia, que hubo menester de 70 años para adquirir una morada que alojara su vejez.

---

Siendo diputado al Congreso defendía la moralidad pública; entonces un joven diputado porteño, que ha figurado en primera fila ha poco tiempo, se levanta y dice: que carece de fuerza la palabra del señor Sarmiento, porque para tener autoridad es necesario ser puro, y él ha hecho en tal y cual tiempo, esto, aquello, y esotro.

Sarmiento sin alterarse en lo más mínimo, llama al ordenanza y le dice: — Tráigame un vaso de agua.

— ¿Con limonada, señor, ó con azúcar?...

— No, con un poquito de tierra en el plato.

Aunque sorprendido, como todos, obedeció el ordenanza.

— ¿Ven señores esta agua cristalina? — es porque aun no ha servido para nada; así es el señor diputado. Esa misma agua se ensucia con un solo grano de tierra que se le eche, y así queda el agua cuando ha servido de algo.

También cuando el agua empieza á bajar de las altas cumbres es cristalina; pero luego se convierte en torrente, que fecunda valles y lleva la vida á vastas regiones hasta formar inmenso río, que sirve de vía á millares de naves; entonces el agua ha perdido su primera claridad. Así son los hombres generalmente.

La cámara aplaudió y Sarmiento quedó triunfante con esta inesperada salida que desconcertó al joven diputado.

---

## TENTACIÓN.

(CUENTO)

Cuando pasaba por una aldea, los muchachos le tiraban piedras y, rara vez, le daban de comer, porque sus trazas de perro vagabundo no inspiraban confianza.

Flaco, desgachado, con las costillas salientes, el pelo pegado al cuero y la lengua colgando, iba corriendo á la ventura, alimentándose de mendrugos y de huesos, recogidos acá y acullá, al azar del camino. Allá en su cerebro, conservaba el recuerdo ya lejano de una vida feliz. Recordaba haberse visto acariciado por unas manos suaves y arrugadas, por unas manos de anciana; y á veces parecía oír una vocecilla temblona que le decía, cuando en su juventud se quedaba plantado ante una golosina.

“Palomo, acuérdate que no debes robar”.

Su querida ama había muerto y se había visto arrojado de su hogar.

Su corazón de animal había sufrido tanto que se admiraba de no haber muerto también. Desde entonces iba errante por los caminos, como perro vagabundo, rechazado de todas partes.

Un día que sentía hambre llegó á la puerta de un guardabarrera. Dicha puerta, engalanada con capuchinas, estaba abierta. Entró y se encontró en una cocina clara y alegre donde el sol arrancaba destellos en el cobre de las cacerolas. Con gran precaución alargó Palomo la cabeza y husmeó el aire. Dilató sus narices un agradable tufillo. A la boca del horno descansaba en una gra-

sera un pollo asado. No podía estar más á punto: el jugo ó grasa chisporroteaba aún, y bajo la piel dorada se adivinaba una carne tierna y sabrosa.

Brilló en los ojos de Palomo un destello de codicia; no había nadie en la cocina.... y el hambre torturaba su estómago.

Sentóse en sus patas traseras, muy cerca del horno, relamiéndose como un glotón que saborea de antemano el plato que le van á servir, y lanzó un ligero gruñido de satisfacción. Bien atadito, colocado boca arriba, el pollo se ostentaba gordo y lucio exhalaba un olor apetitoso....

La tentación era demasiado fuerte; desenvainando su estuche molar y sintiendo un estremecimiento en todo su ser, abrió la boca.

De pronto se detuvo....

Por delante de la puerta pasaba una aldeana vieja y encorvada; iba hablando, y, al oír el timbre cascado de su voz, Palomo se acordó de aquella otra voz oída en otro tiempo con tanta frecuencia:

“Palomo, no debes robar.”

El pollo pareció más tentador, brillando en la sombra del horno.... Palomo lanzó un gruñido quejumbroso y con la cabeza baja, tomó de nuevo la puerta. Una vez fuera, se volvió; su mirada se fijó aún una vez más en el pollo reventando de grasa y sintió un estremecimiento de codicia.... ¡Tenía tanta hambre! Sus ojos se volvieron hacia la vieja aldeana que se iba alejando y tuvo como una rápida visión de su ama querida.

Entonces lanzó un aullido y echó á correr, y muy pronto no se distinguió en la blanca carretera cubierta de polvo, sino una mancha negra, que iba disminuyendo en medio de la brillante claridad del sol.

R. G.

## LA HUMILDAD

CARACTERIZA LOS GRANDES ESPÍRITUS

UN RASGO DE BENITO JUÁREZ

Todos los hombres verdaderamente grandes se han caracterizado por esta hermosa virtud que da tanto brillo al que habiendo dedicado toda su vida al servicio de sus semejantes, distinguiéndose entre su generación y tal vez en su siglo, cree innecesario el oropel y la falsa ostentación que envanece y marea á las medianías, para señalarse por su acción y por sus obras.

Para referirnos á personajes que nos son tan conocidos que podemos llamar contemporáneos, mencionaremos á Washington, San Martín y Franklin, cuyas vidas nos presentan multitud de ejemplos de la sencillez con que vivieron, rehuyendo, lejos de solicitar, el aplauso público.

El primero, en la cumbre de la gloria y del poder, se separa de su brillante comitiva y solo y á pie, sin guardia ni honores, se presenta á su venerable madre á pedir su bendición.

San Martín llegó de noche y en silencio, después de su victoria de Maipo, á Buenos Aires que le aprontaba un gran recibimiento, burlando así los preparativos.

Franklin, el Hombre de Bien, como lo llama la historia, dió constantes pruebas de modestia durante su vida entera. La humildad hacía parte principal de su naturaleza moral.

La historia nos enseña que no hay hombre verdaderamente grande que no haya brillado por

su modestia y Jesucristo, el mayor de todos, enseñó que los hombres eran hermanos.

En nuestra América, circunscribiéndonos á lo de más cerca, esta afirmación se confirma elocuentemente. Y en nuestra patria ¿Qué hombres ha habido más humildes que Sarmiento y Mitre, esas grandes figuras contemporáneas?

Este último, en medio de su envidiable gloria, iba mezclado al pueblo en las grandes fiestas nacionales y en cualquier reunión pública á que asistía el venerable anciano.

Don Benito Juárez, el que fué ilustre presidente de Méjico, llamado el Grande, se dirigía á Durango, acompañado de los miembros de su gabinete. Uno de éstos, don Guillermo Prieto, era hijo de Durango y amigo de la dueña del hotel donde se iba á hospedar la comitiva, por cuyo motivo le fué destinado anticipadamente el mejor dormitorio.

Prieto llegó antes que sus acompañantes y resolvió preferir á Juárez con su habitación.

La propietaria del hotel, que no le conocía, vió que se dirigía un indígena á la sala preferida y sin reparo alguno le interpeló:

— Oiga, hombre: ¿á dónde va?

— Señora, usted perdone — dijo Juárez — se me ha dicho que ésta es mi habitación.

— ¿Sí? Pues se equivoca. Esta la tengo reservada á don Guillermo Prieto, mi antiguo amigo.

— Está bien, señora — repuso el presidente con humildad saliendo del dormitorio.

Prieto, por algunas palabras de la señora, comprendió lo que pasaba, é inmediatamente se dirigió á ella diciéndole:

— ¿Que ha hecho usted? Le ha inferido un *de-saire* al señor Juárez.

— ¿Cómo? ¿Ese?...

— Es el Presidente de la República.

Más muerta que viva, se dirigió ella al indio egregio, para disculparse.

Juárez le contestó con amabilidad:

— Un buen amigo, señora vale tanto ó más que un Presidente de República. No tiene usted por qué disculparse, pues *yo no soy más que nadie*.

---

## LA BATERÍA LIBERTAD.

---

Aquellos murallones casi derruídos, que estaban situados sobre una escarpada barranca del Rosario, eran los restos de una pequeña, pero célebre fortaleza.

Las aguas del río Paraná carcomían la base de aquella elevada barranca. A su frente veíanse las islas; abajo hacia el noroeste, la ciudad, humilde pueblecito en 1812; y en lontananza, al sur, la pampa, en pugna tenaz con todo lo que es moderno.

Las ruinas de la fortaleza ocupaban mayor extensión en otro tiempo. La llanura que terminaba en la barranca, extendíase hacia el sur sin interrupciones naturales. Bien pronto las fuerzas civilizadoras, que son irrespetuosas para con el *pasado*, cavaron la llanura y destruyeron parte de aquel recuerdo arqueológico. El ferrocarril cruzó por la costa del río, entre las barrancas; y la fortaleza, que era un obstáculo para su marcha, sufrió los golpes del progreso.



Quedaron en pie, medio tambaleantes, tres paredones, que con el borde de la barranca formaron como un baluarte cuadrangular. Los estudiantes del Colegio Nacional acudíamos allí, impulsados por bélicos recuerdos, á descabramos la frente. Algunos convirtieron el derruido baluarte en sitio de *rabona*. Los revolucionarios de 1893 intentaron, protegidos por la barranca, hacer fuego desde allí al acorazado *Independencia*. Pero va por ocho años que no existe ni rastro de las ruinas de la batería. La barranca que no consiguió desmoronar el tiempo, ha desaparecido invelada por el hombre. El puerto, el ferrocarril, un paseo municipal, substituirán á la barranca y á la fortaleza, y no recordarán mañana al pueblo del Rosario que aquel sitio es de gloria para los argentinos.

Porque aquellas ruinas eran las de la batería *Libertad*, donde sucedió un hecho inolvidable en la historia argentina. Belgrano la mandó construir, lo mismo que á la batería *Independencia*, situada en la isla, para impedir el paso á una flota española que debía dirigirse á la Bajada. Construyó las dos baterías un español de alma revolucionaria como Larrea: el ingeniero Monasterio, á quien Mitre ha llamado el Arquímedes de la Revolución.

El 27 de Febrero de 1812 fué día solemne para el pueblo argentino. Las tropas que guarneían el Rosario, formaron ese día sobre las barrancas, y vieron enarbolar á Belgrano en la batería *Libertad* una nueva bandera. Eran sus colores celeste y blanco, los mismos de la escarapela que Vieytes repartió á los patriotas el 25 de mayo de 1810.

Esta bandera, desconocida por el triunvirato, fué después el emblema de la patria. Belgrano obedeció las órdenes del gobierno, y recogió la bandera que flameaba sobre la batería *Libertad*. Volvió á desplegarla en las márgenes del río Pasaje, y allí la juró el ejército del Norte. Con ella venció en la batalla de Salta, y más tarde fué reconocida por el Congreso de Tucumán como *Bandera de las Provincias Unidas del Río de la Plata*.

Después que saludaron á la nueva bandera, los cañones de la batería *Libertad* callaron para siempre. Olvidó la historia el lugar donde había existido la pequeña fortaleza, y el tiempo y los hombres la fueron destruyendo poco á poco. Pero cuando un extraño pasaba por aquel sitio pretendiendo saber lo que eran aquellos murallones situados en lo alto de la barranca, le contestaba la tradición, por boca de algún antiguo vecino del lugar: "*Esas son las ruinas de la batería Libertad, donde Belgrano enarboló la bandera argentina*".

ENRIQUE DEL VALLE IBARLUCEA.

## ARGENTINOS ILUSTRES.

MORENO - RIVADAVIA - ECHEVERRÍA

Moreno, Rivadavia, Echeverría, tres hijos de Buenos Aires, han sido los maestros de todos los hombres que han influido en el movimiento político de nuestro país.

Moreno es, como se ha dicho tantas veces, el numen de la revolución. Todos están conformes

en que él le dió el rumbo que, á pesar de las diversas vicisitudes, ha conservado siempre. La encaminó á la democracia; la hizo radical; anunció la vida nueva. Y mala ó buena, según las épocas, la vida ha sido nueva después de 1810. Moreno es la revolución republicana.

Rivadavia, curado de sus veleidades de monarquista, entra en el pensamiento republicano, después de haber servido la causa de la independencia. Es unitario, pero es republicano. Representa la unidad nacional, la majestad de la nación, el anhelo de su progreso sin distinción de localidades, el honor de la república. La capital en Buenos Aires no era, en su concepto, el triunfo de una hegemonía local: era el centro nacional, el foco de luz para todos, alimentado por el fulgor de todas las inteligencias. Es el padre intelectual de Carril y Vélez Sársfield.

Echeverría crea la Asociación de Mayo. Representa su pensamiento y lo encamina por nuevas sendas. Toma de unitarios y federales lo que conviene.

Llama á la Asociación á Sarmiento, á Alberdi, á Berón de Astrada, á Marco Avellaneda. Es el padre intelectual de todos ellos. Sus discípulos escriben el *Facundo* y *Las Bases*, y uno de ellos llega á ser el primer presidente de la república, constituída al fin íntegramente en 1862.

#### RAWSON Y VÉLEZ SANSFIELD

Rawson ha creado la manera *rawsoniana*.

Era un maestro en la oratoria. La fluidez, la claridad, la flexibilidad, eran las dotes de su palabra. Rodeaba la cuestión, la mostraba en sus diversas conexiones, la circunscribía, la fijaba y la resolvía.

Rara vez se exaltaba y por eso rara vez, también, rompía las proporciones armoniosas de sus discursos. Tenía menos variedad que Vélez, en quien la elocuencia revestía formas inspiradas, y en cuyas oraciones se nota en pos del razonamiento jurídico, la ironía, el apóstrofe y á veces la alta y sonora elocuencia. Rawson era regular y menos imprevisto que Vélez Sársfield, y le superaba en la melodía seductora de su palabra que era verdaderamente encantadora. Pero ¿á qué hacer comparaciones? Feliz el país que puede ostentar al uno y al otro en sus anales parlamentarios.

P. GOYENA.

---

## EL CORREO DE LOS ANDES.

---

.....

Anduvimos en silencio como una media legua, penetramos después por una estrecha garganta, y subiendo sin cesar llegamos á una alta planicie en forma de meseta, circundada también de gigantescos montes, sobre cuyas reverberantes nieves jugueteaba ya el rubicundo Febo.

Verificada la ascensión, hicimos alto para descansar ante una especie de caseta fabricada con guijarros, cubil más propio de animales feroces que albergue de humanos seres, y que debía, no obstante, servir de amparo contra las inclemencias del invierno á los encargados de mantener la correspondencia entre la Argentina y Chile.

Una roca enorme, volteada allí por las sacudidas de algún terremoto, aparecía en la mitad del camino como colosal centinela. ¡Y caso par-

ticular! Sobre la superficie basáltica de aquella piedra se veía tallada groseramente una cruz, luego este nombre: "Pedro Miranda" y por último el consabido "R. I. P."

Mi guía al pasar por delante de la gigantesca roca suspendió el paso, se quitó respetuosamente el sombrero, dobló la rodilla y se puso á orar.

— Algo de extraordinario ha debido acontecer por este sitio, á juzgar por su religiosa actitud, díjele á Manuel apenas hubo terminado su plegaria.

— ¡Y tan extraordinario! — exclamó con acento misterioso!

-- ¿Sabes que estás picando mi curiosidad?

— ¡Ah!, señor! esta roca fué testigo de un acontecimiento portentoso y también del poder ilimitado de la mano de Dios.

— Ya te escucho, habla.

— Seré breve. En el año 1890 desempeñaba yo el oficio de conductor del correo en el largo espacio comprendido entre el Juncal (Chile) y las Cuevas (territorio argentino). Al llegar á este punto debía entregar mi balija al conductor de Mendoza y recibir en cambio la suya. Habíase convenido entre nosotros, previniendo probables complicaciones, que en el caso de no verificar el encuentro puntualmente en dicho paraje, proseguiríamos adelante la marcha sin demora, hasta tropezar con el compañero.

Y esto mismo tuve que hacer el día 4 de Mayo del año 1890, en vista de que el conductor mendocino, á pesar de haber transcurrido con creces el tiempo reglamentario, no acudía á la cita.

Tomé, pues, con resolución el camino del "Puente del Inca" hacia donde nos dirigimos ahora,

aunque en sentido contrario, y fácilmente se fué despertando en mi corazón el presentimiento de una desgracia.

La noche precedente había caído una regular nevada por las cumbres; el tiempo mostrábase bastante duro, y eran ya contadas las personas que se aventuraban á viajar por los Andes.

El trayecto que media entre "Las Cuevas" y el "Puente del Inca" lo recorrí en tres horas escasas, sin descubrir alma viviente por loma ni cañada.

¡No era posible ya la duda! A mi compañero le había ocurrido algún percance grave!

Pero...¿dónde?

¡Y vuelta á caminar! ¡Y vuelta á enredarme en un laberinto de conjeturas!

Dejo atrás el solitario caserío del "Inca" y cada vez con mayor ansiedad, sintiéndome como impulsado por una fuerza desconocida, corro hacia ese mismo lugar en que ahora nos hallamos, y llego aquí providencialmente, para presenciar la escena más extraña y conmovedora que vieron los nacidos.

Al pie de esta misma roca yacía un hombre, punto menos que agonizante, con la cabeza ensangrentada y oprimiendo convulsivamente entre sus brazos una abultada balija, la balija sin duda del correo argentino. Pero aquel solitario moribundo no se le parecía en nada al conductor de Mendoza. Era de complexión mucho más robusta y le doblaba seguramente la edad.

Una sospecha terrible me asalta: ¿Habríase comprometido aquel hombre á reemplazar á mi compañero, inutilizado por repentina enfermedad?

¿Sería tal vez un asesino?

Poco vamos á tardar en saberlo.

Apenas pudo el misterioso herido darse cuenta cabal de mi llegada, se incorporó trabajosamente, y luego me dijo con pausado acento:

— No esperes al conductor de Mendoza... porque hace tres horas lo asesiné en el camino de "Las Vacas" para robarle los 6.000 pesos... que encerraba esta maldita valija... cuya cantidad en billetes guardo en la bolsa de mi tirador (cinturón).

— ¡Muerto! grité con espanto.

— Sí, ¡muerto! ¡muerto!... pero embriagado por los vapores de la sangre... habíanle propuesto realizar una doble hazaña... matándote á ti también...; y para conseguirlo traté de apostarme cautelosamente oculto por esta peña...; más Dios llenó las cosas de bien diverso modo..., lanzando sobre mi la cólera divina... sin darme tiempo de llevar á cabo mi segundo crimen.

Un cóndor, un gigante cóndor... que se hallaba posado en la cima de esta roca en el instante de acercarme yo á ella, tiende su rápido vuelo, acompañado de siniestros graznidos; abre las férreas garras, y con maravilloso acierto...deja caer á plomo sobre mi cabeza la misma valija robada á mi víctima en el camino de "Las Vacas", valija que había arrojado yo al fondo de un precipicio... después de haber extraído de ella los 6.000 pesos.. ¡Aquí la tienes!... ¿No la reconoces?... ¡Mírala bien!... (Y me mostraba con espanto la fatal cartera) ¿Se habrá visto jamás cosa semejante?... El buitre de los Andes convertido en ejecutor de las sentencias del cielo... ¿No parece un cuento de brujas? Y sin embargo, nada más verdadero...; por suerte tuya y por desgracia mía!

Desde ese momento comienzan á debilitarse las palabras del asesino ante el estertor de la agonía; sus ojos se van empañando con el vidrio de la muerte; hilos de negra sangre fluyen de sus oídos, y su cabeza se inclina pesadamente sobre el enronquecido pecho.

¡Perdón!... ¡Perdón! murmura haciendo un supremo esfuerzo. ¡Ten caridad, por la Virgen Santa!... ¡Defiende mi cadáver del festín de esos diabólicos cóndores... que han sido la causa de mi perdición... y que ahora seguramente estarán en acecho... esperando que caiga... para bajar á devorarme... ¡Líbrame de ellos!... Abreme cristiana sepultura?...

¡Y que Dios te lo pague... y á mí... piadoso... me perdone!

¡Y en seguida expiró!

— ¡Y lo enterraste aquí! ¿No es verdad Manuel? Así al menos lo indican esa cruz y ese nombre grabados quizás por tí en la roca, añadí yo.

— Sí, señor, aquí lo enterré, y para ello pres-tome su ayuda la policía de "Punta de Rieles", pues sabedora del bárbaro crimen, venía apresuradamente en busca del criminal, dirigida por un hábil *rastreador*.

— ¿Y qué fué del correo mendocino?

— ¡Hizo Dios un milagro! Curó de sus gravísimas heridas, pero quedó inútil para el servicio activo de los Andes.

— ¿Y vive todavía?

— ¡Vive! El intendente de Buenos Aires, movido á compasión, le proporcionó un destino de guarda en los jardines de Palermo, y allí se encuentra en la actualidad al frente del departamento de Ornitología, para regocijo de las aves



en general y en particular de los cóndores, árabes, ámbrosos y reyes de la gran cordillera.

Calló Manuel, callamos todos, se acabó la historia y proseguimos nuestro viaje.

MARCOS ZAPATA.

---

## LA TUCUMANESA.

(EPISODIO DE LA RECONQUISTA)

Entre el número infinito de acciones heroicas y generosas que abrillantan las cruentas luchas por la independencia, difícil es elegir episodio más resaltante que el que consagró heroína á Manuela la tucumanesa.

Las invasiones de 1806 y 1807 desarrollaron en las mujeres porteñas el germen de esta virtud.

Ya el Deán Funes en su "Ensayo Histórico sobre Buenos Aires" consigna que hubo mujer cuyo postrer adiós fué decir á su marido: "No creo te muestres cobarde, pero si por desgracia huyes, busca otra casa donde te reciban." ¡Cuanta grandeza de alma, cuánta abnegación y patriotismo en estas sencillas palabras, que ponen de manifiesto el temple viril de las mujeres de aquella época!

Los mismos ingleses testigos oculares de hechos prodigiosos durante los días 10, 11 y 12 de agosto de 1806, en que fué reconquistada esta Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Buenos Aires, ocasión tuvieron de conocer, y han confesado, que no es fácil exceder la bravura, el denuedo, y con el vencido, la generosa hospitalidad de las porteñas.

Estas, durante cuarenta y ocho horas de combate sostenido, hicieron tan intrépida resistencia, que los aguerridos soldados de Berresford infinitamente superiores en número y disciplina á nuestros criollos, se vieron obligados á capitular dentro del mismo fuerte. Por ventanas, balcones y azoteas, arrojaban piedras, agua hirviendo, ladrillos de adobe y cuanto objeto ó mueble pudiera causar avería al enemigo. Y cuando ya no tuvieron que tirar, no satisfechas aún con exhortar á los hombres á sucumbir, antes que rendirse, precipitáronse en medio de la refriega sin más armas que su arrojo.

En lo más enconado del combate, cuando cerca de quinientos, entre muertos, heridos y moribundos por las calles de esta ciudad, atestiguaban el encarnizamiento de la lucha, una oscura mujer del pueblo, vestida de paisano, se lanza á la brega por entre granizada de proyectiles, y percibiendo al través de la densa neblina, obscurecida por el humo, á su marido, que se bate denodadamente á la cabeza de un pelotón de Patricios, corre á su lado arengando á la tropa con admirable entusiasmo.

“¡Valor y avancen, que ya aflojan los ingleses!” — grita esta heroica defensora, que no era otra que doña Manuela Pedraza, alias *la Tucumanesa*. — “¡Otro esfuerzo, que la victoria es nuestra!”

¡Y así era en efecto!

Momentos después, entre el clamoreo incesante de ¡*Avancen!* ¡*Avancen!* repetido por los defensores de la plaza, — entre los que no pocos chicuelos, descalzos y embarrados, acarreaban municiones en sus raídos ponchitos, — un grito

indescriptible, un rugido salvaje escápase del pecho de la Pedraza, al ver caer atravesado de un balazo al bravo compañero de su vida.

Loca de dolor, arrasados en lágrimas los ojos se arroja de un salto sobre el cuerpo inanimado de su infeliz marido, y después de imprimir sobre la frente pálida un beso cariñoso y prolongado, cual postrer ofrenda de su ternura, le arranca el fusil de las yertas manos, aun cargado, y clamando á gritos “¡venganza!”, lo dispara sobre el matador de aquél, que cae como fulminado, por la certera bala de la *Tucumanesa*.

Un alarido de triunfo resuena entonces: la esforzada mujer ya se ha vengado. Pero no está satisfecha aún. Febril, enceguecida, con temerario arrojo, que el éxito de su acción agiganta, se precipita sobre el rifle caído de manos del inglés que acaba de matar, y alzándolo, corre al fuerte á presentarlo á Liniers como trofeo de guerra. El general por su heroicidad la recompensa con el grado de alférez y goce de sueldo, recomendándola luego en el parte á la metrópoli, con estas lacónicas palabras:

“No debe omitirse el nombre de la mujer de un Cabo de Asamblea, llamada Manuela la *Tucumanesa* (por la tierra de su nacimiento), que combatiendo al lado de su marido, con sublime entereza, mató un soldado inglés, del que me presentó un fusil.”

Indudablemente, la hazaña de esta heroica mujer merece pasar á la posteridad, como el de la primera heroína americana en el siglo XIX.

ELVIRA R. DE BATTOLLA.

**JOSÉ RIVERA INDARTE.**

(RECORTES)

“Rivera Indarte era de mediana estatura, más bien grueso que delgado, y al parecer fuertemente constituido: tenía confianza en una existencia prolongada y fiaba mucho en el porvenir. Tenía frente ancha y abultada en el centro, los ojos pequeños y claros, el cabello rubio y escaso, el rostro regular y abultado, el color pálido y desprendido como las personas de temperamento linfático. Gustaba del reposo: la idea que más le halagaba era la de llegar un día á gozar de los placeres domésticos. Era fiel y agradecido, pero no olvidaba fácilmente las ofensas.

“Sensible á la gloria y muy pagado de que dijese bien de sus escritos, era al mismo tiempo modesto y dócil á los consejos de la crítica. Casi todas sus poesías las leía á D. F. Varela, porque, según él mismo, las juzgaba severamente. Ninguno de nuestros amigos que hacen versos nos dieron pruebas más claras que él de sus buenas intenciones en materia de amor propio literario. Jamás se quejó de los jueces que juzgaron desfavorablemente sus obras: tenía el sentimiento de sus fuerzas y contaba con que el trabajo y el estudio pacientes le ayudarían á producir cosas dignas de sobrevivirle.

“Economizaba mucho su tiempo y el fruto escaso de sus trabajos. Vestía con desaliño, aunque á veces reflexionaba sobre las ventajas que dan en la sociedad la elegancia del traje, la facilidad de las maneras y la espontaneidad en la locución, dotes de que él carecía.

“Escribía en prosa sin más demora que la precisa para la labor material de la escritura, confusa pero muy suelta. Escribía en medios pliegos de papel en forma de tiras, y sus horas de trabajo serio eran de las 10 de la noche hasta la madrugada. Dejaba su cama para almorzar, y el día lo empleaba para curiosear: en oír novedades, en pasear las oficinas, en visitar á todos los hombres que pudieran contribuir con algo á la redacción de su diario.

“Fué audaz, y no faltan timoratos allí donde él esgrimió la pluma. Tuvo mérito, y á veces es éste el calor que hace brotar la envidia. Dió golpes certeros, de esos que arrancan sangre, en el corazón de muchos malos poderosos, que pagan bien á los que mienten en su provecho. Sostuvo ideas, que por nuevas, adelantadas y generosas, ciegan y perturban las pupilas de algunos ojos todavía tiernos aunque no pertenezcan á niños por la edad.

“Su vida fué una lucha, y hay muchos vencidos por él en el palenque. Fué pobre huérfano, desvalido, y le acompañó la injusticia en más de la mitad de su camino; aunque á veces hizo á ella su mejor lazarillo.

“Fué hombre político, cuanto cabe serlo al que no tiene más tribuna que las columnas de su diario, ni otra cartera ministerial que sus panfletos. Por consiguiente, y para reducir nuestra idea á una sola palabra, habrá de decirse de sus escritos como del libro del *Príncipe*, muchísimo en bien, muchísimo en mal.”

La desgracia persiguió á Rivera Indarte hasta la muerte. A los veinte años de edad fué encerrado en las cárceles de la tiranía, saliendo de ellas

para ir lejos de la patria á terminar sus días en la miseria.

---

## LA INDUSTRIA.

---

Las condiciones naturales ejercen sobre el hombre, sobre sus costumbres y su industria, sobre su civilización, en fin, y sobre la continuación práctica de los pueblos, una influencia grandísima que explica en parte sus diferencias, que se notan bajo todos aspectos,

El hombre, en efecto, ha de encontrar en todas partes el *alimento*, el *vestido*, la *morada*; pero estas necesidades de la vida no son igualmente imperiosas en todos los parajes; los medios de satisfacerlas no son los mismos en los países cálidos que en los fríos, á la orilla del mar que en el interior de los continentes, en medio de las llanuras fértiles que en lo alto de las montañas. De aquí que el género de vida de los habitantes, sus ocupaciones, sus industrias, sus costumbres, en fin, varían según el medio en que habitan.

Así, pues, no puede un pueblo hacerse *agricultor* ni fijarse en un país formando grandes masas de población, sino donde el suelo sea bastante fértil para alimentarlo. Sin esto se quedará *nómada* como las tribus del Sahara ó de la meseta central del Asia, obligadas á errar de estepa en estepa y á abandonar su pastoreo temporal cuando la seca ó la helada destruyan la yerba necesaria ó sus ganados.

Ni, por lo mismo, será esencialmente *industrial*, *minero*, *metalurgo*, *manufacturero*, sin que el

país provea en abundancia, ya para la explotación directa, ya para la importación de los metales y primeras materias para el ejercicio de su industria especial.

Un pueblo navegante y comercial debe, antes que nada, su vocación, á las disposiciones favorables del mar ó de los ríos sobre cuyas orillas se establece.

La naturaleza lleva su acción hasta obrar sobre los caracteres físicos, sobre las cualidades morales ó intelectuales, sobre el temperamento — guerrero ó pacífico — de las naciones. La Historia tiene que preguntar muchas veces á la Geografía la causa de muchos hechos que sólo ella explica: como las emigraciones, las conquistas, la prosperidad material, la debilidad ó poderío de los Estados; porque, si es cierto que “el suelo es para la nación que lo habita lo que el cuerpo es para el espíritu que lo anima” los conocimientos geológicos y geográficos de un país son la primera base para su historia.

M. PLATEAU.

---

## DE QUE PROVIENE LA LLUVIA.

---

Poniendo sobre un brasero una vasija llena de agua en un cuarto bien cerrado, muy luego puede observarse que se eleva un vapor ceniciento de la superficie del líquido. Si hierva el agua, el vapor es más denso, hasta que todo el cuarto se llena; y si se continúa manteniendo el fuego, todo el líquido contenido en la vasija se eleva en vapor, que toca á las paredes, á las piedras,

al hierro de las cerraduras y á los cristales de las ventanas, cuerpos que le enfrían.

Ahora bien, este enfriamiento debe producir un efecto contrario al que había causado el calor; así como el calor había cambiado el agua en vapor así el frío cambia el vapor en agua. Al instante se advierte en los cristales, que se obscurecen; luego se forman en ellos unas gotitas que se reúnen y acaban por correr como arroyitos á lo largo de las vidrieras. Si se pudiera recoger toda el agua que ha producido el vapor, se encontraría una cantidad igual á la que se puso encima del brasero.

Tal es la imagen en pequeño de lo que pasa en la atmósfera y en la tierra. El agua sobre la lumbre es el Océano calentado por el sol, el vapor figura las nubes y el agua que corre por las vidrieras, son los arroyos y los ríos.

Cuando estudiéis Geografía sabréis que la cumbre de las altas montañas se halla cubierta de nieves eternas, porque la frialdad de la temperatura corresponde siempre á la elevación. El Monte Blanco, que es la cumbre más alta de Europa (4810 metros sobre el nivel del mar), tiene su cúspide blanca de nieve hasta en el verano, y de aquí su nombre. A la falda de esta montaña hace un calor sofocante; pero á medida que se va subiendo, el calor disminuye y se llega á una región en donde ya no hay árboles, donde la naturaleza está muerta y donde hace siglos se hallan acumulados mares de hielo y enormes masas de nieve.

El calor del sol reduce á vapor las aguas del mar, vapor que se eleva en los aires y llega presto á una altura que hace frío; aquí los vapores



comienzan á enfriarse, luego se aglomeran y por fin presentan esas grandes y hermosas masas que toman tantas formas y que llamamos nubes.

Barridas por el viento las nubes se enfrían enteramente, se cambian en agua y caen en lluvia. Las que se corren á lo alto de las montañas se deshacen en nieve y forman ventisqueros. Esas nieves eternas y esas lluvias producen los manantiales, y alimentan los arroyos y los ríos que llevan al mar las aguas que de él salieron. Finalmente, en el mar se reducen otra vez á vapor, para repetir el mismo viaje, sin que se concluya ese admirable fenómeno, en tanto que el sol y la tierra conserven el estado que hoy tienen.

---

## LA INDUSTRIA DE LA SEDA.

---

La historia de la industria de la seda es muy curiosa.

Según Quatrefages, una princesa de la dinastía china de los Han, que estaba prometida á un rey de Rothán, supo con espanto que en el país de su futuro esposo no había moreras ni gusanos de seda; y el disgusto que eso le causaba era tan grande que no obstante castigarse en China con la muerte la comunicación al extranjero del secreto de la producción y elaboración de la seda, resolvió exponer su libertad y su vida antes que resignarse á vivir en un país donde no fuera posible procurarse los preciosos tejidos.

De modo que, al marcharse de China para reunirse con su esposo, ocultó en su gorra algunos

granos ó huevos, que llegaron á buen puerto, pues nadie se atrevió á violar el tocado de un miembro de la familia imperial.

Desde entonces se ha ido extendiendo la mencionada industria, hasta constituir hoy uno de los ramos de producción más importante en ciertos países europeos.

No habrá quien no sepa que la seda es producida por una oruga llamada *gusano de seda*. La mariposa de esta oruga es nocturna. El macho tiene unos 25 milímetros de largo, y 42 la hembra. Esta pone por término medio 500 huevos que reciben el nombre de *semilla de gusano de seda*.

Desde la más remota antigüedad han sabido los chinos y los japoneses sacar partido de los capullos de ese gusano, fabricando con su hilo los tejidos de seda.

En ciertas regiones muy cálidas de Asia pueden los bombyx ser creados en los árboles, libremente, pero en los climas variables se precisa encerrarlos en habitaciones donde pueda mantenerse una elevada temperatura.

La larva ú oruga del gusano presenta á cada lado del vientre unas glándulas cuyos orificios van á parar á un órgano llamado *hílera*, situado cerca de la boca, de la cual salen dos hilos extremadamente finos.

En el momento en que la oruga va á transformarse en crisálida, se teje á sí misma una envoltura sedosa en que se encierra, y luego permanece durante cierto tiempo sin moverse. Al cabo de unos quince días la crisálida se convierte en mariposa, que rompe el capullo y se lanza al aire. Si se quiere utilizar el capullo habrá que matar la crisálida antes que pueda romperlo.

Los huevos del gusano de seda, que han sido puestos por las mariposas, se colocan en una caja caldeada llamada estufa, y allí permanecen sin abrirse, una docena de días. Cuando se acerca la época de la salida se cubren los huevos con papeles blancos agujereados, los gusanitos pasan por esos agujeros y se trepan á las hojas de morena que se les tienen preparadas.

Al principio se alimentan con hojas muy tiernas ó machacadas como una pasta. El apetito de las orugas va aumentando hasta el día vigésimo octavo, salvo durante las cuatro mudas que experimentan; entonces tratan de *subir*, esto es, de colocarse á lo largo de unas varitas ó ramas de brezo ó de retama que se disponen entre los cañizos de la gusanera.

Entonces tejen las larvas sus capullos. Obtenido que sea gran número de éstos, se separan algunos con el objeto de dejarlos desarrollarse completamente, para obtener mariposas para la reproducción de una nueva cosecha. Los restantes se escaldan para matar la larva, pues si ésta llega á agujerearlos no podrán utilizarse y el producto se habrá perdido.

La industria de la seda se llama *sericicultura*.

---

## EL GRILLO.

---

El grillo es más viejo que las inscripciones de las pagodas indostánicas, que los ladrillos cuneiformes de Babilonia, que las apergaminadas momias de Egipto.

El grillo es contemporáneo de la selva carbonífera. En medio de aquella vegetación mo-

nótona, en la glacial obscuridad del mundo primitivo, el grillo, rey y señor del planeta, cantó mucho tiempo, tal vez algunos siglos, oculto en los rumorosos follajes.

De este modo se acostumbró á la sombra, á encariñarse con las tinieblas, á vivir en la dilatada noche que envolvió al mundo naciente, aun no purificado de los miasmas del caos.

El, desde el fondo de los temerosos bosques, vió las primeras bandadas de enormes cocodrilos, abriendo las jetas sobre los pantanosos ribazos, que limitaban los terribles mares de entonces.

El vió á los colosos de las olas, á los ictiosauros y plesiosauros, aborto de un génesis delirante, devorarse á terribles dentelladas en la cima de una montaña líquida, rechinando las mandíbulas de hierro, retorciendo sus metálicos anillos de dragón y azotando con la cola el hervor oceánico.

El, debajo de una hoja, en el hueco de la corteza de un árbol, escondido entre los guijarros, oyó el rumor de los pasos de los rebaños de monstruos, de los colosales cuadrúpedos; escuchó los resoplidos de sus elásticas trompas alargándose entre las yerbas y sintió que desgajaban á su alrededor, arrancadas de cuajo por sus hocicos formidables, las corpulentas ramas de los grandes árboles.

El asistió á la edad de piedra y conoció al velludo oso de las cavernas, y al reno, que lleva sobre el testuz un bosque de cuernos.

Cuando vino el reino de la luz, cuando el sol brilló alegremente sobre las sombrías cordilleras, el grillo se puso triste, sintió la nostalgia de la obscuridad y colgó su violin entre las hojas, que

empezaban á colorearse de un verde brillante.

Así se explica su silencio durante el día; su indiferencia por todo lo que está bañado de fulgores; su desprecio por la flora del mundo contemporáneo.

.....

JUAN R. MOLINA.

---

### MAXIMAS MERCANTILES.

---

Todo comerciante está obligado á engrandecer su nombre con la integridad y la buena fe.

Nada prolonga la vida ni aumenta la hacienda tanto como la costumbre de acostarse y levantarse temprano.

El que atiende á sus quehaceres por cariño y no por obligación, sacará siempre buen fruto de ellos.

El más tardo en hacer promesas, es el más fiel en el cumplimiento de ellas y vice-versa.

El trabajo no es el castigo del hombre, sino su premio, su placer y su gloria.

El que atiende al bien de sus parroquianos, atiende al suyo propio.

La experiencia ajena sirve para modificar las opiniones propias.

La urbanidad es el capital más barato y el que mayores dividendos paga.

El entusiasmo es la base del éxito; pero hay que cultivarlo, pues que no se puede comprar.

Los artículos de una misma clase deben comprarse en una misma casa.

La calidad de un artículo se recuerda por mucho tiempo más que el precio que por él se paga.

El que deja un negocio bueno en busca de otro mejor, hace mal cambio.

Haz á un hombre cien favores; niégale uno, y verás tú en él un enemigo.

El camino que conduce á la riqueza es el de la industria y el de la frugalidad.

Compra lo que necesites y nada más.

Existencias acumuladas son dinero perdido.

La actividad es el mejor socio del capital.

La prontitud, y sobre todo, en los pagos, es la fuerza vital de los negocios.

Si pides consejo y te lo dan, no lo olvides ni lo dejes perderse.

Nunca gastes dinero que no hayas ganado todavía.

El que está contento está rico.

No olvides que tus dependientes son gentes como tú, y que, según les vaya en tu casa, así te irá á tí con ellos.

---

## LA HORA DE LA PRUEBA.

---

El ejército independiente de argentinos y chilenos había sido atacado y deshecho por los españoles en la proximidad de la ciudad de Talca, la noche del 19 de Marzo de 1818.

Lleva en la historia esta sorpresa, el triste nombre de *Cancha Rayada*.

Cancha-Rayada es una página luctuosa de la revolución, el negro fondo sobre cuyas tintas se destacaron más tarde los resplandores gloriosos de Maipo.

La luz limpió la sombra, como la victoria hizo olvidar el desastre.

Después de luchar con bravura y perder quinientos soldados, la artillería y bagajes, el ejército de la patria huyó disperso y en derrota. Únicamente el general Las Heras pudo salvar la división de su mando que ocupaba la derecha.

San Martín envuelto en el desorden era arrastrado lejos del campo, y obligado á seguir la línea caprichosa que le trazaba la incertidumbre de su situación.

Marchaba seguido de dos ayudantes y el trompa de órdenes, tétrico, sombrío, pero enhiesto sobre su caballo de pelea, como un jinete de bronce.

Sus botas cubiertas de polvo, se apretaban recias sobre los anchos estribos de su montura.

La musculatura del bruto fatigado se contraía por la acción regular casi automática de un trote de muchas horas.

Cuando los dispersos, que en la sombra no se conocían, pudieron distinguir al general, y los más próximos avisaron á los más distantes cual era el rumbo que llevaba, una especie de atracción magnética hizo converger hacia su persona aquella desordenada falange.

San Martín, frío, sin acción sobre su caballo, marchaba por la huella carretera, y así llegó hasta la hacienda de Quechereguas, en cuyo extenso patio existía una cancha de bochas. Todo dormía en aquel edificio: era la hora del amanecer, y las primeras claridades de la aurora bañaban los campos.

El caballo sin ser aguijoneado por la espuela salvó el débil repecho de un madero que cerraba la entrada de la cancha, y allí se detuvo. San Martín desmontó, y sin mirar á ningún lado, sin

decir una palabra, caminó unos ocho ó diez pasos, se detuvo y arqueando rápidamente sus piernas, se echó de bruces contra el suelo, y cruzando los brazos reposó en ellos su cabeza.

¡Qué tormentos no sentiría rugir en su cerebro aquel hombre agobiado por tan inmenso desplome!

Allí estaba el cóndor tendido y desfalleciente, invocando al genio de la América esclavizada para que le iluminase en la hora suprema.

Caído, sin ejército, solitario, se veía allí donde dos días antes circulaban en torno de su tienda nueve mil combatientes intrépidos, con los que tenía segura la victoria.

¿Qué pensaba aquel nuevo Anteo postrado sobre la madre fecunda, que debía vigorizar el temple de su espíritu?

¿Qué pensaba el héroe?

Pensaba en su patria cuya bandera veía enlutada; pensaba en Chile, cuya independencia zozobraba á sus espaldas; pensaba en el Perú cuya libertad había jurado sobre su espada.

Triste, meditabundo, con las armas rotas, el paladín soberbio se debatía en la hora amarga de la prueba; quebrantado, impotente, sin hombres, sin cañones, sin oro; sin opinión acaso, porque la opinión es la compañera inseparable del éxito, y á él le seguiría sólo la burla y el sarcasmo de la suerte.

En esa actitud permaneció algunos minutos, sin hacer el más leve movimiento. Los ayudantes sin desmontar de sus caballos velaban su aparente sueño, mientras que el guerrero impassible y mudo, discutía el problema de su destino.



Entretanto, la gente dispersa empezaba á reunirse en torno de aquella cancha de bochas, donde con la rigidez de la muerte se veía tendido al general en jefe.

De repente, el sol, dominando majestuosamente la cumbre de los Andes, vertió sus resplandores oblicuos sobre la tierra de Chile, y un rayo de luz hirió como una flecha de fuego la negra y empolvada cabeza del soldado.

A su contacto, San Martín alzó la frente, y ágil, rápido como un atleta se puso de pie.

*Aquella ingrata noche había pasado.*

Sobre la manga de su traje se veía una mancha lustrosa que parecía reciente. Era la lágrima de fuego con que el hombre pagaba su tributo de flaqueza al infortunio.

Miró á todos lados, y á todos lados vió á sus compañeros sombríos, opacos, taciturnos, como si sobre todas aquellas cabezas hubiera escrito un cartel de ignominia. El polvo de la derrota era arena calcinada por el oprobio, y les quemaba la faz.

Comprendió que un rugido de fiera estaba contenido en cada uno de aquellos pechos varoniles. Que todos en silencio le demandaban venganza.

En estos momentos un jinete rompiendo aquella masa de hombres á caballo y á pie, con armas unos y desarmados otros, muchos estropeados, se precipita hacia el general y le entrega una tira de papel. Era un alférez de granaderos á caballo.

— Capitán, le dijo San Martín, mirando la gorra del jinete, ¿es cierto que el general Las Heras ha librado toda su división y los cañones de Chile?

— Es cierto, señor general.

— Bien, capitán, póngase al frente de esos grupos y diríjalos hacia Rancagua. ¡Chile se ha salvado!

Montó en su caballo, llamó á sus ayudantes, y dando orden al trompa que le acompañaba de obedecer al joven capitán, se puso en marcha otra vez, adusto, impasible, sin hablar una sola palabra hasta encontrarse con el bravo Las Heras, que en esa noche había sido la providencia de la patria. Allí le esperaba con la base de un nuevo ejército.

Maipo fué la revancha gloriosa de aquella sorpresa.

Las armas españolas que representaban la tiranía y las tinieblas feudales, vencieron en las sombras. El ejército de la patria que simboliza la libertad, fué acariciado por la victoria á la luz espléndida del día.

El guerrero caído en Talca por la sorpresa, fundió en Maipo, con el bronce de los cañones del rey, la columna indestructible de su gloria.

MARIANO A. PELLIZA.

---

## PENA DE MUERTE.

---

Casualmente la víspera — empezó á contar el sargento de guardias civiles, apurado el vaso de fresco vino y limpios los bigotes con la doblada servilleta — había yo caído en la tentación ¡cosas de chiquillos! de apropiarme unas manzanas muy gordas, muy olorosas, que no eran más sino del señorito; como que habían madurado en su huer-

to. Les metí el diente; estaban tan en sazón, que me supieron á gloria y quedé animado á seguir cogiendo con disimulo toda fruta que me gustase, aunque procediese del cercado ajeno.

Cuando el señorito me llamó al otro día, sentí un escozor. “Van á salir á relucir las manzanas, pensé para mí; pero pronto me convencía que no se trataba de eso. El señorito me entregó su escopeta de dos cañones, y me dijo bondadosamente: “Llévala con cuidado. Mira que está cargada. Si te pesa mucho, alternaremos”. Le aseguré que podía muy bien con el arma, y echamos á andar camino de las heredades. En la más grande, que tenía recientitos los surcos del arado (porque esto sucedía en Noviembre, tiempo de siembra del trigo), se paró el señorito y yo también. El levantó la cabeza y se puso á registrar el cielo.

— ¿No ves allí á esa bribona? me preguntó.

— ¿A quién?

— A la garduña.

— Señorito, no. Son cuervos; hay un bando de ellos.

Con efecto, á poca altura pasaban graznando cientos de negros pajarracos, muy alegres y provocativos porque veían el trigo esparcido en los surcos y sabían que para ellos iba á ser más de la mitad. (¡ Pobres labradores!) El señorito me pegó un pescozón de broma y me dijo:

— Más arriba, tonto, más arriba.

Allá en la misma cresta de las nubes se cernía, un puntito obscuro, y reconocí al ave de rapiña, quieta, con la alas estiradas. Poco á poco, sin torcer ni miaja el vuelo, la garduña fué bajando y empezó á girar no muy lejos de donde nos encontrábamos nosotros.

— Dame la escopeta — ordenó el señorito. Obedecí, y él se preparó á disparar; sólo que la tunanta de golpe, como si adivinara se desvió de la heredad aquella y cortando el aire lo mismo que un cuchillo, cáatala perdida de vista en menos que se dice.

— Nos ha oído la maldita — exclamó el señorito incomodado. — El jueves, que no traía yo escopeta estuvo más de una hora burlándose de mí. Sólo le faltó venir á comer á mi mano. Fija á diez pasos, muy baja, haciendo la plancha y clavandó el ojo en un sapito que arrastraba la barriga por el surco, hasta que se dejó caer como un rayo, trincó al sapo entre las uñas y se lo llevó á lo alto de aquel pino que se ve allí ¡Buena cuenta habré dado del sapo! Y hoy, en cambio, ¡busca! Nos va á embromar la condenada... ¡Calla, que vuelve!

Volvía, y tanto volvía, que se plantó lo mismo que la primera vez, á plomo sobre nosotros. Sin duda le tenía querencia al sitio, y en la heredad aquella encontraba la mesa puesta siempre. El señorito tuvo tiempo de apuntar con toda calma mientras la garduña abanicaba con las alas despacito, avizorando lo que intentaba atrapar. Por fin, cuando le pareció la ocasión buena, el señorito largó el tiro... ¡Pruum! A mí me brincaba el corazón, y al ver que el pájaro *hacía la torre*, dando sus tres vueltas en redondo y abatiéndose al suelo lo mismo que una piedra, pegué un chillido y por nada me caigo también.

— ¿Qué haces pasmón, que no portas? me gritó el señorito.

Eché á correr, porque ya usted ve que no podía desobedecerlo, pero me temblaban las piernas y se me desvanecía la vista. ¿Sabe usted por que?

Por la conciencia negra: porque se me venían á la memoria las manzanas, y me escarabajaba allá dentro el miedo al castigo.

Recogí la garduña, y al levantarla me acuerdo que me espanté de reparar que estaba ya fría por las patas y el pico. Era un animal soberbio; medía tres cuartas de punta á punta de las alas; la pluma, canela claro con unos toques castaños primorosos; el pico amarillito, y las uñas, retorcidas y fuertes, que parecía que aun arañaban al tiempo de agarrarlas yo. Le miré los ojos, porque sabía que estos bichos tienen una vista atroz, finísima, como la luz. Los ojos estaban consumidos, deshechos, y alrededor se notaba una humedad... á modo como si el animalito soltase lágrimas...

— Venga aquí esa descarada ladrona — ordenó el señorito. — La vamos á clavar por las alas para ejemplo. ¿Qué es eso, rapaz? Se me figura que te da lástima la pícara.

Me eché á llorar como un tonto. Usted dirá que no es creíble. Pues nada, me eché á llorar; pero no por la muerte de la garduña, sino porque me miraba en aquel espejo, y creía que también iban á pegarme á mí un tiro con perdigones, y que me espantarraría en el sembrado, con el hocico frío y los ojos vidriados y derretidos casi. Veía á mi madre llegar, dando alaridos, á recogerme, y á mis hermanas que, al descubrir mi cuerpo, se arrancaban el pelo á tirones, pidiendo por Dios que al menos no me clavasen en un palo para escarmiento de los que roban manzanas. ¡Ay, clavar me no! ¡Sería una vergüenza tan grande para mi familia y hasta para la parroquia!

Admirado el señorito de mi aflicción, y creyendo que la causaba el triste fin del avechicho,

me pasó la mano por el carrillo y me dijo riéndose:

— ¡Vaya un inocente! ¡Tanto sentimiento por la raída de la garduña! ¿Tú no sabes que es un bicho ruin, que se merienda á las palomas? ¿No viste las plumas de las que se zampó el domingo? De los ladrones no hay que tener compasión.

En vez de quitarme el susto, estas palabras me lo redoblaron, y sin saber lo que hacía ni lo que decía, me eché de rodillas y confesé todo mi delito; creo que si no lo hago así, en seguida reventó de angustia. El señorito me oyó, se puso serio, me levantó, me colocó en las manos la escopeta otra vez, y dejando el ave muerta sobre el vallado, me dijo esto (juraría que lo estoy escuchando aún):

— Para que no te olvides de que por el robo se va al asesinato y por el asesinato al garrote... anda, aprieta ese gatillo... y pégale la segunda perdigonada á la garduña. ¡Sin miedo!

Cerré los ojos, moví el dedo, vacié el segundo cañón de la escopeta... y caí redondo, pataleando, con un ataque á los nervios, que dicen que daba pena mirarme.

Estuve malo algún tiempo; el señorito me pagó médico y medicinas; sané, y cuando fuí mozo y acabé de servir al rey, entré en la guardia civil.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## PARTE SEGUNDA

---

### OMNIPOTENCIA Y PROVIDENCIA DE DIOS.

---

¿Quién á la nube que ondea  
Con visos de rosas inflama?  
¿Quién da al Sol la eterna llama  
Con que la Tierra caldea?

¿Quién de los montes desata  
La densa y pesada bruma,  
Y con vellones de espuma  
Destrenza arroyos de plata?

¿Quién, con alta potestad  
Y con vigor soberano,  
Ya remueve el Océano,  
Ya empuja la tempestad?

¿Quién, en fin, da movimiento  
A cuanto en el mundo cabe,  
Y anima la flor y el ave,  
El fuego, la mar y el viento?

Dios, cuyo inmenso poder  
En todas partes se ostenta,  
Y á cuyo soplo fermenta  
El germen de todo sér.

ANTONIO HURTADO.

---

**Á MI PATRIA.**

¡Oh cuna de mi infancia, patria mía,  
Lumbrera del gran pueblo Americano!  
Deja que admire con placer el alma  
La espléndida belleza de tus llanos.

Deja que admire tu sereno cielo  
De bellos luminares tachonado.  
Y que aspire tus brisas perfumadas  
Con el aroma del jazmin y el nardo.

Y que en las horas del silencio escuche  
Del payador el melodioso canto,  
Tan lleno de tristeza y de recuerdos,  
Henchido de cariño y entusiasmo.

Permite que contemple esta llanura  
Inmensa como el antro del espacio,  
Donde destella inspiración y fuego  
El alma del poeta americano

Deja que vea en tempestuosa noche  
Al indeciso vislumbrar del rayo,  
Al hijo de la pampa á la carrera  
Montado en su corcel cruzando el llano

¿Quién no anhela vivir bajo tu cielo?  
¿Quién no desea contemplar tus astros?  
Suelo de amor, de libertad, de gloria,  
Cuna de San Martín y de Belgrano

¡Oh! tú tienes hermosa patria mía  
Tantos destellos de divino encanto  
Bellezas tan sublimes cual no tiene  
La Europa con sus bosques y sus prados



Por eso el alma mía con orgullo  
Te expresa ¡oh madre! su entusiasmo patrio  
Enviándote un saludo cariñoso  
En las humildes alas de su canto.

RAMÓN OLIVER.

---

## MARIPOSAS.

---

IMITACIÓN DE GUTIERREZ NÁJERA

Allá van, allá van las festivas,  
las que rien en fúlgida ronda  
sobre el cáliz azul de los lirios  
sobre el blanco matiz de las rosas.

Allá van, allá van las festivas,  
las que surcan el aire y se posan  
en las néveas campánulas frescas,  
en el borde sutil de las hojas.

Son joyeles de oro y rubíes,  
son bandadas de piedras preciosas,  
son destellos vivaces que ondulan  
al sonoro reír de las frondas.

En un pétalo frágil dormitan,  
y al surgir en Oriente la aurora,  
se levantan las niñas inquietas  
como un haz pintoresco de notas.

Saltan unas cual rosas de nieve,  
como besos de lumbre las otras,  
como rimas espléndidas muchas,  
y cual vivos relámpagos todas.

En fantástico enjambre llamean,  
respirando exquisitas aromas,  
esas lindas viajeras del aire  
que se llaman ¡oh luz! mariposas.

Y un momento no más se columpian  
y en los tiernos capullos retozan,  
y en polvillo de oro se truecan  
de improviso las vírgenes locas.

Así pasan, ¡Dios mío!, las blancas  
ilusiones que el alma se forja,  
y el placer, y el deleite y la dicha  
y la lumbre fugaz de la gloria.

Allá van, allá van las risueñas,  
allá van en fantástica ronda  
Las que brillan tan sólo un instante  
las que viven tan sólo una aurora,

¡Oh inefables visiones de un día,  
oh esperanzas que el viento deshoja  
oh quimeras ardientes del alma,  
mariposas de luz soís vosotras!

G. PICÓN FEBRES.

---

### LA LIBERTAD.

---

Un día fué en el mundo la libertad hermosa  
Martirio de los buenos que hubieron su visión  
Un pálido destello de aquella luz preciosa  
Llevaba en sus fulgores la muerte ó la opresión.

El hombre del hombre; su vida del más fuerte;  
No habían afecciones, derecho ni razón:  
El pensamiento humano se removía inerte,  
Y, á impulso de la sangre, latía el corazón.

Intérpretes las unas de un ideal divino,  
El otro nuncio tierno de la fraternidad,  
Tornaron al esclavo señor de su destino,  
Haciendo al pensamiento cobrar su libertad.

De entonces, siempre en lucha la idea peregrina,  
Los ámbitos del mundo recorre con ardor;  
Y en la conciencia humana su imagen se ilumina,  
Rompiendo las tinieblas del crimen y el error.

Y el hombre sus derechos conoce y dignifica  
Y el odio á los tiranos le llena el corazón;  
Y noble, y abnegado, su vida sacrifica  
En aras de esa idea que fué su redención.

¡Oh Patria, quiera siempre tu numen inspirarme  
Un himno de holocausto de tu felicidad,  
Y un puesto entre las filas de tus legiones darme  
El día que peligre tu cara libertad!

TOMÁS GUTIÉRREZ.

---

### EL HOMBRE.

---

Dios ha creado para el hombre todo,  
Y todo el sello de su mano lleva:  
Las flores perfúmanle el ambiente  
Y las aves arrullan su tristeza

Los genios invisibles en su marcha  
Apartan los tropiezos de su senda,  
Impulsan su altivez y un horizonte  
A su ambición y actividad le muestran.

Levántanse para él regias moradas,  
Para él fabrican los obreros telas,  
El mármol perpetúa su memoria  
Y cantan su victoria los poetas.

Para llevar á las lejanas playas  
El relámpago fugaz de sus ideas,  
Su condición servil arranca al plomo  
Y forja los enseres de la imprenta.

La historia es para él; ella recoge  
Sus glorias, sus virtudes, sus proezas,  
Y stampa luego en caracteres de oro  
Sus artes, sus inventos y sus ciencias.

Profundo observador, ante sus ojos  
No existe nada que razón no tenga;  
Su mente es escalpelo que en las cosas  
Fino y agudo, al discernir, penetra.

Señor del universo, allá en el éter  
En frágil barco á voluntad pasea,  
Domina las tormentas de los mares  
Y arranca su secreto á las estrellas.

Derriba con su brazo las montañas  
Y talando sus páramos de piedra,  
Extiende cintas de bruñido acero  
Que salvan las distancias de la tierra.

Del rayo destructor arranca vida,  
Se sirve de su luz y de su fuerza  
Y coloca en el fondo de los mares  
Los luengos hilos que sus frases llevan

Y cuando alcanza su mayor fortuna  
Y se cree un semidiós sobre la tierra.  
La Parca riendo su existencia corta  
Y muestra descarnada su miseria.

J. G. GODOY.

---

### SARMIENTO.

---

Y fué el cóndor de vuelo soberano  
Y ala tan fuerte como el mismo viento,  
Que este grito lanzó: "¡Tuyo es mi aliento  
Que nada abate. Ven; tú eres mi hermano!"

Y allá va con empuje sobrehumano  
El viejo luchador que alza su acento  
Y difunde la luz del pensamiento  
Por todo el continente americano!

¡Oh genio poderoso! ¡Cuánta gloria  
Te debe y guarda la Argentina Historia!  
Y en que huella inconfundible y honda

No estará de tus obras seculares  
Que tienen la grandeza de los mares  
Y los ardientes hálitos del Zonda!

EDUARDO R. RUIZ.

---

## 25 DE MAYO.

---

Hijos de Mayo somos:  
Saludemos con él nuestro Evangelio;  
Mayo es una grandeza inmaculada,  
Gloria sin ambición, gloria del pueblo.

La libertad fué siempre  
En todas partes explosión de incendio,  
Algo como el volcán cuando desgarrar  
De la montaña el inflamado seno.

Las razas oprimidas  
La han sentido en sus almas como el vértigo,  
Y su paso al través de las edades  
Con roja luz ha iluminado el cielo.

Sólo en el Plata tuvo  
Del sol que nace el esplendor sereno;  
Sólo en el Plata derribó el pasado  
Con la tranquila majestad del tiempo.

Mayo surgió en la historia  
Y abrió á la luz los horizontes nuevos,  
Como el caudal de los fecundos ríos  
Cuando desbordan sobre el cauce estrecho.

Saludemos á Mayo,  
Que es de la libertad gloria y ejemplo,  
Sin olvidar jamás que á nuestros padres  
Para ser libres, les bastó quererlo.

MARTÍN CORONADO.

---

**CARIDAD QUE NO ES CARIDAD.**

Caridad que se ejercita  
Bailando y luciendo galas,  
Sobre mullidas alfombras,  
Bajo brillantes arañas  
Y entre perfumes y flores,  
Blondas, brillantes y gasas,  
Caridad es que organiza  
Bailes para secar lágrimas.

Caridad que nunca ha visto  
La miseria y la desgracia  
En los hogares del pobre,  
Del hospital en las salas  
Ni ha dado pan al hambriento,  
Ni ha dado al sediento agua,  
Caridad es que organiza  
Los bailes que secan lágrimas.

Caridad que tira el oro  
Y miles de pesos gasta  
En abanicos y encajes,  
Sedas, perfumes y alhajas,  
Insultando con su brillo  
Al que vive en la desgracia,  
Es caridad que se ostenta  
En bailes que secan lágrimas.

Caridad... ¡pero ya cese  
Por mí de ser profanada  
Con irónico sarcasmo  
Esa bendita palabra

Que esa caridad de pega  
 No es la caridad cristiana.  
 Esta se oculta humildosa,  
 Aquélla se ostenta vana;

Esta vive entre los pobres,  
 Aquélla en brillante salas;  
 Esta llora, aquélla ríe;  
 Esta reza, aquélla baila;  
 Esta es virtud de los cielos,  
 Aquélla es indigna farsa,  
 Farsa indigna que organiza  
 Los bailes que secan lágrimas.

X. X.

---

## ASTRONOMÍA.

---

### EL SOL

*Maestro* — ¡Qué hermoso es el sol naciente  
 cuando anuncia el nuevo día  
 y esparce luz y alegría  
 por los balcones del Oriente!

*Niño* — ¿Es grande el sol?

*Maestro* — Un millón  
 de tierras no bastaría  
 para igualar su cuantía  
 según la sabia opinión.

*Niño* — Quimeras de un visionario.

*Maestro* — Cálculo, que no quimera.

*Niño* — Si es su disco cual la esfera  
 del reloj del campanario



*Maestro* — Nada hay que más contradiga  
 que los objetos lejanos,  
 los montes parecen granos  
 y una alta torre una hormiga.

*Niño* — ¿Se mueve el sol?

*Maestro* — Muy despacio,  
 con toda la majestad  
 propia de su calidad  
 de astro rey en el espacio.

*Niño* — Intenso calor derrama.

*Maestro* — Más intenso es todavía  
 el que á otros globos envía  
 que más cercanos inflama.

*Niño* — Andarán que ni tostados.

*Maestro* — Según un sabio asegura  
 llega su temperatura  
 á diez millones de grados.

*Niño* — ¡Jesucristo! hirviendo el agua  
 á los cien grados está.

*Maestro* — Pues mira tú si tendrá  
 combustible aquella fragua.  
 La lluvia la fecundiza,  
 la tierra, el aire que orea,  
 el río que serpentea  
 la tempestad que horroriza;  
 el buque que en la llanura  
 inmensa del mar camina,  
 la planta cuando germina,  
 el fruto cuando madura,  
 y todo cuanto se agita  
 en tierra, atmósfera y mar,  
 sintiendo el calor solar  
 se mueve, cunde y palpita.  
 Y si ese calor que encierra

el sol, llegase á extinguir,  
cesaría de latir  
el corazón de la tierra.

*Niño* — ¿Pero qué substancias son  
las que se agitan hirvientes?

*Maestro* — Substancias incandescentes  
de gases en combustión.

*Niño* — ¿Y en estos gases reside?...

*Maestro* — Hoy el sol se considera  
como una líquida esfera  
que intenso calor despidе.  
Por ella se ven rodar,  
en espantoso trasiego,  
gigantes olas de fuego  
en inmenso airado mar.  
Formidables erupciones,  
que ardientes nubes formando,  
van el calor propagando  
por las etéreas regiones.  
Es un mar abrasador  
que en furia inmensa se agita,  
y en el espacio vomita  
manantiales de calor.

*Niño* — ¿Y esto lo dicen los sabios?

*Maestro* — Ésas son sus opiniones.

*Niño* — Sin duda serán visiones.

*Maestro* — Que encuentran eco en tus labios.

*Niño* — Entre sabios hay hablillas...

*Maestro* — De sabios es el errar;  
más nadie puede dudar  
hoy de tales maravillas.

*Niño* — Pero hombre ¿cómo quieres  
que yo dude, advertido?  
¿Quién hasta el sol ha subido  
para decirte cómo es?

*Maestro* — Despacio, amigo, despacio.

Un portentoso instrumento  
ha dado á la vista aumento  
para sondear el espacio.

¡El telescopio! Cristal  
que agranda de unos espejos  
las imágenes reflejos  
del concierto universal.

N. N.

### EL BORRACHO.

Ladra y aulla, grita y vocifera  
Furioso se revuelve en la impotencia,  
Y lleva como un perro la existencia  
Despreciado del mundo en su carrera...

Cobarde y ruin, como la hiena fiera,  
Hombre sin corazón y sin conciencia,  
Contempla con estoica indiferencia  
Que el dardo del desprecio, cruel lo hiera.

El fatídico dedo del destino  
Le señala del vicio la pendiente  
Y veloz rueda por el vil camino...

Y al conducir del crápula la insignia  
Grabado llevará sobre la frente  
El eterno baldón de la ignominia.

J. F.

## OASIS.

De mi vida en el árido desierto  
Que resignado atravesando voy,  
Tengo un oasis de verdor cubierto,  
Donde descanso, si cansado estoy.

Allí la fuente del consuelo mana  
Su transparente y límpido cristal,  
Y de él bebe la alegre caravana  
De que soy guía, escudo y principal.

Allí no llegan los mundanos sonos  
Del alma á alterar la beatitud,  
Y el ardiente simún de las pasiones  
No conturba su plácida quietud.

La sórdida avaricia, el egoismo,  
La negra envidia, la ambición febril,  
La injuria viperina, el servilismo  
Jamás sus plantas han sentado allí.

Allí se duerme el apacible sueño  
A que brinda la paz del corazón,  
Y como es el bagaje tan pequeño  
No nos desvela el miedo del ladrón.

Allí hay brisas que arrullan amorosas  
Al que rendido de fatiga está,  
Y refrescan las frentes sudorosas,  
Y alientos nuevos para el viaje dan.

Las flores que levantan sus corolas  
Y tapizan el suelo en ese edén,  
Tienen efluvios que semejan olas  
De ternura y caricias á la vez.

Allí las aves con alegres cantos  
El aire llenan de armonías mil,  
Que al alma infunden mágicos encantos  
Y en dulce calma la hacen adormir.

Allí á la sombra de la blanca tienda  
O bajo el estrellado cielo azul,  
A Dios hacemos nuestra humilde ofrenda  
Del recibido bien en gratitud.

Y si en la ruda marcha del desierto  
Alguno cae al peso del dolor,  
La fosa abrimos al querido muerto,  
Alzamos nuestras preces al Señor.

Y mustios y callados ¡ay! tornamos  
La interrumpida marcha á reanudar,  
Hasta que al fin la paz de nuevo hallamos  
En ese oasis, que es mi pobre hogar.

J. LAZCANO COLODRERO.

---

## **EL CADALSO.**

---

EL VERDUGO

¿Señor, me perdonáis? Yo soy tan sólo  
ejecutor de la justicia humana,  
el brazo que obedece la consigna...

LA VÍCTIMA

Esclavo, cumple tu misión y mata.

EL VERDUGO

Aun no. Dejad que os corte los cabellos...

## LA VÍCTIMA

¡Ah! en otro tiempo, la mujer amada  
 cariñosa jugaba con los rizos  
 que hoy en desorden, en mi frente pálida,  
 semejan negra nube, ocultadora  
 de ese volcán que en mi cerebro estalla.  
 Comparo mi pasado y mi presente...  
 ¡contraste horrible de mi suerte extraña!  
 y próximo á la muerte, horrorizado,  
 pienso que fueron la mejor guirnalda  
 de mi altiva cabeza pensadora  
 que hará rodar de un miserable el hacha.

## EL VERDUGO

¡Señor, cuando queráis!

## LA VÍCTIMA

Verdugo, espera,  
 espera, estoy encomendando mi alma.

(*Para sí*)

Oh, dulce amada, que en el mundo impuro  
 supiste consolarme en la desgracia,  
 compartiendo conmigo desencantos  
 que á veces, sin querer, traduje en lágrimas,  
 para ti es mi postrero pensamiento  
 como fué mía tu postrer plegaria.  
 De los séres que amé, nadie me queda:  
 murió mi santa madre idolatrada  
 cuando sin rumbo, huérfano de goces,  
 marchaba por la senda de la infancia.  
 Después te conocí y en el desierto  
 de una existencia para mí tan árida,

fuiste el oasis que llenó mi espíritu,  
mi único amor y mi única esperanza.  
Cuando la muerte, inexorable, dura,  
cegó la pura luz de la mañana  
en esos ojos límpidos y azules  
donde miraba reflejarse tu alma, —  
yo sentí lo infinito del vacío,  
algo que desgarraba mis entrañas,  
y no tuve otro amor ni otro deseo  
que luchar como un héroe por mi patria,  
hasta dejarla de tiranos libre,  
libre y feliz para seguir su marcha.  
Vanos ¡ay! fueron mis anhelos nobles,  
tratóme con rigor suerte contraria,  
y hoy me hallo en un cadalso. Soy la víctima  
que sin miedo se encuentra al pie del ara.  
Y el pueblo, el vil rebaño, aquella gente  
que tuvo en mí un apóstol, apiñada,  
ansiosa, espera el sacrificio estéril  
sin asomo de pena ni de lástima.  
Verdugo, ven y hiere... Mi cabeza  
te pertenece ya! Levanta el hacha.

#### EL VERDUGO

¿Señor, me perdonáis? Yo soy tan sólo  
ejecutor de la justicia humana,  
el brazo que obedece la consigna...

#### LA VÍCTIMA

Esclavo, cumple tu misión, y calla!

RICARDO SÁNCHEZ.

## Á UN ÁRBOL VIEJO.

¡Oh, árbol que te elevas de tu asiento  
A tan inmensa altura,  
Tú tienes por dosel el firmamento  
Por peana la espesura!

Aunque enseñas del tiempo las escamas  
Vida y vigor te quedan,  
Y desde tu raíz hasta tus ramas  
Verdes lianas se enredan.

Tus nudosas raíces han salido  
Entre hirsuta maleza;  
Y llevas encerrado, comprimido,  
Un siglo en tu corteza.

Y en tus hojas, inmenso rey del monte,  
Gigante centenario,  
Vuelan las aves todas, el sinsonte,  
La mirla y el canario.

Tú que has visto el relámpago brillante,  
Hijo del trueno ronco,  
En el cielo brillar y agonizante  
Morir sobre tu tronco;

Tú que has visto bajar de la montaña  
El ventarrón deshecho,  
Y lanzarse después con fiera saña  
Contra tu rudo pecho;

Y has oído bramar las tempestades,  
Y retumbar el trueno,  
Y has visto el cielo roto en claridades,  
Impávido, sereno;



Y tú que hasta del hombre has resistido  
Los temibles hachazos,  
A las aves del bosque das un nido  
En tus musgosos brazos.

Y así como un gigante que meciera  
Con paternal cariño  
Y entre sus fuertes brazos adurmiera,  
Un delicado niño,

Así también con majestad alojas,  
En tus ramas perdido,  
Arrullándolo al ruido de tus hojas,  
Un blando y tierno nido.

DIEGO URIBE.

---

## SAN MARTÍN.

---

### I.

Cual tiembla la llanura  
Cuando el torrente surge en la montaña,  
La espléndida comarca de su cuna  
Se estremeció con vibración extraña,  
Cuando nació el gigante de la historia;  
Y algo, como un vagido  
Flotó sobre las mudas soledades  
En las alas del viento conducido.

Lo oyó la tribu errante,  
Y detuvo su paso en la pradera;  
Vibró como una nota  
De la selva en las bóvedas sombrías

Flébil nota de místicos cantares,  
Y el Uruguay se revolvió al oíra  
En su lecho de rocas seculares.

El viejo misionero,  
Que en el desierto inmensurable abría  
Con el hacha y la cruz vasto sendero,  
Tembló herido aquel día  
De indefinible espanto,  
Cual si sentido hubiera en la espesura  
El eco funeral del bronce santo.

El soldado español creyó que oía  
Cavernoso fragor de muchedumbre;  
Que los lejanos bosques que ostentaba  
Sobre el móvil ramaje  
El áureo polvo de la hirviente lumbre  
Del sol en el ocaso.

Eran negras legiones de guerreros,  
Que con acorde y silencioso paso  
De las altas almenas descendían  
Chispeando los aceros.

II.

Ya están sobre las crestas de granito  
Fundidas por el rayo,  
Del Paraná, irritado  
Al sentirse oprimido por las quillas  
De las guerreras naves españolas,  
Ya tienen frente á frente el infinito:  
Arriba, el cielo de esplendor cubierto,

Abajo, en las salvajes hondonadas  
La soledad severa del desierto,  
Y en el negro tapiz de la llanura,  
Como escudos de plata abandonados,  
Los lagos y los ríos que festonan  
De la patria la regia vestidura.

¡Ya están sobre la cumbre!  
¡Ya relincha el caballo de pelea  
Y flota al viento el pabellón altivo,  
Hinchado por el soplo de una idea!  
¡Oh! ¡qué hermosa, qué espléndida, qué grande,  
Es la Patria, mirada  
Desde el soberbio pedestal del Ande!  
¡El desierto sin límites doquiera,  
Océanos de verdura en lontananza,  
Mares de ondas azules á lo lejos,  
Las flores del trópico distantes;  
Y las cumbres heladas  
De la adusta, argentina cordillera  
Como ejército inmóvil de gigantes!  
¿En qué piensa el coloso de la historia  
De pie, sobre el coloso de la tierra?  
Piensa en Dios, en la Patria, y en la Gloria,  
En pueblos libres y en cadenas rotas;  
Y con la fe del que á la lucha lleva  
La promesa infalible del destino,  
Se lanzó por las ásperas gargantas  
Y lo siguió rugiendo el torbellino.

.....

OLEGARIO V. ANDRADE.

---

## MÁS ALLÁ.

---

Corre el río, corre el río  
y lento ó rápido va;  
y por el bosque sombrío  
y por la verde pradera  
va diciendo en su carrera:  
— Más allá

Camina el hombre; camina  
y triste ó alegre va;  
y con ilusión divina  
ó penoso devaneo  
va diciendo su deseo:  
— Más allá

Más al fin descansa el río  
que á perderse en el mar va;  
el hombre, no; que el vacío  
de la tumba descendiendo,  
prosigue el alma diciendo:  
— Más allá.

H. MARTÍN DE LA GUARDIA.

---

## LA GUERRA.

---

(ALEGORÍA)

.....  
*Soldado 1º*

“¡Hola, compadre! ¿Qué tal  
Te ha parecido el asunto?”

*Soldado 2°*

“Puesto que me ves difunto,  
Debe parecerme mal”.

*Soldado 1°*

“Pues ha sido divertida  
La función; mira á tu lado.  
Lo menos hemos quedado  
Doce mil héroes sin vida.  
Y en ésto me quedo corto,  
Que me enfadan los extremos”.

*Soldado 2°*

“¡Con qué habilidad nos hemos  
Destrozado! Estoy absorto.  
Ha habido alarmas y sustos  
Y muertes y atrocidades  
Para todas las edades  
Y para todos los gustos”.

*Soldado 1°*

“Más yo quisiera saber  
Por qué con tanto denuedo  
Nos matamos...”

*Soldado 2°*

“¡Ay! no puedo  
Tu duda satisfacer.  
Para entrar en esta danza  
Tuve que dejar mi oficio,  
Sé que aprendí el ejercicio,  
Sé que estudié la ordenanza.  
Sé que en compañía de esos  
Que están mordiendo la tierra,

Me trajeron á la guerra  
 Y me moliste los huesos.  
 Y, en fin, francamente hablando,  
 Puedo decirte al oído,  
 Que he muerto come he nacido:  
 Sin saber por qué, ni cuando”.

*Soldado 1º*

“De tu explicación me huelgo,  
 Porque mi vida retrata”  
 En esto, alzando la pata  
 Un moribundo jamelgo,  
 “¡Gracias, dioses inmortales!”  
 Dijo con voz lastimera.  
 “Pues de esta misma manera  
 Morimos los animales”  
 Cuando pasó la impresión  
 De tan extraño incidente,  
 Así anudó el más valiente  
 La rota conversación:

*Soldado 1º*

“Aunque ignoramos la ley  
 Que produjo esta querella,  
 Juro á Dios vivo que en ella  
 Lleva la razón mi rey”.

*Soldado 2º*

“¿Y por qué?”

*Soldado 1º*

“Porque es el mío.”

*Soldado 2º*

¡Qué salida de pavana!  
 La justicia es de quien gana.”

*Soldado 1º*

“De tu ignorancia me río,  
 ¡Pues cuántos que han hecho eternos  
 Sus nombres con la victoria,  
 No han ido á gozar la gloria  
 De su triunfo á los infiernos!”

*Soldado 2º*

“Considera lo que dices,  
 Porque estoy ardiendo en ira.”

*Soldado 1º*

“¡No me alces el gallo!...”

*Soldado 2º*

“Mira  
 Que te rompo las narices.”  
 Y fieros y cejijuntos  
 A combatir empezaron  
 De nuevo... ¡y no se mataron  
 Porque ya estaban difuntos!  
 Diéronse golpes crueles  
 Hasta que hueca y ufana  
 Llegó la locura humana  
 Sonando sus cascabeles.  
 Puso paz entre los dos,  
 Y dijo con desenfado:  
 “¿Qué es esto? ¿Habéis olvidado  
 Que sois imagen de Dios?  
 Tal vez la inmortalidad  
 Con justo título esperen  
 Los que por la patria mueren,  
 Por Dios, por la libertad.

Pero que el hombre sucumba  
 En conquistadora guerra,  
 Cuando siete pies de tierra  
 Le bastan para su tumba,  
 O que en lucha fratricida  
 Entre, sin saber quizá  
 Ni por que la muerte da.  
 Ni por que pierde la vida,  
 Esto mi paciencia apura,  
 Y cuantas veces lo veo,  
 Aunque soy Locura, creo  
 Que es demasiada locura.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

---

## RECUERDOS DE GLORIAS.

---

(FRAGMENTOS)

I.

¡Miradles, ellos son! ¡Están luchando  
 Al pie del Ayacucho!.... Dos banderas  
 Como las aves de vivac, flotando  
 Se ven en las fantásticas laderas;  
     ¡Y atruenan las colinas,  
     Acentos de victoria  
 Rumores de cadenas que se rompen,  
 Gritos de maldición, himnos de gloria!

II.

Es que dos pueblos luchan. Hoy se juega  
 La corona de un mundo en la batalla;  
 Es que ante el grito del dolor que llega



Hasta el amor de nuestras madres calla;  
 Es que al fin han vencido  
 Nuestros soldados bravos.  
 Hoy nos legan su ejemplo. "¡Sed", nos dicen,  
 "Mártires, sí, pero, jamás esclavos!"

## III.

Y el himno de la gloria suena entonces  
 Entre el recio fragor de los cañones,  
 Y responde al arrullo de los bronces  
 El canto colosal de tres naciones.  
 Y audaz el Plata se alza  
 Y se estremece el Andes,  
 A la diana triunfal de un pueblo libre  
 Que pasa al mapa de los pueblos grandes.

## IV.

¡Salve, Patria inmortal, yo te saludo!  
 ¡Vedme á tus plantas! Al alzar mi ruego  
 Deja que bese tu triunfante escudo  
 Donde fundió la gloria un sol de fuego;  
 Deja que el labio cante  
 Temblando de alegría.  
 Yo también soy tu hijo, yo te adoro  
 Y me lleno de orgullo, Patria mía!

## V.

Perdóname si al levantar mi mano  
 El tenue velo que tus glorias cierra,  
 Con sacrílego cántico profano  
 Los nombres de los hijos de la guerra.  
 A su augusto recuerdo  
 Siempre mi frente inclino,  
 Más me siento crecer, siendo ellos grandes,  
 Que cual ellos también soy argentino.

LUIS N. PALMA.

**CONTRASTES.**

Del carcomido tronco  
brota lozano el pámpano florido;  
flota el astro en los pliegues de la sombra  
y nace á orillas del pantano el lirio.

Debajo la onda amarga  
yace la perla; al borde del abismo,  
tiene la flor sus pétalos de seda  
y vaga en medio del silencio el ritmo.

Duerme en la nube el rayo  
como el delito en la conciencia; el limpio  
fulgor del sol empaña espesa niebla,  
siempre una sombra eclipsa áureo brillo

Tiene insectos la rosa  
y rasgos de belleza el tosco ídolo;  
flores hay en la tumba, impuro cieno  
en el fondo del lago cristalino.

Gusanos mil rebullen  
en la dorada poma; junto al risco.  
colúmpiase la rubia espiga; esconde  
en su concha tesoros el marisco.

Hay risas que disfrazan  
la convulsión del odio comprimido,  
carcajadas que son una agonía,  
y lágrimas que son un lenitivo,

y senos de alabastro  
en cuyo fondo se revela el vicio,

como el mónstruo que yace bajo la onda  
ó el áspid en las flores escondido.

Las aves cuando vuelan  
sureando los espacios infinitos,  
¿quién sabe dónde posarán el vuelo?  
¿Sobre qué arbol construirán su nido?

¿Quién sabe lo que dice  
de la ola aprisionada el ronco grito,  
lo que brilla en el fleco de la estrella,  
lo que encierra la gota de rocío?

¿Qué hay en el matiz vago  
del celaje, cual velo suspendido  
por la mano de un ángel en el cielo?  
¿Qué en la queja, en la nota, en el suspiro?

¡Esta es la ley del mundo!  
¡Siempre el misterio á la existencia unido!  
¡Este el destino que el Supremo Artífice  
en la conciencia universal ha escrito.

VICENTE ACOSTA.

---

## EL CÓNDOR DE LOS ANDES.

---

Ya la tenue alborada  
En el espacio inmenso  
Dejaba ver su frente sonrosada.  
En el Andes extenso,  
Entre la bruma, altivo y majestuoso,  
El cóndor legendario aparecía,

Aquel cóndor que un día  
Contemplara, orgulloso,  
El paso de los héroes argentinos  
Al territorio hermano  
Para enfrenar la saña del tirano.

Apenas los destellos blanquecinos  
Del astro soberano  
Dominaron el cielo,  
Cuando el cóndor, tendiendo  
Alto su rauda vuelo,

Cruza veloz la pampa dilatada,  
Y los aires hendiendo,  
Va á detener su marcha acelerada  
En las orillas del gigante estuario,  
Llevando en la pupila algo que excita  
Su afán extraordinario.

¿Qué busca?.. ¿Qué le agita...  
A él que, señor de nubes y aquilones  
Miró flamear la azul-blanca bandera  
En medio del tronar de los cañones,  
De honor cubierta y fama duradera?

¿Por qué se yergue y fiero  
Parece que evocara del océano  
El genio del guerrero  
Que en Maipo, Chacabuco y cien batallas  
Opuso fuertes vallas  
A la crueldad del déspota inhumano?

¡Ah! Es que espera, anhelante,  
Que con su primer rayo  
Anuncie el sol radiante  
Al gran pueblo de Mayo  
Otra fecha grandiosa,  
Grito de libertad de aquellos grandes,  
Que alcanzándolo en el Andes

Nos dieron patria y gloria esplendorosa.

.....

Ya el sol bello aparece,  
Y el cóndor sacudiendo  
El duelo y el afán que le entristece,  
Soberbio va ascendiendo,  
Y va á posar su garra en el coloso.  
Y, de allí, contemplando  
La salida del astro majestuoso,  
Ve cual va dibujando  
Con rayos de oro en el azul del cielo,  
La fecha bendecida  
En que á la faz del mundo de su duelo,  
La patria se levanta engrandecida.  
Y entonces orgulloso  
Siente que el orbe grita:  
“¡Mil ochocientos diez y seis grandioso!...  
¡Nueve de Julio!... ¡loor inmarcesible!  
Salud, pueblo invencible!  
¡Argentinos, salud! ¡Gloria infinita,  
Fama eterna á los héroes inmortales  
Que, en monumentos de perenne gloria,  
Esculpieron con letras eternas,  
Del gran Pueblo Argentino la victoria.!

FABIÁN S. CRUZ.

---

### LAS GOTAS DE AGUA.

---

La primera gota de agua  
que cayó sobre la roca,  
se deslizó y fué á perderse  
silenciosa.

Siguiendo el mismo camino  
cayó la segunda gota,  
y se perdió la segunda  
como la otra.

Y vino otra y otra... y lentas.....,  
tejieron siglos las horas,  
y las gotas resbalaban  
en la roca.

Y otra más y otra..., incesantes  
y temerarias las gotas  
ya abren surco, ya su paso  
marcar osan.

El surco es ya una caverna  
que la ardua roca devora;  
pronto habrá desaparecido  
tal vez toda.

¿Cuál ha sido la más fuerte  
y potente de las gotas,  
la que á la nada redujo  
la ardua roca?

No ha sido, no, la primera,  
ni la segunda, ni la otra,  
ni ésta, ni aquélla.... Ninguna!  
¡Fueron todas!

J. TRAJANO MERA.

## EL RECLUTA Y EL SARGENTO.

Un sargento reprendía  
Por su ignorancia á un recluta.  
El más bruto sin disputa,

De toda la compañía.

El recluta sonreía

Con calmosa estupidez;

El sargento cada vez

Más y más se sulfuraba

Y, frenético, llegaba

Al insulto más soez.

“Eres un bruto, un salvaje,

Un atún, un ave fría,

Un bárbaro” le decía

Bramando, al fin, de coraje

“Eres un abencerraje

De tamaño natural,

Un pedazo de animal,

Un melón, un majadero,

Un burro de cuerpo entero,

Y, por fin... ¡un tal y un cual!”

Tal *descarga* ni un instante

En el recluta hizo mella,

Porque sin perder aquella

Sonrisa desesperante,

Con halagüeño semblante,

Cuando el sargento acabó,

Tranquilo le contestó:

“¿Ve usted que soy un jumento?...

Pues me doy por muy contento,

Porque hay otro más que yo”

— ¿Más bruto? ¡Qué atrocidad!

— Y en subir como él confío,

Porque es un hermano mío

Más grande que yo de edad.

— ¿Y ha subido?

— Es la verdad.

— ¡Siendo un bruto!

— Justamente.

¿Más que tú?

— Lo menos veinte

O treinta veces, ó ciento....

¿Y á qué ha subido?.....

— ¡A sargento!..

Mejorando lo presente!

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

## EL GRAN LIBRO.

Para elevar á Dios el pensamiento  
y admirar su poder en los espacios,  
no es necesario un mar siempre violento  
ni un sol que vierta lumbre de topacios,

Basta un valle alejado de rumores  
al que se llegue por oculta vía,  
que embalsame el ambiente con sus flores  
y que temple el ardor del mediodía.

Basta fijar la vista en el lucero  
pálido y triste que en las noches arde,  
y escuchar el quejido lastimero  
el ave errante al expirar la tarde.

Basta el rocío que en las hojas brilla  
y que el rayo del sol pronto evapora;  
basta del río en la desierta orilla  
mirar el sauce que se inclina y llora.

Basta la sombra con la luz mezclada,  
basta el insecto que en el aire zumba,



basta la flor que nace abandonada  
y se marchita al borde de una tumba.

Basta la yerba en el vergel nacida,  
basta un arroyo que fecunde el suelo,  
una espiga de trigo bendecida,  
un pedazo de selva, otro de cielo.

La Natura es el libro en que se admira  
la grandeza de Dios, do se halla escrito  
ese poema que al mortal inspira,  
el himno arrobador al infinito.

Su página más íntima y oscura  
un rayo celestial de Dios refleja....  
Todo en el mundo tiene su hermosura,  
menos aquel que de su amor se aleja.

Así, el manto flotante de los cielos  
que Dios tendiera con su excelsa mano,  
se refleja, sin límites ni velos,  
en una gota como en un Oceano.

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

---

## Á COLÓN.

---

¡OH! COLÓN! Sólo tú, tú solamente  
Pudiste realizando tu deseo,  
Tornar en realidad resplandeciente  
Los ensueños de luz de Galileo.

Por ti la historia en sus eternos bronce  
Consiguió de la ciencia el poderío,  
Y esférica la tierra desde entonces  
Gira, rodando ciega en el vacío.

Pero tu obra, Señor, no está completa;  
 Aunque existe otra mar, hay otro abismo:  
 El hombre ya conoce su planeta,  
 Pero no alcanza á conocerse él mismo.

¿Hay alma? ¿hay esa hoja arrebatada  
 De un árbol inmortal de sombra inmensa?  
 ¿O es arcilla en un molde combinada  
 La que ambiciona y siente, duda y piensa?

¿Más allá de la duda tormentosa  
 Todo está de esperanzas desprovisto?  
 ¿O hay, bañada de luz, *la más hermosa*  
*Tierra que ojos humanos hayan visto?*

Tú eres el que realiza lo que anhelas  
 ¡Surge de tu sepulcro de granito!  
 ¡Empavesa otra vez tus carabelas  
 Y enséñame el viaje al infinito!

Somos tripulación de gran aliento,  
 Y ante el peligro ignoto no temblamos:  
 Te esperamos, COLÓN del pensamiento!  
 COLÓN del alma humana; te aguardamos!

JAVIER SANTA MARÍA.

---

### BRANDZEN.

---

¡Tiempos relampagueantes,  
 Orgullo de la historia!  
 ¡Quién pudiera sentirse arrebatado  
 Por las ondas brillantes  
 Que abrieron cauce á la argentina gloria!

Generosa y guerrera  
La joven patria mía  
Daba á la libertad el alma entera  
Y soñando combates la seguía,  
Deslumbrada ante el sol de su bandera.

Eran de excelsa talla  
Los hijos que las madres argentinas  
Le llevaban entonces en ofrenda,  
Y sentía en los campos de batalla  
Embriaguez de heroísmo la leyenda.

Sólo entonces posible  
Fueran aquel Lamadrid, rey de hazaña;  
Y aquel Güemes, espíritu invencible,  
Soplo de tempestad, rival de España;

Y aquel Aldao soldado  
Bajo el traje talar mal encubierto  
Que no alzaba la cruz sino inclinado  
Sobre la faz del muerto;  
Y aquel Lavalle audaz que arrebatava  
Del Río Bamba la inmortal corona  
A Colombia en los brazos del gigante;

Y aquel Suárez que daba  
Un Junín á Bolívar vacilante.  
Hijo de aquellos tiempos, y mecida  
En cuna de héroes su niñez de acero,  
Bradzen, el granadero,  
Como un meteoro atravesó la vida.

¡Nació para una gloria!  
¡Fué para Ituzaingó! — Cuando el destino  
Obscurecía el sol de la batalla,  
El halló fugitiva á la victoria  
Y su cadáver le cerró el camino.

Entonces no sabía  
El valor entusiasta y febriciente  
Problemas de implacable geometría,  
Y el soldado tenía  
La fuerza y el empuje del torrente,

En la senda del triunfo enceguecidos.  
Los viejos campeones  
Hundían en los cuadros conmovidos  
De infantes no vencidos  
El casco y el pretal de sus bridones.

Brandzen formó en la escuela  
De San Lorenzo su corcel guerrero,  
Y le enseñó con la sangrienta espuela  
A saltar el cañón del enemigo  
Para llegar primero.

Así llegó aquel día  
A estrellarse en la máquina acerada  
Que forjó para el filo de su espada,  
En siglos de terror, la tiranía.

Como una masa inerte  
Avanzaba rodando en la llanura  
Aquella mole brilladora y fuerte  
Y él le clavó su sable en la armadura....  
¡Muerte de granadero fué su muerte!

No cayó el héroe en vano,  
Que despertó al rumor de su caída  
El recuerdo de Salta y de Belgrano,  
Y en sangrientos jirones esparcida  
La corona imperial quedó en el llano.

MARTÍN CORONADO.

**LA CONCIENCIA.**

---

Trémulo el paso, palpitante el pecho,  
Siniestra la mirada,  
Los ojos como chispas del infierno.  
El criminal escapa;  
Pero al dar cada paso hacia adelante  
Por más que no vea nada;  
Siente una voz terrible que le grita  
Desde el fondo del alma.

Y le dice: no huyas que te sigo,  
Soy tu hoy y tu mañana;  
Aun cuando recorrieras todo el mundo  
En riscos, en llanuras,  
En los prados y bosques; en las selvas,  
En las altas montañas,  
En las cuevas y entrañas de la tierra,  
En anchurosas pampas.

Atravesaras los inmensos mares,  
Y fueras á otras playas,  
Siempre oirás mi voz, yo soy tu sombra,  
Yo soy tu soberana,  
Yo soy ese algo que en el mundo impera  
Y que á todos espanta,  
Soy el dedo de Dios, soy la conciencia,  
Inmortal como el alma.

---

**EL LAZARILLO.**

---

¡Oh, niño vagabundo  
el de los ojos de mirar de fuego,  
que guías por el mundo  
á tu mísero padre viejo y ciego!

Que seas bendecido,  
lazarillo gentil, piadoso y fuerte,  
¡cuán vil que me he sentido  
al comparar tu suerte con mi suerte!

Tu rubia cabellera  
no muestres al tomar limosna mía;  
si de los dos, debiera  
alguno descubrirse, yo sería.

Yo que en frases secillas  
canto, y no más, lo excelso de tu cruz;  
yo reflejo y tu brillas;  
el espejo yo soy, tu eres la luz.

¡Ay héroe! de la mano  
hacia el sitio conduce apetecido  
al pobre padre anciano,  
en infinita obscuridad sumido.

Anda, y de trecho en trecho  
Dios haga que entre el yermo y la arboleda  
halles morada y lecho,  
una caricia, un pan y una moneda.

Y cuando roto el lazo  
mortal, cambie tu padre en esta guerra  
tu reducido brazo  
por el inmenso abrazo de la tierra,

Que logres una á una,  
gladiador no domado, cara á cara  
robar á la fortuna  
las dichas que implacable te negara.

Y conseguir la mano  
de un ángel y la gloria, y la riqueza;  
que no habrá triunfo humano  
nunca tan grande, no, cual tu grandeza.

Prosigue tu sendero,  
mas no bajes del monte, subiré,  
no quites tu sombrero;  
de descubrirse alguno, yo seré.

No me voy todavía,  
porque necio pudor me tiene preso...  
un favor pediría...  
¿Que cuál es ese honor? — ¡Pues darte un beso!

E. DE AMICIS.

---

### Á MAYO.

---

El pensamiento de Mayo  
Fué una sublime esperanza  
De dicha que no se alcanza  
Si no en el volar del tiempo:  
Por las obras humanas  
Crecen entre las espinas  
O trócanse luego en ruinas  
Que desbaratan los vientos.

¡Maldito! Maldito el hombre  
Que al oír bramar la tormenta  
Que las pasiones fomenta  
Con soplos enardecidos,  
Cruza las manos al pecho,

Desmayando en la esperanza  
 De ver lucir la bonanza  
 Y el porvenir prometido.  
 Qué son en la eterna vida?  
 De pueblos que ayer nacieron  
 Los instantes que perdieron  
 Por extraviados caminos?  
 ¿Qué son las gotas de sangre  
 Que salpicaron el suelo?  
 ¿Qué son el llanto y el duelo  
 Que alguna vez padecemos?

¿Qué son si no un pobre grano  
 De la ancha playa de un río,  
 Breve gota de rocío  
 Que se mezcló con los mares?  
 ¿Qué son si no leves nubes  
 Desatadas por el viento,  
 Acrecentando un momento  
 La sombra en las tempestades?  
 ¡Bendito, bendito el hombre  
 Que espera y marcha brioso  
 Por un sendero espinoso  
 Confiado en el porvenir,  
 Y fuerte de fe y constancia  
 Ni se queja ni maldice  
 Al oír la voz que le dice:  
 “¡Adelante, proseguid!

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

### CÍVICA.

A través de los años repercute  
 El vibrante clarín de la victoria,  
 Y sus notas melódicas repiten



El grito ¡Independencia! que en otrora  
Lanzara San Martín sobre la cumbre  
Do el cóndor sólo mora;  
En la cumbre nevada que se esconde  
Del cielo en las aureolas.

El lábaro celeste de Belgrano  
Condujo en su cruzada redentora  
La salud de los pueblos en sus pliegues  
Y el perdón de la ofensa entre su sombra.  
El astro que en su paño fulguraba,  
Destellos refulgentes de victoria  
Dejó tras de su paso, y si un momento,  
Instantes sucedieron de zozobra,  
El sol de mi bandera, más radiante  
Fulguró entre las sombras!]

Mi orgullo de argentino se enardece,  
¡Oh! ¡bendita bandera de mi patria.....!  
En los Andes altivos que se yerguen  
Como inmables estatuas  
Flamearon tus colores celestiales;  
Y en el cielo, tus franjas,  
Gozosos los querubes confundieron  
Con un beso en la bóveda azulada.....  
.....  
.....  
Que mi bandera no subió á los cielos;  
El cielo fué, quien descendió á besarla!

MANUEL J. LURNAY.

## EL MENDIGO.

Un infeliz pordiosero,  
sobre un puente reclinado,  
dormitaba fatigado  
de tanto pedir y andar.

Un joven que iba de prisa  
tropezó con el anciano,  
y le arrancó de la mano  
su garrote y su morral.

Volvió la vista y como era  
un infeliz sin fortuna,  
no tuvo pena ninguna  
del daño que le causó.

— Anda, le dijo el anciano,  
que si llegas á mis años,  
otro te hará iguales daños  
y no tendrá compasión.

Se acaba la primavera..

pasa el calor del estío...

y llega el invierno frío

á quitarnos el vigor...

Se hielan las amistades...

se deshace la riqueza...

y el que pasa nos tropieza

y no nos pide perdón.

A la voz del viejo, el joven  
volvióse y dijo apenado:

— Dispensad, he tropezado  
porque al pasar no os miré.

— A tu edad nada se mira,  
joven, porque nada importa:  
¡cuando la vista se acorta  
es que se comienza á ver!

FELIPE J. PÉREZ.

---

### DESCANSA GUERRERO.

---

Viene desde los campos de batalla,  
y alumbra su camino la tormenta;  
pide un rincón en la pajiza choza,  
busca el calor de la chispeante hoguera.

Desencajado y lívido el semblante,  
suelta sobre los hombros la melena,  
no es ya ese busto el que cubrió de besos  
en el terrible ¡adios! su madre tierna.

Alumbran por instantes su mirada  
bajo las sombras de las anchas cejas,  
cual fulgor de relámpago lejano  
cruza en la noche enmarañada selva.

Se ha dormido por fín ¡Duerme guerrero!  
Mira en tu sueño la nativa aldea,  
aspira los perfumes de sus bosques,  
oye las flautas de sus lindas fiestas.

Es la suya esa voz..., es que te nombra,  
fiel á sus votos, tu regreso espera;  
tus labios tocan sus amantes labios,  
roza la tuya su mejilla fresca....

No despiertes guerrero, no despiertes,  
 ¡Despertar es horrible!....¡sueña, sueña!  
 Ese es el sueño de la dicha, y siempre  
 tumbas ó ingratitud hay tras la ausencia.

JORGE ISAAC.

### AL GENERAL LAVALLE.

¡Mártir del pueblo! tu gigante talla  
 Más grande y magestuosa se levanta  
 Que entre el solemne horror de la batalla,  
 Cuando del hierro la sangrienta valla  
 Servía de pedestal para tu planta.

¡Mártir del pueblo! víctima expiatoria  
 Inmolada en el ara de una idea,  
 Te has dormido en los brazos de la historia  
 Con la inmortal diadema de la gloria  
 Que del genio un relámpago clarea.

¡Mártir del pueblo! apóstol del derecho  
 Tu sangre es lluvia de fecundo riego,  
 Y el postrimer aliento de tu pecho,  
 Que era á la fe de tu creencia estrecho,  
 Será más tarde un vendaval de fuego.

¡Mártir del pueblo! tu cadáver yerto  
 Como el ombú que el huracán desgaja  
 Tiene su tumba digna en el desierto,  
 Sus grandes armonías por concierto  
 Y el cielo de la patria por mortaja.

¿Qué importa que en las sombras de Occidente,  
 Del desencanto doloroso emblema,

Como una virgen que morir se siente,  
Incline el Sol la enardecida frente  
De los mundos magnífica diadema?

¿Qué importa que se melle en las gargantas  
El cuchillo del déspota porteño,  
Y ponga de escabel bajo sus plantas  
Del patriotismo las enseñas santas,  
Con que iba un héroe á perturbar su sueño?

¿Qué importa que sucumban los campeones  
Y caigan los aceros de sus manos  
Si no muere la fe en los corazones,  
Y del perdón del libre los jirones  
Sirven para amarrar á los tiranos?

¿Qué importa si esa sangre que gotea  
En principio de vida se convierte,  
Si el humo funeral de la pelea  
Lleva sobre sus olas una idea  
Que triunfa de la saña de la muerte?

¿Qué importa que la tierra dolorida  
Solloce con las fuentes y las brisas,  
Si no ha de ser eterna la partida,  
Si con nuevo vigor, con nueva vida  
Más grande ha de brotar de sus cenizas?

¡Mártir! Al borde de la tumba helada  
La gloria velará tu polvo inerte.  
Y al resplandor rojizo de tu espada  
Caerá de hinojos esa turba airada  
Que disputa sus presas á la muerte.

Y cuando tiña el horizonte obscuro  
 Del porvenir la llamarada inmensa,  
 Y se desplome el carcomido muro  
 Que tiembla como álamo inseguro  
 Ante las nubes que el dolor condensa.

Entonces los proscriptos, los hermanos,  
 Irán ante tu fosa reverentes,  
 A orar á Dios con suplicantes manos,  
 Para saber domar á los tiranos  
 ¡O morir como mueren los valientes!

OLEGARIO V. ANDRADE.

## ODA AL AUGUSTO DÍA DE LA PATRIA.

¡Veinticinco de Mayo, fausto día!  
 El alma se enajena  
 Al pronunciarlo. ¡Ah! de la alegría  
 La suave voz resuena,  
 Cuyos ecos cubriendo el continente  
 La hacen pasar veloz de gente en gente.

¡Veinticinco de Mayo... dulce acento!  
 ¡Por quinta vez se escucha  
 Con qué gozo y placer! Primer momento  
 De la constante lucha  
 En qué el más inconcuso fiel derecho  
 Empeña el noble Americano pecho.

¡Veinticinco de Mayo, sí, el gran día!  
 En que ve ¡con qué pena!  
 De su período el fin la tiranía;

Día de gloria en que estrena  
En nuevo, bello y prodigioso gusto  
La santa libertad su traje augusto.

No en marmóreas pirámides tus glorias

Esculpas, no: no intentes

Eternizar en bronce tus memorias,

Para ser permanentes.

Tu nombre es sólo la inscripción más bella

Que más que en bronce en piedra el tiempo sella

.....

FRAY CAYETANO JOSÉ RODRÍGUEZ.

---

## LA PLUMA, LA MANO Y LA CABEZA.

---

No recuerdo en qué lugar

Ni á qué fin, ni en qué sazón,

Se hallaron en un rincón,

Reunidas al azar,

Una pluma muy usada

Por el tajo ennegrecida,

Una mano encallecida

Y una cabeza cortada.

Comprarlas quiso un inglés:

A verlas se aproximó,

Y sorprendido quedó

Oyendo hablar á las tres.

En su cartera apuntando

Fué sus frases una á una,

Cartera que el tiempo andando

A mí llegó por fortuna,

Sin saber cómo ni cuándo.

## LA PLUMA

“Olvidada duermo aquí;  
 Pero aunque en el polvo estoy  
 No me quita lo que soy  
 La gloria de lo que fuí.  
 Yo la historia enriquecí  
 Los misterios aclaré,  
 Las luces multipliqué,  
 Y de la nada en lo obscuro  
 Brotaron á mi conjuro  
 Amor, entusiasmo y fe.”

## LA MANO

“Mucho te enorgulleciste  
 Y yo tu poder no acato,  
 Que sólo de mi mandato  
 Dócil instrumento fuiste.  
 Para obedecer naciste  
 Y de mí marchaste en pos:  
 ¿Quién vale más de las dos?  
 ¿Cuál debe ser más sagrada?  
 ¿La pluma por mí guiada.  
 O yo movida por Dios?”

## LA CABEZA

“Callad: vuestro orgullo vano  
 Yo desharé como espuma,  
 ¿Qué fuera sin mí la pluma?  
 ¿Qué sin mí fuera la mano?  
 Sin el sopro soberano  
 Del genio que alienta en mí,  
 ¿A qué viniérais aquí?  
 ¿Disfrutárais, ni aun de lejos,  
 De mi gloria los reflejos  
 Ni la ventura que os dí?”



## EL INGLÉS

“Dice la cabeza bien,  
Y sus razones son graves,  
Que plumas tienen las aves,  
Y el cerdo mano también.  
Pero cabeza en que ardiente  
Brille del ingenio el sol,  
¿Quién la tiene? ¿Mucha gente?  
Los ingleses solamente  
Y acaso algún español.”

Lector, quienquiera que seas,  
De cuantas cabezas veas,  
Pocas hallarás vacías;  
Pero diez tienen ideas,  
Y noventa, tonterías.

MANUEL DEL PALACIO.

**TEMPESTADES.**

## I.

Como produce estancamiento insano  
si es duradera, la apacible calma,  
amo la tempestad embravecida,  
que esparce los efluvios de la vida  
al romper en los cielos ó en el alma.

## II.

El rugiente Océano.  
cuando lo azotan roncros vendavales,  
se corona magnífico de espumas,  
cuaja en su seno perlas y corales

y vida emana levantando brumas:  
 y el pantano sereno  
 traidor oculto bajo verde lama,  
 asilo es del reptil y forma el cieno,  
 que impalpable, mortífero veneno  
 por la tranquila atmósfera derrama.

### III.

Cuando se tiende como negro manto  
 en el azul flúido,  
 espesa nube, produciendo espanto,  
 súbito el rayo rásgala encendido,  
 resuena conmoción atronadora  
 y el nublado espantoso entremetido  
 en lluvia se deshace bienhechora.

Cuando chocan las nubes en la mente  
 vibra y relampaguea  
 como rayo fulgente,  
 la luminosa idea;  
 con voz de trueno la palabra brota,  
 y el nublado iracundo  
 se deshace cayendo gota á gota  
 en lluvia de verdades sobre el mundo.

### IV.

En el fondo del mal el bien palpita;  
 el ánimo enervado en los placeres  
 cobra en la adversidad fuerza infinita,  
 y en el laboratorio de los seres,  
 todo aquello que ha muerto resucita.  
 La tormenta es presagio de bonanza;  
 del desengaño nace la experiencia,  
 de la duda la ciencia,  
 y del triste infortunio la esperanza.

Un espinoso arbusto de la rosa,  
sale volando de la larva inerte  
como una alada flor la mariposa;  
brilla el iris en nube ennegrecida  
y bullen en el seno de la muerte  
los gérmenes fecundos de la vida.

## V.

La gloria es grande si la lucha es fuerte;  
la estatua á golpe de cincel se labra,  
la tierra con el hierro del arado  
y el error de su altar cae desplomado  
al golpe inmaterial de la palabra.

El seno se desgarrá al nacimiento,  
la región se prueba en el martirio,  
la virtud es combate turbulento,  
el genio tempestad, fiebre, delirio;  
al soplo del simún, crecen las palmas,  
surgen de las borrascas las centellas,  
del incendio del caos las estrellas  
y el amor del incendio de las almas.

JOSÉ VELARDE.

---

**PATRIOTISMO.**

---

## TROVA

He nacido en Buenos Aires.  
¡Qué me importan los desaires  
Conque me trate la suerte!  
Argentino hasta la muerte,  
He nacido en Buenos Aires.

Tierra no hay como la mía.  
 Ni Dios otra inventaría  
 Que más bella y noble fuera.  
 ¡Viva el sol de mi bandera.  
 Tierra no hay como la mía.

Hasta el aire aquí es sabroso.  
 Nace el hombre alegre, brioso,  
 Y las mujeres son lindas  
 Como en el árbol las guindas.  
 Hasta el aire aquí es sabroso.

¡Oh, Buenos Aires, mi cuna!  
 ¡De mi noche amparo y luna!  
 Aunque en placeres desbordes,  
 Oye estos dulces acordes.  
 ¡Oh, Buenos Aires mi cuna!

.....

¡Cuántos medran á tu sombra!  
 Tu campaña es verde alfombra,  
 Tus astros vivos topacios;  
 Habitando tus palacios,  
 ¡Cuántos medran á tu sombra!

Bajo de un humilde techo  
 Vivo en tanto satisfecho,  
 Bendiciendo tu hermosura,  
 Que bien cabe la ventura  
 Bajo de un humilde techo.

La riqueza no es la dicha;  
 Si perdí la última ficha  
 Al azar de la existencia,  
 Saqué en limpio esta sentencia:  
 La riqueza no es la dicha.

He nacido en Buenos Aires.  
¡Qué me importan los desaires  
Conque me trata la suerte  
Argentino hasta la muerte,  
He nacido en Buenos Aires.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

### SALMO DE LA VIDA.

(DE LONGFELLOW)

No me digáis con dolorido acento  
“La vida es solamente una ilusión”  
Porque está muerta el alma que dormita,  
Y las cosas parecen, mas no son.

La vida es realidad no vano ensueño;  
No es la tumba su término fatal;  
Que jamás del espíritu se dijo:  
“Eres polvo y al polvo tornarás”

No es el dolor el gaje de la vida,  
Ni su objeto final es el placer,  
Sino la acción, á fin de que el mañana  
Nos encuentre más lejos que el ayer.

El arte pide tiempo; el tiempo vuela;  
Y aunque es el corazón fuerte y audaz,  
Late, no obstante cual tambor que toca,  
Hacia el sepulcro marcha funeral.

El mundo es vasto campo de batalla.  
Nuestra efímera vida es un vivac:  
No os dejéis arrastrar como rebaño,  
Antes, cual héroes, con valor luchad.

No os burle el porvenir con falso brillo,  
 El pasado sepulte lo que fué;  
 Trabajad, trabajad en el presente,  
 Que Dios da al corazón aliento y fe.

Grandes hombres ha habido y en su historia  
 A ser grandes podemos aprender,  
 Y vestigios dejar de nuestro paso  
 Que nunca pueda el tiempo obscurecer;

Huellas que acaso servirán de guía  
 Y el perdido valor devolverán  
 A algún hermano náufrago y errante  
 De la existencia en el revuelto mar.

¡Animo, pues, y varonil esfuerzo!  
 Que sea la suerte próspera ó fatal  
 Siempre avanzando, trabajando siempre  
 Sepamos ser altivos y esperar.

CÉSAR CONTO.

## TIMOS, TIMADOS Y TIMADORES.

Cuando lamenta la gente  
 Que uno haya sido timado,  
 Yo digo: "¡Perfectamente!  
 ¡Le está muy bien empleado!  
 Habrá honradez en alguno;  
 Pero, salvo esa excepción  
 Si el timador es un tuno,  
 El timado es un bribón."  
 Esta es, si bien se repara,

Una verdad como un templo,  
 Y si alguno lo dudara,  
 Que lea el siguiente ejemplo:  
 Va por el prado un paleta  
 Con dinero en el bolsillo,  
 Y se le acerca un sujeto  
 (Que es un timador muy pilla).  
 Con acento algo francés  
 Le pregunta... cualquier cosa,  
 Y entablan poco después,  
 Conversación amistosa.  
 El francés, acongojado,  
 Dice al paleta — “Señor,  
 Usted ser un hombre honrado  
 Y yo pedirle un favor,  
 Monsieur Peres, el banquero,  
 De cuya casa he sortido,  
 Me ha donado este dinero  
 Que yo no he reconocido.  
 De París es mi llegada  
 Hace una semana sola,  
 Y yo no conocer nada  
 Esta moneda española.  
 Yo, señor, sintiera mucho  
 Un engaño... Mire usted  
*Ce cartouche*... este cartucho  
 De monedas. Yo no sé  
 Si son buenas.

— ¡De pistón!

¡Muy buenas y muy cabales!  
 — ¡Oh, mil gracias! ¿Y esto son  
 Seis mil cuatrocientos reales,  
 No es verdad?

— ¡Mucho que sí!

Yo sé muy bien lo que cuento.

— ¿Y cómo llamarse aquí  
Estas monedas?

— ¡De á ciento!

— ¡Oh, mil gracias, le repito!

— Mándeme usted en lo que pueda.

— Hoy me marchó, y necesito

Cambiarlo en otra moneda.

Porque en Francia, mi país,

Esto nunca lo pasamos.

Lo que quieren en París

Son esas monedas... vamos....

Esas grandes....

— Sí; ya estoy.

¡Onzas de oro! ¡Peluconas!

— Eso es. Y á cambiarlas voy.

Me dicen que aquí hay personas

Que por cuatro de estas....

— ¿Qué?

— Me darán una onza

— ¡Claro!

— Y creo que ganaré,

Pues no parecerme caro

Si usted quisiera, señor,

Decirme donde podría

Cambiar esto, es un favor

Que siempre lo estimaría.

— ¿Han de ser onzas, verdad?

— ¡Oh, sí! ¡Las aprecio mucho!

— ¿Y usted, por cada onza, da

Cuatro de esas del cartucho?

— ¡Naturalmente que sí!

Eso valen según creo.

— Pues ya que le conocí,

Y yo servirle deseo,

Aquí debo de tener



Algunas onzas y voy  
A cambiárselo.

— ¡Oh placer!

¡Reconocido le estoy!  
— Sesenta y cuatro hay ahí  
Entre cuatro... ¡cuenta justa!  
Diez y seis onzas.

— Mersí.

— ¡Toma y daca! ¡Así me gusta!  
Ahí va el cartucho.

— Está bien.

— ¡Oh gracias, gracias! ¡Abur!  
Me voy á tomar el tren.

— ¡Vaya usted con Dios, "monsiur!"

.....

Marcha á escape el extranjero,  
Y el paleta, entusiasmado,  
Va á recontar el dinero  
Que el *franchute* le ha entregado.  
Y el muy pedazo de atún,  
Víctima de sus acciones,  
Se encuentra sólo con un  
Cartucho... ¡de perdigones!  
Y entonces es el gritar;  
"¡Me han robado, me han perdido!"  
Y entonces es el contar  
A un guardia lo sucedido  
Oye el agente, prudente,  
La relación detallada;  
Pero, es claro que el agente  
Como siempre, no hace nada.  
Y éste es el mal, pues debiera,  
Cuando un caso así ha escuchado,  
Castigar de igual manera  
Que al timador, al timado.

Pues si este paleta había  
Perdido tanto dinero,  
Fué sólo porque él creía  
Estafar á un extranjero.  
¡Nada! insisto en mi opinión  
Habrà honradez en alguno;  
Pero, salvo esa excepci3n,  
Si el timador es un tuno,  
El timado es un brib3n.

VITAL AZA.

---

### LEYENDO LAS RIMAS DE BECQUER.

---

¡Qué solos se quedan  
Los muertos Dios mío!  
Exclama el poeta  
Con hondo gemido  
Dejando en el hueco  
De su lecho frío  
El yerto cadáver  
De un ángel querido.  
Más ¡ay! yo pensando  
Me digo á mí mismo  
Que mucho más solos  
Se quedan los vivos.

¿Qué importa al cadáver  
Guardado en su nicho,  
Qué importa que tenga  
Recuerdo ni olvido?  
El polvo no siente,  
Y allá en su sombrío.  
Sagrado sepulcro

Trabaja en sigilo  
Cumpliendo las leyes  
De su alto destino;  
Lo agita el misterio  
Lo exalta el abismo,  
Su ser se transforma  
De siglos en siglos  
Y al mundo renace  
Con otros vestidos,  
En flores y aromas  
Insectos y ruidos,  
En tanto que andando  
Su largo camino  
Van solos, muy solos  
Quedando los vivos.

Yo vuelvo los ojos  
Al tiempo ya ido  
Y cuento con pena  
Los seres queridos  
Que raudos al cielo  
Su vuelo han tendido:  
Estrellas errantes  
De pálido brillo  
Que han ido buscando  
Su centro perdido,  
¡Y tantos! son tantos  
Los que irse he visto,  
Que al pensar en ello  
Yo pienso en mí mismo  
Mirando cuán solos  
Se quedan los vivos.

Yo perdí á mis padres  
Cuando era muy niño:

Quedé sin amparo,  
Crecí sin cariños  
Sin rumbo y á ciegas  
Cruzando el camino:  
Mis pasos sin guía,  
Mi hogar sin abrigo,  
Mi techo prestado,  
Mis juegos prohibidos:  
Así mis hermanos  
Crecieron conmigo  
Sin mano que estreche  
Los lazos benditos...  
Mis padres al cielo  
Se fueron unidos,  
En tanto aquí solos  
Quedaron sus hijos,  
En el mar inmenso  
Náufragos perdidos.  
Por eso pensando.  
Por eso yo digo  
Que mucho más solos  
Se quedan los vivos.

.....

L. RODRÍGUEZ VELASCO.

**¡SALVE OH PATRIA!**

(FRAGMENTO)

¡Quién pudiera, hermosa Plata  
Cabalgar sobre tus ondas,  
Y de tus entrañas hondas  
Los misterios descubrir,  
O en el raudo torbellino  
De la tormenta engolfarse,

En su atmósfera bañarse  
Y de su vida vivir!  
Me place con el pampero  
Esa tu lidia gigante  
Y el incansable hervidero  
De tus olas á mis pies ;  
Y la espuma y los bramidos  
De tu cólera soberbia  
Que atolondran mis sentidos,  
Llevan á mi alma embriaguez.

Y me place verte en calma  
Dormir, como suele á veces  
Dormitar, tranquila, mi alma  
O mi vida material,  
Cuando la luna barniza  
Tu faz de plata, y jugando  
El aura apenas te riza  
La melena de cristal.

Me places como el Océano,  
Tu rival en poderío,  
Cuando lo surcaba ufano  
En mi albor de juventud,  
Con el corazón de luto  
Pero con alma nutrida  
De savia fértil de vida,  
De fe y sueños de virtud.

Me places cual la llanura  
Con su horizonte infinito,  
Con su gala de verdura  
Y su vaga ondulación,  
Cuando en los lomos del bruto

La cruzaba velozmente  
Para aturdir de mi mente  
La febril cavilación.

Y te quiero ¡Oh Plata! tanto  
Como te quise algún día,  
Porque tienes un encanto  
Indecible para mí;  
Porque en tu orilla mi cuna  
Feliz se meció, aunque el brillo  
Del astro de mi fortuna  
Jamás en tu cielo ví.

Te quiero como el recuerdo  
Más dichoso de mi vida,  
Como reliquia querida  
De la que fué y ya no es;  
Como la tumba do yacen  
Esperanzas, ambiciones,  
Todo un mundo de ilusiones,  
Que vi en sueño alguna vez.

¡Si algo pedirte pudiera!  
Si me oyeses, en tus ondas  
Sepulcro encontrar quisiera,  
Mi cuerpo entregarte, sí,  
Para que no viese el hombre  
Sobre lápida ninguna  
Jamás escrito mi nombre  
Ni preguntase quien fué.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

---

## HISTORIA DE LA VIDA

---

### I.

— Madre, cuéntame una historia.

— ¿Para qué, pequeño mío?

— Porque yo también ansío

Algo del mundo saber.

— ¿A tu edad?

— Justo.

— Me asombra.

— Nada en ello hay que te asombre:

Ayer me llamastes hombre,

Y soy hombre desde ayer.

— De tan espinosa ciencia

Jamás quieras saber nada.

— ¿Es tan mala?

— Está amasada,

Hijo querido, con hiel.

— ¿Y siempre ignorante de ella

He de estar?

— El que la ignora

Nunca ni por nada llora,

Ni hay pesares para él.

— Me engañas madre.

— Pluguiera

Que fuera cierto el engaño;

No me hiciera tanto daño

Tu loca temeridad.

— Cuenta ya.

— Por darte gusto

Así lo haré, y quiera el cielo

Que no te pese en el suelo

Aprender esta verdad.

## II.

“Quiso saber la historia de la vida  
 Un pobre niño, y á su anciana madre  
 Abandonada y sola con sus lágrimas,

Dejó en obscura tarde

Llegó la noche con su escarcha fría,  
 Y la madre esperó, y esperó en balde:  
 Y el niño no olvidó y ella sentóse

A la puerta á esperarle;

Y al más leve rumor que se escuchaba,  
 Al azotar el viento sus cristales,  
 A recoger se levantaba ansiosa,  
 Bocanadas de aire.

Y así transcurrió un mes, un año y muchos..

Y aun esperaba la afligida madre.

Creyendo ver en todos á su hijo,

Y no viéndolo en nadie.

Tocaron las campanas á agonía,  
 Y su fúnebre son, hendiendo el aire,

Llevó lejos, muy lejos de la aldea

Sus ecos funerales.

Oyólos un viajero que hacia el pueblo

Se encaminaba á pasos de gigante,

Y se detuvo á orar breves segundos

En medio de unos árboles.

Y allí, solo con Dios en su conciencia,

E inclinada su frente, como el sauce

Sus ramas á la tierra, vió entre sombras

Un algo inexplicable.

Algo como el recuerdo del pasado,

Y algo, al par, del presente como imagen:

Aquél sus ilusiones ofreciéndole,

Este sus desengaños recordándole

Y entonces anheló volver al lado



De la santa mujer, la buena madre,  
Que, abandonada y sola con sus lágrimas  
                    Dejó en obscura tarde.  
Y encaminó sus pasos hacia el pueblo,  
Y atravesó sus plazas y sus calles,  
Y holló, por fin, de su morada humilde  
                    Los desiertos umbrales.  
Y sobre el duro pavimento frío  
Vió, á la luz de un relámpago, un cadáver...  
El cuerpo inerte, las cenizas yertas  
                    De la que fué su madre.”

## III.

— Es una bien triste historia  
— No por eso menos cierta:  
He visto á la madre muerta,  
Y he visto al hijo morir.  
— ¿Murió?  
                    — De remordimiento.  
— ¿Dónde estuvo tantos años?  
— Aprendiendo desengaños  
En la escuela del vivir.  
— Pues dicen que el mundo encierra  
Sólo palacios y flores  
Venturas, dichas, amores,  
Y eso lo quiero ver yo.  
— No hagas tal nunca, hijo mío.  
— ¿Por qué?  
                    — Porque hallar podrías,  
Al volver, cenizas frías  
Como el viajero encontró.  
— ¡Bah! refieren otra cosa  
Narraciones que yo he oído,  
Y la que tú has referido

Será una casualidad.

— ¿Así lo presumes?

— ¡Claro!

— Hijo, que no quiera el cielo

Que tú sepas en el suelo

El valor de esta verdad.

MARTÍNEZ PARRA.

## LA NORMALISTA.

### IMITACIÓN DE LAMENNAIS

¿A dónde vas? — Voy á inclinar mi frente  
Sobre el inmenso libro de la ciencia,  
Quiero llevar la luz á la conciencia,  
Quiero formar el joven corazón.  
Y sujeta á la ley de mi destino,  
Como la abeja á delicadas flores,  
Anhelo los más puros resplandores  
Para cumplir mi angélica misión.

¿No temes joven, que el estudio frío  
Extinga tus sublimes ilusiones,  
Y marchite en tu seno las pasiones  
Que endulzan de la vida el sinsabor?  
— No importa! continúo mi jornada,  
Un poderoso estímulo me inflama,  
La fe me alienta con fulgente llama,  
Y amar al niño es mi supremo amor.

¿A dónde vas? — Buscando al ignorante,  
Para decirle: escucha la verdad;  
Voy á infundir al pecho del infante

Sentimientos de amor y de bondad.

— Recogerás espinas en tu senda,

Cosechando tal vez la ingratitud.

— Pero yo arranco del error la venda,

Y hago el bien por amor á la virtud.

¿A dónde vas, hermosa criatura,  
Digna y altiva en tu severo aliño?

¿A quién brindas la flor de tu ternura?

— Yo guardo mis sonrisas para el niño.

— La pompa de la vida, el brillo vano

De este mundo falaz, no te desvela?

— Yo realizo mi anhelo soberano.

Cuando estoy en la banca de mi escuela.

¿A dónde vas — A levantar las almas

Sobre el nivel que la materia encierra;

Glorifico á los héroes de la tierra,

Exhibiendo su ejemplo á la ambición;

Voy á grabar en tiernos corazones,

El amor por lo bueno y por lo bello,

Voy á imprimirles perdurable sello

De civismo, labor y abnegación.

¿A dónde vas? — Al que recién empieza

De la existencia el áspero sendero,

Voy á decirle que hay un Dios severo

Dispensador de la inefable luz;

Voy á infundirle el odio al egoísmo;

El amor al hermano desvalido;

Voy á enseñarle cuán sublime ha sido

El mártir del Calvario y de la cruz!

¿A dónde vas? — Mientras el duro arado

El buen labriego agita con afán

Para llevar á su hijo idolatrado

El dulce abrigo, el bienestar, el pan,  
Yo también, jornalera de la idea,  
Espigando en el campo inmaterial,  
Al que entra de la vida en la pelea  
Le nutro con la savia intelectual!

— Fecunda es, joven, tu misión, y grande;  
Tan noble fin á mi razón admira;  
Y conmovido el corazón se expande  
Ante el ideal divino que te inspira.  
Bendito sea tu sublime esfuerzo,  
Tierna virgen de cándida mirada,  
Bendita, para honor del universo,  
Y tres veces bendita tu jornada!

ANTONIO BALLETO.

### LA CALUMNIA.

Por hacer injusta guerra  
A una paloma inocente,  
Desplomóse una serpiente  
De las cumbres de la sierra.

Dió una vuelta y luego mil;  
Y, por la ladera, en breve  
Rodó una bola de nieve  
Cuyo núcleo era el reptil.

Tanto el alud aumentaba,  
Con tal estruendo caía,  
Que en el valle se creía  
Que el monte se desplomaba.

Al ver la masa glacial  
Decía el vulgo admirado:  
“¿Qué gigante habrá lanzado  
Proyector tan colosal?  
¿Qué sér todopoderoso  
La impulsó con tanto brío?”

...Pero al fin, llegó el estío;  
Fueron á ver al coloso  
Que espantando al más sereno,  
Descendió por la vertiente  
Y hallaron... á la serpiente  
Revolcándose en el cieno.

No me importa ni me extraña  
Que, haciendo lo ínfimo, enorme  
La opinión pública forme  
El alud de la patraña.

A impulso del ser más vil  
La indiferencia se mueve,  
Pero se funde la nieve,  
Y sólo queda el reptil.

LEOPOLDO CANO.

### EL DIAMANTE.

Triste, opaco, sin brillar  
Un diamante no pulido,  
Encontrábase perdido  
En el valle del Palmar.  
Vióle un joyero al pasar

Y á su taller le llevó;  
Cuidadoso le labró,  
Y hermoso entonces, luciente,  
Magnífico y esplendente  
La luz del sol reflejó.

Así el hombre no educado,  
Cual piedra desconocida,  
Suele encontrarse en la vida  
Triste, sin luz, despreciado;  
Más si á estudiar consagrado  
Busca el saber con anhelo,  
Tornase en dicha su duelo;  
La educación le embellece,  
Y en su alma que resplandece  
Refleja la luz del cielo.

JOSÉ ROSAS.



## ÍNDICE.

### PARTE PRIMERA — PROSA

	Páginas
Patria .....	7
Por qué es preciso respirar por la nariz .....	9
Los árboles y la tierra .....	11
El hombre (cuento).....	13
El Iguazú .....	16
Infusorios .....	19
El escudo nacional .....	20
El té y el café (diálogo) .....	21
El cigarrillo .....	23
Nobleza y civismo.....	26
Domingo Faustino Sarmiento .....	28
El cisne .....	30
La última diana .....	31
El Tupungato .....	34
Batalla del Sauce ó del Boquerón (episodio) .....	35
Oil Creek — Río de aceite .....	39
El pino.....	41
La impulsión irresistible (pasaje) .....	43
La monarquía temperada .....	45
Los soldados .....	47
Batalla del Sauce ó del Boquerón (episodio) .....	49
El protector de Nelle .....	51
Gigantes de la vegetación .....	53
Sinite párvulos - Dejad á los niños .....	55
Los picos ó carpinteros .....	58
Aleón ó martín pescador.....	60
Industria de la yerba .....	62
El niño Dalmacio (anécdota) .....	65
El cuadro de la muerte (episodio) .....	68
La retirada del cuadro (episodio) .....	70
El universo.....	72
El Coronel Ohnedo — En Lomas Valentinas .....	77
Producciones del mar .....	80
Granaderos de San Martín.....	81
El cielo y los astros .....	84

	Páginas
A la sombra del ombú (episodio).....	85
Los volcanes .....	88
La plaga del Magdalena .....	91
Fases de un carácter (anécdotas) .....	94
Tentación (cuento) .....	96
La humildad (anécdota) .....	98
La batería Libertad .....	100
Argentinos ilustres — Moreno, Rivadavia, Echeverría, Rawson y Vélez Sársfield.....	102
El correo de los Andes (cuento) .....	104
La Tucumanesa .....	109
José Rivera Indarte.....	112
La industria .....	114
De qué proviene la lluvia y por qué llueve .....	115
La industria de la seda .....	117
El grillo .....	119
Máximas mercantiles .....	121
La hora de la prueba.....	122
Pena de muerte (cuento).....	126

PARTE SEGUNDA — ARGENTOS

Omnipotencia y providencia de Dios .....	131
A mi patria .....	132
Mariposas .....	133
La Libertad .....	134
El hombre .....	135
Sarmiento .....	137
25 de Mayo .....	138
Caridad que no es caridad .....	139
Astronomía (diálogo) .....	140
El borracho .....	143
Oasis .....	144
El cadalso (diálogo) .....	145
A un árbol viejo .....	148
San Martín .....	149
Más allá .....	152
La guerra .....	152
Recuerdos de glorias .....	156
Contrastes .....	158
El cóndor de los Andes .....	159
Las gotas de agua .....	161
El recluta y el sargento .....	162
El gran libro .....	164
A Colón .....	165
Brandzen .....	166
La conciencia .....	169
El lazarillo .....	169
A Mayo .....	171
Cívica .....	172
El mendigo .....	174
Descansa guerrero .....	175



	Páginas
Al general Lavalle.....	176
Oda al augusto día de la patria .....	178
La pluma, la mano y la cabeza (diálogo) .....	179
Tempestades .....	181
Patriotismo .....	183
Salmo de la vida (De Longfellow) .....	185
Timos, timados, y timadores .....	186
Leyendo las rimas de Bécquer .....	190
¡Salve oh Patria! .....	192
Historia de la vida (diálogo) .....	195
La normalista .....	198
La calumnia .....	200
El diamante .....	201



## EDICIONES DE LA CASA

---

L. TOLEDO HIDALGO. - EL ESTUDIANTE ARGENTINO 1<sup>er</sup> libro de lectura para 3<sup>er</sup> grado.

Id. id. 2<sup>o</sup> " " " " 4<sup>o</sup> "

" " 3<sup>er</sup> " " " " 5<sup>o</sup> "

Id. id. GEOGRAFÍA DE LAS PROVINCIAS ARGENTINAS - texto aprobado por el Consejo de Educación de la Prov. de Córdoba, y adoptado en varios colegios nacionales de la República.

CONSTITUCIÓN DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA. (*Edición oficial.*)

CÓDIGO RURAL DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA.

BOLETIN ESCOLAR DE CLASIFICACIÓN.  
En venta en la misma librería.

CARTILLA MILITAR: Tte. Coronel. JUAN F. MOSCARDA.

TORRES Y VELEZ. - GRAMÁTICA CASTELLANA.

AGÜERO. - EL MAESTRO EN EL AULA.  
(2 tomos.)

RIO Y ACHAVAL. - GEOGRAFÍA DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA. (*Edición escolar.*)

OLMOS. - HISTORIA DE CÓRDOBA. (2 tomos.)

---